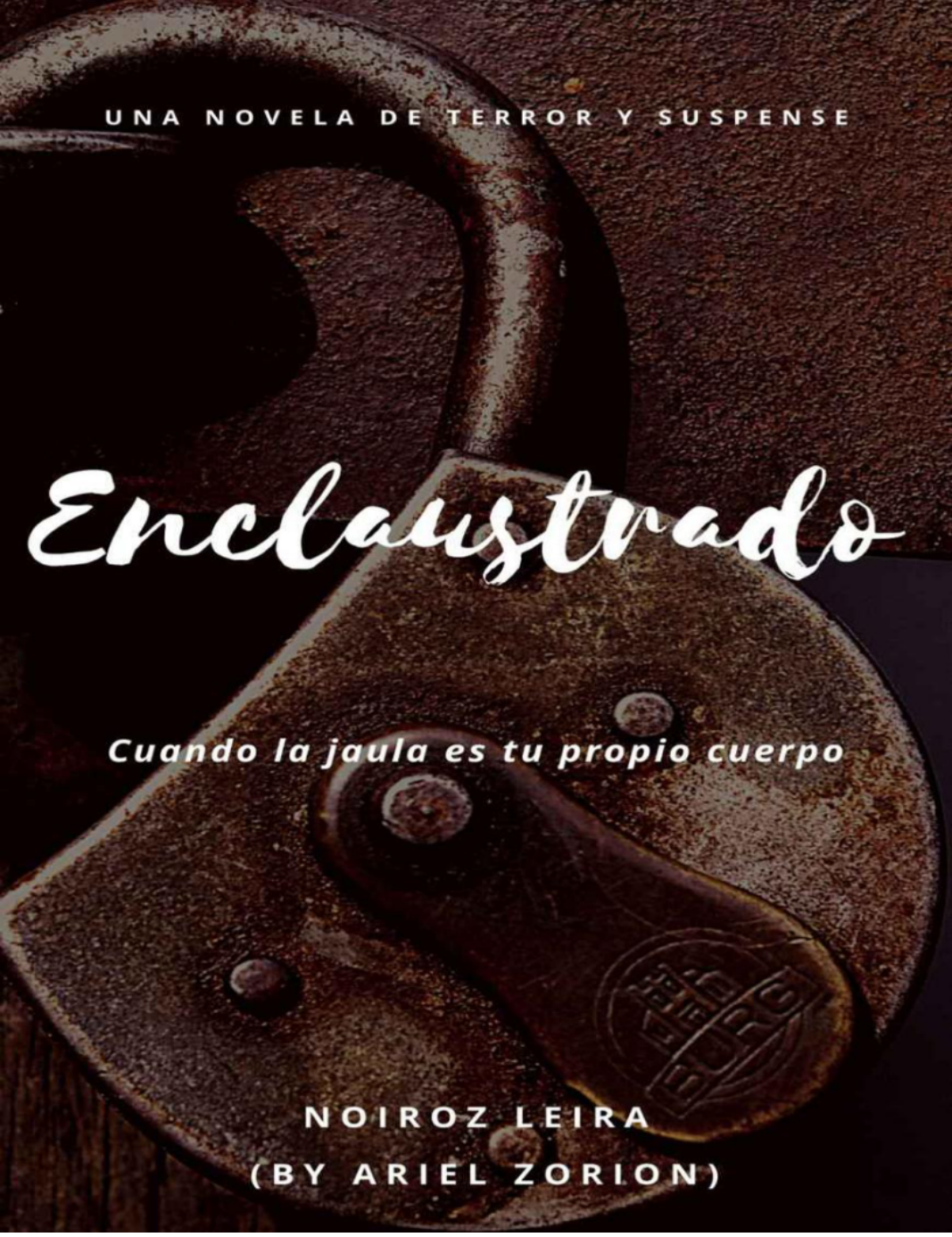
UNA NOVELA DE TERROR Y SUSPENSE

Enclaustrado

Cuando la jaula es tu propio cuerpo



NOIROZ LEIRA
(BY ARIEL ZORION)

Cuando la jaula es tu propio cuerpo
Enclaustrado

Ariel Zorion

© Ariel Zorion
NOIROZ LEIRA

Copyright

Imagen de portada: fotografía gratuita de Pixabay en Canva (autor desconocido)

© Ariel Zorion
Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación de la escritora o han sido usados de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier semejanza a personas, vivas o muertas, así como a sucesos reales, locales u organizaciones son pura coincidencia o se han usado exclusivamente de forma figurada para construir la trama, sin guardar relación alguna con la realidad.
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida en forma alguna sin permiso expreso de la autora.

Querido lector o lectora:

Esta historia sucede en tres tiempos diferentes: antes, entonces y después. Y debo añadir uno más: el final. No obstante, no necesariamente los hechos van en orden, sino que, dentro de cada tramo temporal, pueden ser relatados de forma discontinua. En definitiva, constituyen un puzle que has de completar en tu cabeza.

Espero que disfrutes de la aventura.

A.Z.

Para Jorge.
Ahora y siempre.

“El preso piensa más a menudo
en escaparse que el carcelero
en cerrarle las puertas.”
- Stendhal

SINOPSIS

¿Imaginas lo que es sentir tu cuerpo como si fuera una jaula?

¿Qué harías en esa situación?

Cada uno de nuestros actos tiene consecuencias.

Cada uno de nuestros pasos nos conduce a una senda.

Christopher Anderson es un joven sin escrúpulos que no duda en hacer lo que haga falta para engordar su cuenta bancaria.

Hasta que da con la gente equivocada.

Nuestras acciones son como las marcas de expresión de nuestro rostro, que muestran quienes somos y el tipo de vida que llevamos.

Nuestros actos tienen consecuencias… imprevistas.

Si eres amante del terror psicológico, *Enclaustrado* es tu novela.

Prólogo

Un grito ronco se escapa de su garganta. En realidad, no es propiamente un grito, sino un sonido estridente a medio camino entre lo que debería ser y lo que de verdad puede ser. Es casi involuntario, porque no lo domina la razón, sino el miedo en todos sus grados.

Pavor.

Espanto.

Pánico.

Terror.

Hay una angustia honda en ese bramido insípido cuyas ramificaciones se clavan muy hondo en alguna parte indeterminada de su pecho. Hay una zozobra y un desconsuelo ingratos que no sabe bien de dónde proceden.

Tal vez nacen de la frustración más honda.

Tal vez nazcan de una impotencia rotunda.

Comienzan a caerle lágrimas y éstas se pierden en el nacimiento del pelo a la altura de las sienes. No parece lo normal. Siente que hay algún tipo de incongruencia en ese gesto tan simple. Deberían resbalar por su rostro, esperando que la boca las recoja o que terminen en el suelo, golpeándolo sin fuerza y formando charcos invisibles. Y ahí, entre tanta confusión, se da cuenta de otro detalle más. La realidad cruda y desnuda es que se encuentra inmovilizado, tumbado sobre frío acero, viendo su reflejo borroso en un metal suspendido sobre él.

El llanto va a más, al igual que la desesperación, ambos a un ritmo acompasado, retroalimentándose. Los portales lagrimales se desbordan. La incomprensión se convierte en un torrente. Es una explosión de tal magnitud que algunas de aquellas gotas saladas acaban mojándole las orejas y se deslizan por su conducto auditivo, produciendo un cosquilleo desagradable e improductivo.

Y vuelve a intentar gritar.

Pero otra vez no lo consigue.

Capítulo 1
final

“No hay necesidad de fuego, el infierno son los Otros”.

- Jean Paul Sartre

Cientos de ojos contemplan la devastación. El aroma del odio asciende hasta los cielos, mientras los rostros se van cubriendo poco a poco de una imperceptible capa de hollín. A pesar de la temperatura, nadie se aparta. Quieren presenciar el espectáculo. Sentir el calor de la destrucción. Experimentar el mal. En realidad, todos saben lo que está sucediendo ahí dentro.

Y les parece bien.

Sólo una mujer pelirroja y su compañero están mudos de espanto. Parece que fueran unos espectadores que se han metido en la sala de cine equivocada. Acaban de llegar casi derrapando en un todoterreno que ha conocido mejores tiempos, aunque aguanta las embestidas del paso de los años con cierta elegancia. Sabían que el tiempo apremiaba, tal vez es más adecuado decir que lo intuían, pero las prisas no han sido las suficientes. Nunca hubieran querido enfrentarse así a esa capacidad del ser humano de ser su peor enemigo. Como ya dijera Thomas Hobbes, “*el hombre es un lobo para el hombre*”.

Una sentencia demoledora por ser tan real y veraz.

Tratan de movilizar a las personas que hay allí congregadas, extraerlas de ese efecto de aguja hipodérmica que ejerce la opinión pública. Intentan buscar entre ellos a alguien que esté dispuesto a ayudarles. Sin embargo, sólo parecen ser cientos de pares de glóbulos oculares sin alma, puesto que no obtienen de ellos ni la más mínima reacción. Sólo miradas frías.

Hasta que llegan a él.

Ella le mira a los ojos. Quiere reconocer que ahí dentro sigue habiendo bondad. Sabe que es bueno. O lo cree. No es como los demás. A pesar del dolor y del sufrimiento, está segura de que dentro de él aún queda un resto de humanidad.

—Ayúdame a parar esto.

Pero no reacciona. Ha leído claramente en su mirada el espanto. El miedo. El pavor. Esa constante que domina aquella pequeña localidad desde hace algún tiempo. Agacha la cabeza. Le ha parecido que estaba a punto de llorar. Da igual. Al final, se gira y lo ve marcharse. Puede

que él fuera el comienzo, el elemento que desencadenó el caos, pero eso no implica que pueda poner el punto final. Se ha convertido en un peón más dentro de la partida de ajedrez.

Ella no se lo cree.

No se lo quiere creer.

No quiere hacer caso a la información que sus sentidos le proporcionan.

La crueldad flota en el ambiente con total impunidad.

Y es aterrador y deprimente.

Es consciente de que no puede hacer nada. Sólo esperar a que llegue la ayuda. En su fuero interno, sabe que ya es demasiado tarde. Lo supo desde que subió al coche apenas una hora y media antes. Pero aun así, había que intentarlo, ¿no?

La rabia enrojece sus mejillas. Y la frustración.

No han sido capaces de llegar a tiempo. Sólo han sido unos testigos más de la crueldad y de la bajeza que puede alcanzar el ser humano. Somos depredadores, cavernícolas, seres desalmados. Presumimos de raciocinio, pero en realidad nos dominan las bajas pasiones.

El cielo se va tornando de un color amenazante. La oscuridad se va cerniendo poco a poco sobre todos ellos. Tal vez es un presagio, un aviso de lo que depara el futuro o, quizás, es sólo el reflejo de un instante en el que el odio se ha hecho ya el amo y señor de aquel lugar.

Lo mismo da, porque ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 2
antes

“Todos nacemos locos. Algunos continúan así siempre”. - Samuel Beckett

La reunión de la mañana había sido un auténtico desastre, en lenguaje de la calle, una mierda como la copa de un pino. Estaba bastante harto de tanta incompetencia y de tanto servilismo. Le hastiaba como sus compañeros agachaban las orejas y competían por ser el mayor lameculos. Las cosas claras, a él no se le daba bien disimular. Sabía perfectamente que en la oficina le tomaban por un capullo insufrible, pero es que cuando se trataba de pasta le importaba un bledo lo que pudieran pensar sus congéneres.

Por algo era él quien conducía un Masseratti.

Ese día la había cagado. Era un hecho consumado. Su ego se le había disparado y le había faltado poco para llamar gilipollas al gran jefe. Y éste se había dado cuenta. Le había clavado aquellos ojos de hielo y le había reprendido claramente con un solo pestañeo. El tío seguía anclado en el pasado y se empeñaba en hacer las cosas a su manera. Pero el mundo cambia a una velocidad vertiginosa y él ya no seguía el compás. Christopher sabía que tenía razón. Si le hicieran caso, lograría un pelotazo de los gordos. Pero Sanders quería ser convencional y ceñirse a lo estrictamente reglado.

«Puto vejestorio mamarracho», pensó.

Obviamente, aquello iba a tener consecuencias y no tardarían en hacerse notar. El juego de miradas así lo había declarado. Sin embargo, confiaba en que el viejo avaro recordara quien era allí el que hacía entrar más billetes en la cuenta y se dejase de rencores recalcitrantes e inútiles.

Eso siempre y cuando no se hubiera enterado de que también llevaba tiempo metiendo la mano en el cazo. No es que sintiera remordimientos, la verdad. Vale, le pagaban bien, pero Chris consideraba que valía más. Para algo era el que más pólizas cerraba, aunque fuese con artimañas que rozaban la legalidad.

O la traspasaban en según que ocasiones.

Los seguros dan mucha pasta si eres un tiburón con dientes afilados. Es fácil detectar la miseria humana cuando las emociones forman parte de un repertorio en el que recoges en un muestrario las poses adecuadas para cada situación y sabes utilizar la idónea en cada caso.

Pura ciencia.

Él era un jodido maestro fingiendo. Bien podría haber sido actor, si se lo hubiera planteado. Además, tenía buena planta, así que, ¿quién sabe? Quizás Hollywood le habría abierto sus puertas si lo hubiera intentado.

Tal vez tuviera algo de psicópata, aunque no podía negar que sentía verdadero amor por su coche y por el tren de vida que llevaba. Si eso no es sentir emociones, entonces no sabía qué lo era.

En realidad, era algo que siempre le había echado en cara su mujer hasta su inevitable divorcio. Decía que era frío, como si ella fuera un oso de peluche. Tampoco es que se pudiera quejar, le había sacado un buen bocado la muy zorra, aunque nunca hubiera sido cariñoso, como le decía, y le gustase tanto el sexo duro. Obviamente, la relación que mantenían desde entonces, desde ese preciso instante en el que el juez inauguró el comienzo de la guerra fría, podría catalogarse como de glaciación prehistórica.

No la echaba de menos. Tenía todo lo que quería a su alcance. Contaba treinta y tres primaveras. Se encontraba en un momento estupendo de la vida. Le gustaba su trabajo y la libertad de movimientos que éste le ofrecía. Estaba forrado y, encima, no tenía problemas para ligar. Sabía que era un tipo atractivo y no le apetecía disimularlo. ¿Por qué tendría que hacerlo? Si alguien se sentía mal por considerarse inferior, ese desde luego no era su problema.

Cuando su cuerpo le pedía que cubriera una de esas necesidades instintivas y carnales, no le costaba encontrar a quien llevarse a la cama. Y si no había suerte, tampoco echaba pestes si tenía que contratar alguna prostituta. Eso sí, dentro de unos estándares, porque no le valía cualquiera. Si pagaba, el producto tenía que ser de calidad.

Sabía que había jodido a mucha gente vendiéndoles pólizas que escondían alguna cláusula de esas que se escriben en letra muy pequeña y con un lenguaje rebuscado. La mayoría seguramente no llegaran a enterarse en la vida. Era consciente de que se había granjeado posiblemente más enemigos que amigos, pero él no tenía la culpa de que la gente fuera estúpida. Si algo había aprendido cuando era un niño, es que en la selva siempre sobrevive el más fuerte.

Y él era el puto amo.

◆◆◆

Hacía algún tiempo que había empezado a sentir un dolor punzante en el costado, pero no se podía permitir enfermar. El dinero nunca les había sobrado en casa y, ahora que su hijo había empezado la carrera de medicina, menos aún. Era su sueño, el suyo propio y el de su querido Sylvan. Tener un hijo médico sería todo un orgullo. Soñaba con el día de su graduación.

Bien era cierto que, hubiera estudiado lo que fuera o, incluso sin

estudios, seguiría estando igual de orgulloso de él, porque era un buen chico. Todos sus conocidos se lo habían dicho infinidad de veces. Destacaba por su bondad, por lo poco que hacía falta para que se lanzara a ayudar a cualquiera que lo necesitara. De hecho, intuía que a él precisamente la medicina no le convertiría en un hombre rico. No paraba de afirmar que, en cuanto pudiese, se iría con Médicos sin Fronteras adonde más le necesitaran.

Una nueva punzada de dolor irrumpió de la nada y detuvo sus pensamientos, con ese poder paralizante que tienen las terminaciones nerviosas cuando reclaman atención y gritan que algo no va bien. Se dobló sobre sí mismo para intentar detenerlo.

—No, ahora no. No me lo puedo permitir.

Quizás, al final, no le quedase más remedio que acudir al centro de salud. Menos mal que habían contratado aquella póliza con aquel joven tan simpático y apuesto que se dejó caer por la empresa en la que trabajaba hacía ya unos meses. ¿O había pasado ya más de un año desde entonces? Daba igual. Eso era lo de menos. Se había ofrecido a visitarles a cada uno en su casa para explicarles bien todo delante de sus familias y que pudiesen tomar una decisión consciente y sin el menor atisbo de dudas. Él y su mujer ni lo dudaron. Desde luego, aquel joven tenía todas las respuestas.

Aquel joven era capaz de vender fuego en el infierno.

Aquel joven era más elocuente que el propio diablo.

Sí, definitivamente aquello les había caído del cielo. Para un cabeza de familia como Michael Brown, Mike para sus amigos, que sabía que cada día que no trabajase equivalía a dinero que no entraba en casa, era todo un regalo. Debido al tipo de contrato fraudulento que tenían muchos en su empresa desde hacía más de veinte años, contratar un seguro médico que incluyera, además, cobertura para días no trabajados, era una solución perfecta para los inconvenientes imprevistos que pueden presentarse en cualquier instante. Aunque a su mujer y a él nunca les había gustado aprovecharse de esas cosas. Su orgullo les impedía ir por el camino fácil. Puede que no tuvieran mucho dinero, pero la dignidad era algo que llevaban por bandera.

Un nuevo grito sordo desde sus entrañas le reafirmó que, le gustara o no, era momento de hacer una visita a un especialista de la salud. Tal vez fuera apendicitis.

O tal vez algo peor.

Capítulo 3
Entonces

“Ponga un pez en la tierra y él recordará el océano hasta el día de su muerte. Coloque un pájaro en una jaula, y aún así, el pájaro nunca se olvidará del cielo”.

- Han Shan

El día ha despuntado con brío y una temperatura agradable. Se asemeja bastante a una jornada más de primavera, con los campos verdeando y llenándose de alegres tonalidades. La temperatura es propia de la época, con esas fluctuaciones a veces inesperadas y con esos cambios de presiones que tanto influyen en el estado de ánimo.

En ese instante, en un lugar remoto del estado de Nueva Jersey, muy cerca de la intersección entre la ruta 23 y la ruta 284, se están tomando decisiones que sacudirán más de una vida. Porque una vez iniciado ese proceso, una vez atravesado ese cruce de caminos, nadie volverá a ser el de antes.

Hay procesos que requieren años, mientras que hay cambios que se producen en un solo segundo.

—El chico no tiene agallas y lo sabes —aseveró, mientras escupía tabaco de mascar.

Tal es el cliché, que cualquiera que le viera bien podría pensar que aquel personaje estaba recién salido de alguna película del viejo oeste. Su sombrero de cowboy, esas botas acabadas en una punta metálica y algo parecido a unas espuelas le dan aspecto de un actor de serie B de mediados de los cincuenta.

Sin embargo, su descomunal tamaño, las diversas cicatrices que luce en su cara y los tatuajes carcelarios, transmiten con claridad meridiana que “El Pipa” es un tipo peligroso.

Es un estereotipo de pies a cabeza.

Es violencia en un permanente estado de ebullición.

—Hará lo que tenga que hacer, te lo aseguro.

—Yo sólo te aviso de que si siento que mi pellejo corre el mínimo peligro, me llevaré por delante a quien haga falta, incluido tú. Sabes que no bromeo. A la trena no vuelvo, eso lo tengo bien claro.

—¿Quién está hablando de la trena, Jayden? ¿Acaso me has vuelto a ver pringar alguna vez más? Y llevo ya unos cuantos años fuera.

—Pero esto es muy distinto. Lo que me propones es algo gordo.

Tendremos que organizarnos bien. Además, aquí estamos metiendo a gente de fuera de nuestro círculo. Y encima alguien que no está acostumbrado a este tipo de cosas. Un niñato, en resumidas cuentas.

—Parece blando, lo sé. Pero tiene mucha rabia acumulada dentro. Sólo hay que pincharle de vez en cuando y recordársela. Además, gracias a él y a todo lo que está moviendo, vamos a hacernos ricos. Y tú te llevarás tu tajada haciendo lo que más te gusta.

—¿Me vais a dejar vía libre? —preguntó con una mirada que habría hecho temblar al más estoico.

—Mucho más que eso, puto psicópata de mierda —señaló con una media sonrisa.

El otro rio con una carcajada de esas que rebotan en las paredes y parece que no van a acabar nunca. Era una risa con vida propia y con reverberación en estéreo. Era una risa capaz de provocar un temblor.

Verle reír así, casi daba más miedo.

—Lo que te vas a encontrar te dejará con la boca abierta. Vas a poder disfrutar de lo lindo.

capítulo 4
después

“El ánimo que piensa en lo que puede temer, empieza a temer en lo que puede pensar”.

- Francisco de Quevedo

El chirrido de las ruedas mal engrasadas y el roce con el hormigón en bruto provocan una combinación de sonidos irritantes. Pero aún así, no es suficiente para sacarle de este estado de profundo letargo.

De vez en cuando, como en medio de un sueño, abre los ojos sin comprender lo que ven. Hay lo que parece ser un largo pasillo con fluorescentes, algunos de ellos fundidos. Hay mugre en el techo. Y hay un olor desagradable. Tal vez, a carne podrida.

Cierra los ojos de nuevo.

Siente el rumor de un dolor que ha estado en hibernación, como si esperara el momento oportuno para desperezarse. Es un dolor latente sobre el ojo izquierdo. Vuelve a intentar abrir los ojos, pero todo es confuso y parece que ve borroso.

Los cierra de nuevo.

Se abandona a la falsa oscuridad que le proporcionan sus párpados. Se deja llevar por una somnolencia cautivadora e insensata porque, cuando se libere de su embrujo, se encontrará de bruces con una realidad aplastante y desconocida.

Nota el traqueteo. Su cuerpo se mueve ligeramente, se bambolea en una cadencia casi constante. Tal vez alguna de las ruedas tenga algo adherido y eso es lo que provoca ese continuo movimiento adicional, como un pequeño rebote, de manera periódica, como una letanía pesada y apestosa.

En un momento de efímera lucidez, le viene a la cabeza que no tiene sentido la información que está recibiendo a través de sus sentidos.

La hilera de fluorescentes que le han mostrado sus ojos.

El ruido indolente del roce de las ruedas.

El traqueteo y el movimiento que recogen sus receptores propioceptivos.

La sensación de frío metal que perciben sus manos.

El nauseabundo olor que le llega a través de sus fosas nasales y que transcribe en una clara señal que viaja al cerebro desde la glándula pituitaria.

El sabor metálico y ácido de la sangre en su boca.

Intenta abrir los ojos otra vez al ser más consciente ahora de esto último. Sangre. Con ese sabor único y característico. Con esa alarma implícita que anuncia que algo no va bien.

Pero, ¿por qué?

Capítulo 5
Entonces

““Podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirme rey de un espacio infinito”.

- William Shakespeare (Hamlet)

La pobreza es una cárcel, un refugio del inframundo al que se ven abocados algunas almas mugrientas. Lo sabía bien. Lo había vivido en toda su cruda expresión. Ser pobre es sinónimo de ser vulnerable. Ser pobre es convertirse en el blanco de ricos sin escrúpulos. Pero en esta ocasión habían dado con el tipo equivocado. Puede que fuera pobre. Puede que siempre lo hubiera sido. Pero tenía un orgullo fiero y no toleraba ningún tipo de afrenta. Que le tomaran por idiota era algo que no iba a dejar pasar.

Que abusaran de su familia, tampoco.

Nadie le creería capaz de llevar a cabo lo que su mente había empezado a fraguar a fuego lento. No tenía prisa, ya no había nada más que perder. Y no hay nada más peligroso que un hombre que siente que ya lo ha perdido todo.

◆◆◆

Cuando empezó la enfermedad de su padre o, para ser más fieles a la verdad, cuando se la diagnosticaron, fue cuando comenzó a enterarse de todo. No obstante, le llevaría un tiempo comprenderlo en toda su extensión.

Michael Brown había estado pagando una póliza de seguro médico con la compañía Stars Health. Desde que empezó a trabajar en aquella fábrica de componentes textiles, había tenido un contrato que le dejaba bastante indefenso ante posibles eventualidades relacionadas con la salud. Era un contrato antiguo y era incomprensible que los sindicatos no hubieran metido mano en aquel asunto. Era una vergüenza a todas luces.

A todos los efectos, eran como trabajadores autónomos, salvo porque el salario lo pagaba la empresa. Muchos de la fábrica estaban en una situación similar. El caso es que habían firmado una bonificación especial a cambio de dejar de cobrar las bajas médicas. Ese fue el engaño, el gancho por el que muchas familias humildes habían picado.

Si alguien se ponía enfermo y no trabajaba, al igual que un

trabajador por cuenta propia al uso, dejaba de recibir su salario esos días. Cobrar un poco más a cambio de tan poco hasta les pareció una buena idea en su momento. Cuando eres joven y estás sano, te sientes inmortal y parece que nunca vas a necesitarlo. Pero las vicisitudes de la vida se encuentran a la vuelta de la esquina. Antes o después, acaban por llegar.

Y te encuentran indefenso.

Como tantos otros, solía hacer algún apaño fuera de su horario habitual para complementar sus ganancias. En su caso, el hecho de que su hijo menor requiriese de cuidados caros y tratamientos especializados era un acicate que le obligaba a coger cualquier cosa que le saliese.

Además, el mayor estaba estudiando una carrera universitaria, o lo que es lo mismo, estaban pagando una hipoteca más. Pero no le importaba. Que él hubiera tenido que conformarse con lo que le había tocado en vida no implicaba que su hijo tuviera que cercenar sus sueños. Todo lo contrario. El amor de un padre es tan grande, que no le importa hacer los mayores sacrificios a cambio de la felicidad de un hijo.

Hacía ya poco más de un par de años, un tipo trajeado con aires de suficiencia y sin escrúpulos les había colado el timo del siglo con una póliza que estaba llena de trampas. Les había explicado que, por poco dinero más, tendrían más cobertura y podrían vivir tranquilos el resto de sus vidas. Las cuotas mensuales eran elevadas, pero parecía merecer la pena. A nadie le disgusta tener un colchón debajo de la red por si, al caer, ésta también se rompe.

Pero no les contó todo.

Olvidó “inocentemente” informarles de unos cuantos detalles sin importancia. En principio, era una póliza especial para los trabajadores de aquella compañía en concreto. La antigüedad era, según parecía, un ingrediente a favor, una forma de bonus especial, puesto que había llegado a un acuerdo con el CEO para que les diseñaran una póliza casi a medida para los trabajadores.

El acuerdo incluía comisiones especiales para ambos, para el CEO y para él, a cambio de que incentivaran desde la propia empresa la contratación de dicho seguro y les facilitasen los datos de contacto, así como información susceptible de resultarle útil en su labor comercial. Y para esto último, fue de inestimable ayuda la labor del Jefe del Departamento de Recursos Humanos que, a cambio de su trozo del pastel, le facilitó con todo lujo de detalles todos los datos que le solicitó.

Obvió comentar que las cuotas crecerían exponencialmente con el paso de los años, como una soga que se estrecha alrededor de tu cuello con el peso de tu cuerpo, y que aquel nuevo contrato incluía un

extenso periodo de carencia durante el cual, pese a haber estado tanto tiempo en la compañía a la que le estaban dedicando su tiempo a cambio de una miseria de salario, quedaban excluidas las coberturas de múltiples situaciones de salud.

Michael Brown, buen esposo y orgulloso padre de dos hijos, no tenía estudios, pero eso no era sinónimo de que fuera imbécil, ni mucho menos. No obstante, era un buen hombre y, a pesar de los reveses que le había propinado la vida, seguía creyendo en la bondad del ser humano. Si desde la central les animaban a contratar aquel seguro, si sus propios compañeros lo estaban contratando, ¿por qué le iban a engañar? Aquello debía ser bueno de verdad.

Y aquel joven hablaba tan bien.

Tuvieron la mala suerte de que el padre de Sylvan, que era quien llevaba la mayor cantidad de dinero a casa, enfermó gravemente. El salario de la madre era exiguo y sólo servía como un pequeño complemento, porque cada dólar era valioso para aquella familia. Él se encontraba estudiando en la ciudad y, para cuando regresó y se enteró de todo aquello, sus progenitores ya habían firmado hacía muchos meses lo que a posteriori sería como una sentencia de muerte.

Capítulo 6
Después

"Pasar de los fantasmas de la fe a los espectros de la razón no es más que ser cambiado de celda".

— Fernando Pessoa (Libro del desasosiego)

Abre los ojos y se encuentra con la nada. El vacío lo llena todo, con un poder sobrenatural. El eco estremecedor de un silencio plagado de ruidos, porque en su cabeza ese silencio que le rodea es sonoro y le llena de zozobra.

Es un silencio hueco que le congela la sangre.

La incertidumbre, las preguntas atronando en su interior. El recuerdo vago de algo que no llega a transformarse en nada comprensible. Y el miedo. Mucho miedo. Porque no hay nada tan terrorífico como no saber qué esperar. La incertidumbre tiene dientes de acero que, una vez que te han mordido, sueltan un veneno que se expande sin control.

Saber cómo había llegado allí es, sin duda, el primer misterio a resolver. De pronto recuerda haber visto unos ganchos que colgaban del techo. Pero ahí no están. Al menos, no los ve. Tal vez sean parte de un sueño.

En su cabeza hay un dolor palpitante que alimenta esa confusión. Un dolor inespecífico y latente, que va y viene, que le nubla el pensamiento. Su mente es como un desierto en el que los recuerdos están ausentes y los pensamientos se confunden unos con otros como granos en un mar de arena. El ritmo acelerado del corazón, la sangre palpitando en sus sienes, los latidos aullando en sus oídos un grito de socorro, porque, a veces, el cuerpo sabe antes que el propio cerebro lo que está ocurriendo.

Los sentimientos adelantándose a la razón.

El instinto de supervivencia profiriendo un alarido.

Cómo salir de allí… Ese sí parece ser un misterio irresoluble. En su situación actual, tiene pinta de no ser factible. Puedes tener mucha imaginación, pero hay una certeza insalvable que impide cualquier posibilidad de escapar. La única opción es que alguien le esté buscando, lo cual resulta del todo improbable.

Sobre todo después de lo que hizo.

O, tal vez, a pesar de lo que hizo.

Hace un esfuerzo. Cierra los ojos. Se concentra. Le suena que eso ya

lo ha hecho antes con escaso éxito. Trata de hacer memoria, intenta evocar el momento previo a ese infierno en el que se encuentra. Un infierno lóbrego, lleno de sombras. Pero ese recuerdo debe ser un driblador profesional, porque es incapaz de agarrarlo una vez más. Tal vez su cerebro simplemente no lo ha almacenado. Tal vez se ha perdido para siempre.

La situación es terrorífica, dejado a su suerte, en un lugar inhóspito, sin capacidad de reacción alguna salvo pestañear. Ese es todo el repertorio de gestos de los que dispone, aunque aún no lo ha descubierto como algo certero e insalvable. Aún sigue dentro de una ensoñación en la que la realidad sólo le ha dado un pequeño mordisco mientras la gran dentellada está a punto de llegar.

Tal vez aquello no es real. Tal vez existe una explicación razonable. No es posible que no pueda mover nada. Ni un milímetro. No se cree que sus músculos, todos ellos, sean tan desobedientes. Es como estar dentro de ti mismo cercado por una muralla insalvable en la que los límites los define tu piel. En algún momento despertará y dejará aquella ingrata sensación atrás.

Cierra los ojos. Se convence de que está en medio de un episodio onírico. Pero, ¿los sueños duelen? Está seguro de que no. Es como pellizcarte para comprobar que estás despierto. Decide que eso es exactamente lo que hará. Su cerebro empieza a trabajar en mandar esa sencilla señal: mueve tu mano, colócala sobre un trozo de piel y pínzala con tus dedos índice y pulgar.

No hay respuesta.

No lo entiende. Abre los ojos. Trata de permanecer en el autoengaño, pero la realidad ya no se lo permite.

“Muévete” —piensa.

Nada.

Entonces intenta hablar. Y lo que escucha, no se parece nada a un mensaje inteligible, sino que es como un bramido animal, un sonido inconsistente e inconexo. Vuelve a intentarlo, porque la negación es persistente y más digerible que la cruda realidad. Empieza a ponerse realmente nervioso. Trata de revolverse, pero su cuerpo no responde. Su voz ha dejado de existir. Es como si estuviera muerto y fuera consciente de ello. La vida se le ha ido. Se encuentra en el limbo de las almas perdidas. Y es ahí cuando empieza un proceso devastador de consciencia en la que experimenta un cóctel de emociones que le ahogan, entre ellas la angustia.

La angustia es casi la peor.

Porque no parece que tenga fin.

Porque va creciendo cada segundo.

Porque hace emerger en él un sentimiento de indefensión absurda.

Pasan los minutos, tal vez alguna hora, en los que no desiste en

tratar de recordar, de encontrar una explicación. No ceja en el intento de atrapar ese tenebroso instante que lo ha cambiado todo. Procura buscar una razón que responda a las leyes de la lógica.

Se agota. Las fuerzas se le escapan. La debilidad se hace la dueña del momento. Hasta que, paradójicamente en medio de esa agitada búsqueda de un recuerdo irreverente y esquivo, vuelve a caer sin remedio en un sueño profundo.

◆◆◆

Está a punto de salir de su apartamento. Por fin ha recogido sus pertenencias. El camión de la mudanza se ha llevado todo, salvo ese bolso de mano que lleva con él en ese instante. Ha sacado mucha pasta en efectivo antes de cerrar las cuentas. La va a necesitar para empezar de cero. Más vale que se dé prisa. Uno nunca sabe cuando se van a precipitar los acontecimientos.

Sólo le falta darle la llave a su arrendador y pagarle lo que le debe. Da un último vistazo antes de abandonar el piso. Le asalta un último pensamiento. Adiós al sueño de tener un apartamento en la famosa y exclusiva Quinta Avenida neoyorkina. Se sacude ese pensamiento improductivo. Es consciente de que podía pasar. Y al final ha pasado. Gira la llave en la puerta para abrirla. Oye como se desliza el candado. Agarra el picaporte. Lo rota noventa grados. Está nervioso pero confiado. Todo va a salir bien. Como siempre. Al final, se libra de todo. Es un tipo listo. Siempre lo ha sido. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Cuando va a abrir la puerta, llega la sorpresa. Ese segundo que lo cambia todo. Esa pequeña partícula temporal que pone su vida del revés. Alguien le golpea con fuerza con ella al abrirla de golpe, de manera brusca y brutal. Le pilla desprevenido. Trastabilla. Finalmente, acaba cayendo al suelo. Se toca la frente, donde ha recibido el principal impacto. ¿Cómo se ha hinchado tan rápido? Está un poco mareado. Ve algo borroso también. Trata de levantarse. Apenas lo consigue cuando vuelve a caer. Siente un terrible dolor de cabeza que se ha iniciado como una ignición explosiva. Se expande como una ola en un maremoto. Le aturde.

No entiende qué está pasando.

Vuelve a intentarlo. Tiene que levantarse. Esta vez se sujeta a la pared. Ni siquiera los pies parecen responderle bien. Son como de gelatina. Busca algún punto de apoyo para evitar caerse otra vez. Un bulto grande que no ve con suficiente definición se interpone entre él y la luz. El apartamento se ensombrece. El dolor es terrible y va a más. Es como una palpitación que se extiende de un lado a otro del cráneo, con un punto especialmente agudo sobre el ojo izquierdo. Entonces por primera vez nota un líquido viscoso y caliente que resbala por su

cara. Se toca. Mira los dedos. Apenas distingue lo que ve, pero podría ser sangre. Tal vez sea mejor que se siente. Se deja caer resbalando con la espalda pegada a la pared.

Oye una risa gutural. Parece que procede de alguien inmenso, por esa sonoridad de ultratumba que tiene, como si tuviera un enorme tórax similar a una gran caja de resonancia. Es una risa con un eco siniestro. No puede ser. No había nadie en el apartamento. Entonces tiene un momento de lucidez: alguien le ha golpeado.

En medio de toda la confusión, empieza a extenderse el pánico por su cuerpo. Hay alguien ahí. El golpe. La risa. Esa sombra que se acerca. Pero su vista le engaña. No consigue distinguir más que un bulto difuso y oscuro que parece aproximarse a él. Puede que todo tenga una explicación lógica y sencilla, nada siniestra. Entonces nota que algo le comprime el cuello. Una enorme garra se cierra sobre él. El aire empieza a ser un bien escaso. Trata de boquear como un pez fuera del agua. Nada. Tiene la tráquea absolutamente cerrada. Con sus manos trata de defenderse, de soltar aquello que le aprisiona, de liberar la presión. Le fallan las fuerzas. Es una sensación angustiosa. Unas lágrimas gruesas resbalan por sus mejillas. Son los símbolos de la desesperación. Alguien intenta matarle y ni siquiera puede verle la cara.

No puede defenderse.

Siente rabia, frustración, miedo, pavor y una cadena de emociones negras.

La oscuridad termina por dominarlo todo.

◆◆◆

Se despierta en medio de una pesadilla. Cree que ha gritado. Tal vez ha sido en mitad del sueño. Siente el sudor corriendo por su cuerpo. Ha sido jodidamente real, vívido, experiencial. Ha sentido que no podía respirar. Alguien trataba de asfixiarle. Se convence de que no ha sido más que una explicación que ha generado su cerebro para una situación angustiosa. Puede que haya sufrido una disnea paroxística nocturna, un tipo de dificultad respiratoria mientras se está acostado, una afección que hace que una persona se despierte repentinamente durante la noche, sintiendo falta de aliento.

Será eso.

Tiene que ser eso.

Los sueños pueden parecer demasiado reales.

Las pesadillas, a veces, lo son.

Capítulo 7
Antes

"Si las puertas de la percepción se depurasen, todo aparecería a los hombres como realmente es: infinito. Pues el hombre se ha encerrado en sí mismo hasta ver todas las cosas a través de las estrechas rendijas de su caverna".

- William Blake

Finalmente acudió al médico. Le costó decidirse. No quería preocupar a su mujer. Bastante tenían ya con los quebraderos de cabeza que llenaban su día a día. Pero no podía seguir haciendo como si no ocurriera nada, ni seguir esperando a que, lo que fuera que sucediera en sus entrañas, se pasara por arte de magia.

Los dolores iban a más, hasta sentir su cuerpo como una jaula en la que estaba enclaustrada su alma. El dolor lo había impregnado todo, cada segundo de su vida, haciendo que su mente apenas pudiera pensar más allá. A veces, se sorprendía mordiendo lo primero que encontraba a mano para ahogar un grito, tal era el desgarro que sentía. Para cuando finalmente se decidió, por un lado ya era tarde y, por otro, su póliza no cubría el tratamiento que necesitaba.

Ni siquiera los cuidados paliativos.

La primera en la frente.

—No lo entiendo. Aquel joven me aseguró que esta póliza era especial para nuestra empresa y que cualquier problema de salud estaría cubierto.

—Lo siento —le contestó la administradora del hospital—, no se imagina cuánto. Nos hemos encontrado con casos como el suyo a lo largo de los años. Son contratos fraudulentos con letra pequeña en la que se excluyen un buen número de tratamientos, incluida la cirugía que usted necesita y el tratamiento de quimioterapia posterior si su médico está en lo cierto ante sus sospechas. Puede denunciar a su aseguradora y posiblemente tenga las de ganar. Pero, por el momento, debe abonar la visita al médico y las pruebas que ha solicitado, si todavía está dispuesto a hacérselas.

Se quedó atascado en un tiempo engañoso que parecía haberle tragado. Las manecillas del reloj seguían su avance inexorable, segundo a segundo, minuto a minuto, pero él seguía atrapado en un instante anterior, el de su despertar ante la evidencia de la inmundicia del ser humano. Seguía en el hospital y veía a la mujer hablando, pero

su cerebro había desconectado de la conversación.

Incrédulo.

Rabioso.

Apenado.

◆◆◆

Sylvan nunca llegó a terminar la carrera. Aquel engaño truncó su vida en distintos aspectos. Después del fallecimiento de su padre tras una larga y cruel agonía, tuvo que abandonar su sueño de ser médico y encargarse de su familia. Apenas le quedaba un curso para empezar la residencia. Y se le daba bien. Llevaba unas notas excelentes. Quizás, si hubiera destacado en los deportes, habría podido tener acceso al tipo de becas que le habrían servido para completar su proyecto.

De pronto, ser médico ya no era más que una quimera.

El baño de realidad fue de los que abrasan.

Su futuro había quedado calcinado.

Empezó a trabajar en lo que pudo. Al principio, sólo logró que le contrataran en establecimientos de comida rápida. Era joven y el acceso al mercado laboral no suele ser fácil, por mucho que fuera un chico inteligente con buen currículo académico. El sueldo de su madre era escaso y ésta no podía trabajar más horas porque su hermano pequeño necesitaba de sus cuidados, ya que sufría una rara alteración genética que le hacía parecer eternamente un niño. Sylvan lo disimulaba ante su madre, pero estaba furioso al ver como su porvenir distaba tanto de lo que se había imaginado. Se había truncado debido a la mala suerte y a la codicia de un hombre sin escrúpulos.

Pero se lo haría pagar.

Haría que sufriera en su piel más de lo que hubiera imaginado alguna vez que era posible. Era inteligente. Era paciente. Y tenía unos deseos de venganza que nunca hubiera imaginado que podría sentir.

La identidad era tan fácil de descubrir que le daba risa lo simple que podía ser acercarse a él. Conocía, además, su lugar de trabajo. Toda aquella valiosa información estaba recogida en aquella póliza fraudulenta.

Dedicaría su tiempo libre a planear minuciosamente cada uno de los pasos que iba a dar.

Capítulo 8
Antes

"La decisión es un cuchillo afilado que corta limpio y recto; la indecisión, es un cuchillo embotado que hace trizas y desgarra, y deja bordes irregulares detrás de él."

- Gordon Graham

Empezó de manera sutil. Al principio, no fueron más que unos pocos dólares. ¿Cómo iban a detectar que faltaban cuando se manejaban tantos miles cada día? Y tenía razón, nadie se dio cuenta. El problema es que la avaricia crece como una especie invasora en un jardín, de manera fiera e incontrolada. Así que Christopher cada vez fue a más porque sus ansias de destacar y de estar por encima del resto no tenían límites. Y sus vicios y caprichos tampoco.

Le había echado el ojo a una mansión con un terreno de mil metros cuadrados a las afueras de la ciudad. Estilo modernista, de líneas rectas y una piscina en la que podría nadar cada día antes de ir a trabajar.

Mientras necesitara trabajar.

Su segunda opción era un ático en la Quinta Avenida, como no podía ser menos para un ególatra de su calibre. Era consciente de que ambos costaban una fortuna, pero estaba seguro de merecerlos. Se había decidido a ingresar en el selecto club de los millonarios y codearse con ellos.

Pero aún le quedaba un largo camino.

Trató de coger un atajo.

Supuso que, aun cuando le descubrieran, se lo perdonarían. Sacaría su lengua a paseo y les embelesaría con su labia. Como hacía siempre. Pero, esta vez, se equivocó. Después del desplante a Sanders en la última reunión, cualquier nimio detalle lo habría usado contra él. El viejo era orgulloso y ni olvidaba, ni mucho menos perdonaba. Aquella salida de tono la tenía bien guardada en su recámara de las afrentas que debían ser restañadas.

Antes o después se la devolvería.

No sólo era el presidente de la empresa, era uno de los accionistas mayoritarios. Aquella compañía de seguros había sido su bebé, al que había cuidado con mimo hasta convertirlo en un gigante que incluía otro buen número de empresas, la mayoría relacionadas con el mundo de la salud. Fabricación y venta de aparatos de diagnóstico, clínicas

médicas y estéticas, centros de formación… Ahora Stars Health era una más dentro de un gigante pero, aun así, seguía siendo la niña predilecta de su creador. Y ya estaba seguro de que Christopher Anderson le estaba robando, a él y a su pequeña.

Merecía un castigo ejemplar.

Puede que el dinero le importara, pero por encima de todo, al viejo le importaba su dignidad y no permitía que nadie insultara su inteligencia. Aquel joven le había caído mal casi desde el principio. Era un lobo con piel de cordero y trajes a medida que engatusaba con palabras bonitas, mientras se preparaba para dar la gran dentellada.

Lo tenía bien calado.

En su momento, a pesar de ello, de esa animadversión tan aberrante que sintió hacia él desde el minuto menos uno, le pareció bien cuando los de Recursos Humanos le recomendaron su contratación. Insistieron mucho en que sería un buen activo para la empresa. Tenía instinto y era agresivo, justo lo necesario para ser un vendedor de éxito. Les haría ganar, sin lugar a dudas, mucho dinero. Y en eso no se habían equivocado.

Ahora había descubierto que también se lo quitaba.

Iba a comisión como todos los vendedores y se llevaba un buen pico todos los meses, más de lo que probablemente hubiera soñado antes de entrar en la compañía. Debería haber sido suficiente. Pero nada más lejos de la realidad. No sólo engordaba las pólizas sino que, en más de una ocasión, les había colado contratos firmados por personas inexistentes, algunos de ellos ya fallecidos. Así que recibía su bonificación religiosamente, mientras los de facturación intentaban resolver el problema. Incluso sospechaba que había cobrado alguna indemnización precisamente de aquellos contratos, aunque Sanders aún no tenía pruebas.

Podría haber hecho la vista gorda, podría haber quedado todo en una amonestación. Podría haber mandado a algunos de sus asesores de confianza para que hablaran con él y le expusieran la situación y las posibles consecuencias que podría tener a corto y medio plazo. De manera tajante, metiéndole un poco de miedo. Podría haberle ofrecido alguna fórmula u opción para enmendar lo que había hecho hasta ahora, empezando por devolver la pasta que le había sisado a la empresa.

Ya era tarde para eso.

Ahora tenía frente a su mesa a su abogado y éste le estaba relatando una a una las demandas que se le habían interpuesto a la empresa por práctica fraudulenta. Se enfrentaban a un escándalo de grandes dimensiones.

Capítulo 9
ENTONCES

“El porvenir es un lugar cómodo para colocar los sueños.”

- Anatole France

Fue una época dura. Una transición demoledora. Una travesía hacia el pasado. Era como si se hubiera abierto una ventana, le hubieran permitido ver lo que había fuera, y alguien se la hubiera cerrado de golpe bajando la persiana y dejándolo todo a oscuras.

Se había marchado de casa cinco años antes para irse a la universidad y empezar una nueva vida. Había tenido una buena infancia. Sabía que, aunque en su casa no sobraba el dinero, sus padres le habían dado todo lo que había necesitado y no había notado estrecheces. Vale, era cierto que nunca le habían comprado el móvil de última generación que había reclamado en su corta época de adolescente más caprichoso de lo que era habitual en él. Pero tampoco se había puesto especialmente pesado cuando le regalaban uno parecido, aunque fuera uno reacondicionado. En el fondo, adolescente o no, sabía que para sus padres era un esfuerzo, especialmente teniendo en cuenta la situación de su hermano y todos los gastos que aquello conllevaba.

Allí estaba otra vez. Vuelta a aquella pequeña localidad de sueños estrechos como sus calles. De bruces en su nueva y, al mismo tiempo, vieja realidad. Pero un poco más tosca y fea esta vez, porque ahora el duelo lo cubría todo. Y ese tufo que suelta la mala suerte.

—No te preocupes, mamá. Saldremos de ésta. Estoy aquí y lo solucionaremos.

—Hijo, tú deberías estar viviendo tu vida, cumpliendo tu sueño. Estabas tan cerca de conseguirlo.

—No pasa nada. Tal vez con el tiempo lo consiga. No está todo perdido, ya lo verás. En unos años podré retomar los estudios y terminar mi carrera.

Pero no creía que fuera a ser así. Más bien sentía una red que le había atrapado y que se balanceaba colgando desde un techo infinito. En su vaivén, se burlaba de él mostrándole lo que se iba a perder y acercándole a lo que iba a ser su vida en adelante.

No obstante, no podía decírselo a su madre. La notaba tan demacrada y triste que no podía cargarle su pena y su rabia. Había envejecido de golpe en pocos meses, desde que calculaba que la

enfermedad con su devastadora realidad había atravesado la puerta de su casa. Sus padres habían decidido ocultarle a Sylvan lo que sucedía, ahora lo sabía. Una vez más, habían tratado de protegerle, obviando contarle lo que ocurría para que pudiera seguir adelante con sus estudios.

En sus cada vez más espaciadas visitas debido a la sobrecarga de exámenes, prácticas y trabajos, le había parecido que su padre no estaba bien y le había dicho que tenía que acudir al médico. Había observado el rostro compungido de su madre al sacar el tema, pero su padre siempre se había adelantado a quitarle importancia y a asegurarle que estuviera tranquilo porque le iba a hacer caso.

—Sylvan, tienes que centrarte en los estudios. No puedes despistarte con cosas que no tienen importancia.

—Papá, precisamente por lo que estudio, no creo que sean cosas sin importancia. No tienes buen aspecto y estoy preocupado.

—Tranquilo, estoy bien.

—Prométeme que irás al médico.

—Que sí, hijo, te lo prometo —respondió Michael con desgana.

—No lo digas así. Hay cosas que si se cogen a tiempo quedan en nada pero, por el contrario, si se dejan pueden convertirse en una enfermedad devastadora.

—Iré al médico, ¿vale? Lo prometo.

Poco podía saber que, por aquel entonces desde varios meses atrás, una sentencia de muerte pendía sobre su cabeza. Cuando Sylvan se encontró de golpe con la despiadada verdad, aquel hombre cabezota que tanto había luchado por su familia, estaba a punto de expirar su último aliento.

◆◆◆

—No te andes con medias tintas y sé claro. ¿De cuánto estamos hablando?

—De varios millones de dólares.

—¿Cuántos son varios millones de dólares? Vamos, Phillip, no me seas cobarde y dímelo claro —dijo Sanders acercándose con su imponente butaca de piel sobre su escritorio.

Desde aquella ventana infinita que iba del suelo al techo y cubría dos cuartas partes de la pared, parecía tener la metrópoli a sus pies, con las frondosas copas de los árboles de Central Park salpicando de verde el paisaje. La vista se perdía en aquel magnífico pulmón de la ciudad de Nueva York, lugar de expansión y reconexión para muchos de sus estresados ciudadanos. Y, justo en ese instante, pensaba que aquello de tener la urbe a sus pies, en parte, había sido verdad hasta ese momento.

—Verás, Jacob. Hay que tener en cuenta…

—¿Cuánto, Phillip? No me vengas con rodeos, porque te conozco desde que eras un crío y tu padre te llevaba a nuestros partidos de golf. Y llevas trabajando para mí desde poco después. Así que, no me jodas, y dime las cosas claras. Sabes de sobra que no me gustan los claroscuros.

—Mínimo quinientos millones. Podrían llegar fácilmente a pedirnos mil. Incluso más. Todo depende de cómo piensen plantear el pleito. Si lo plantean como un delito doloso… —señaló, dejando por un segundo la frase en suspenso— Bueno, las cosas se pueden poner muy feas.

Los empequeñecidos ojos de Jacob Sanders le traspasaban con su inteligencia habitual. La edad no le había hecho perder facultades. Tal vez físicamente no estuviera en plena forma, lo cual era normal. Pero cognitivamente estaba en la flor de la vida.

—¿Y estamos seguros de quién está detrás de todo esto?

—Sin lugar a dudas. Anderson es el que vendió todas las pólizas. Se llevó un buen pico con ellas.

—¿Cómo es posible que nadie detectara que estaba firmando contratos falsos y que las pólizas auténticas incluían cláusulas fraudulentas?

—Ahí no te puedo ayudar, Jacob. Tendrás que hablar con los responsables correspondientes. Creo que se han cometido varias negligencias en este asunto. Tal vez, les prometiera algo a cambio. Pero no me hagas mucho caso porque sólo estoy especulando.

—Quinientos millones.

En ese momento, Sanders giró su butaca hacia el gran ventanal de su despacho. Su mirada rabiosa se perdió en el horizonte, en mitad de un mar de rascacielos. Empezó a barajar la posibilidad de llamar inmediatamente a Anderson a su despacho y dejarle claro que sabía lo que había hecho y que lo iba a hundir. Sería una forma de descargar la ira que se estaba apoderando de él en ese momento. Sin embargo, también sabía que eso se lo desaconsejaría su abogado. Tenía que ser listo y no dejarse llevar.

—Pero eso no es lo peor. En cuanto llegue a los medios de comunicación, nos van a crucificar. Se trata de un pequeño pueblo a una hora y media de la ciudad. Todo el mundo va a empatizar con esa gente que trabaja hasta doce horas al día para llevar un plato de comida a su casa.

—Nos ha jodido pero bien.

Capítulo 10
Después

"Las personas libres jamás podrán concebir lo que los libros significan para quienes vivimos encerrados".

- Anne Frank

Abro los ojos. Mis párpados son como dos losas. No entiendo por qué razón los noto tan pesados. Es un esfuerzo extremo para un gesto tan simple, tan liviano. Noto la cabeza abotargada, el pensamiento lento, como si las ideas no llegasen a mi cabeza. Parece que un nubarrón se ha instalado sobre mí, una espesa y gruesa nube cargada de turbación. Tengo un dolor de cabeza difuso, como si fuera un recordatorio ambiguo de algo que no logro entender. Como si ese dolor no fuera nuevo, sino un viejo conocido.

Cuando por fin logro despegar los párpados, me parece verme reflejado en una lámpara de metal que pende de un techo alto, tan alto que no distingo el final. Tal vez se deba a que la habitación parece estar medio en penumbra. Las sombras lo envuelven todo, salvo lo que queda debajo de ese mugriento y macilento foco. La bombilla ilumina lo justo y parpadea como si fuera a fundirse en cualquier momento. Percibo el sonido de la típica vibración de los filamentos de la bombilla y me provoca dentera. Siempre he detestado ese molesto ruido que pasaba tan inadvertido para otros.

Un ruido blanco, así lo llaman.

Cierro los ojos. Parpadeo fuerte. Me molesta un poco la luz. Otra vez me percato de ese dolor difuso en la base del cráneo. Éste es distinto al otro que tengo junto a la sien. Por momentos, parece que me mareo, que se me nubla la vista. Y nuevamente tengo el pálpito de que es una sensación que no es nueva. Una náusea hace una aparición fugaz, desapareciendo casi tan rápido como ha hecho acto de presencia. Presiento que no podría hacer nada para controlarla, pero no entiendo por qué motivo me asalta esa idea.

Es como un estado consciente que escapa de mi conciencia. Como si mi cuerpo supiera algo que yo desconozco. Es un jeroglífico, un trabalenguas, un rompecabezas, un puzle al que le faltan piezas.

Jigsaw.

¿Por qué me ha venido esa idea a la mente?

Una estupidez como otra cualquiera.

No termino de despertar del todo. Siento también escalofríos. Hay

una sensación rara en mi cuerpo. En todo mi cuerpo. Como un hormigueo sin serlo. Como un abotargamiento generalizado en mis músculos. Y sin embargo…

Tengo los sentidos alerta, hipersensibles.

El vello se me eriza.

La carne de gallina.

¿Por qué?

Y es en ese momento en el que soy consciente de que algo aún más extraño me pasa, cuando intento analizar de forma atenta mis sensaciones, cuando procuro moverme pero no puedo. Debo estar inmovilizado. Intento incorporarme levemente para ver qué me sujeta.

No lo entiendo.

Es como si no me hubiera movido ni un milímetro.

La perspectiva no ha cambiado lo más mínimo.

Mis músculos están en rebelión.

Y otra vez la misma pregunta: ¿por qué? Estoy soñando. Eso es. Un sueño muy real. ¿Otra vez? Esto ya lo he soñado antes, ¿o no? Mi mente me está engañando. Tal vez tomé alguna droga ayer y no lo recuerdo. Puede que esté sufriendo ahora los efectos secundarios.

Pero, ¿estoy seguro de que fue ayer?

¿Qué es lo último que recuerdo?

No soy capaz de saberlo.

Vale. Voy a tranquilizarme. Empieza a costarme respirar. Esa falta de aire me provoca más angustia. Son los nervios. Esto no es real. No puede serlo. Es sólo una pesadilla, una más, como cuando soñamos que nos caemos y, en realidad, lo que sucede es que sufrimos un espasmo mioclónico o sacudida hípnica, una contracción muscular inconsciente mientras estamos en brazos de Morfeo, haciendo que nuestras extremidades se sacudan y tengamos la sensación de que caemos.

Pero al contrario.

Porque en mi caso, no se mueve nada.

Creo que no puedo mover nada.

Es un hecho.

¡¡No puedo moverme!!

NADA.

El terror se extiende como una marea negra por mi torrente sanguíneo y un sonido gutural que pretendía ser un alarido sale de mi garganta, de forma tan tosca e improductiva que me roza la tráquea y me raspa las cuerdas vocales. Soy plenamente consciente de ese dolor. Empiezo a ser consciente también de la pesadilla en medio de la que he despertado. Ni siquiera puedo mover mis ojos de lado a lado, únicamente arriba y abajo.

Arriba y abajo.

Arriba y abajo.

Y eso me asusta aún más, porque no puedo ni siquiera hacerme una idea de qué lugar es éste.

El corazón empieza a latirme tan fuerte que hasta me hace daño. Temo sufrir una crisis de ansiedad. Por lo que he oído, deben ser algo parecido a lo que ahora siento. La respiración agitada, la vista nublada otra vez, el músculo cardíaco a punto de salírseme del pecho.

Y no tengo modo de pedir ayuda.

—¡¡Joder!! ¿Por qué no me muevo? —es un pensamiento que trato de pronunciar en voz alta pero me resulta imposible. Y vuelvo a entrar en bucle tratando de averiguar qué me pasa y qué ha pasado, ¡qué cojones me ha traído a esta situación de mierda!

No puede ser. Puede que esté en un estado de semi inconsciencia. Y regurgito otra vez los mismos pensamientos de hace unos minutos. Eso es. Tiene que ser eso. Estoy inmerso en alguna fase del sueño que parece demasiado real. Respiro hondo. Todo lo hondo que puedo. Eso me hará estar más tranquilo. Eso me ayudará a encontrar una explicación.

Inspiro y cuento hasta tres.

Espiro y cuento hasta cuatro.

Otra vez.

Una más.

¡Qué difícil es algo que debería ser tan sencillo!

Entonces me viene una idea a la cabeza. Una vez leí que existe una enfermedad neurológica rara que se llama parálisis del sueño y, quienes lo sufren, no pueden moverse al despertar. No, no lo leí. Pensaba que sí, que sería de algún artículo de alguno de los cursos de formación. Ahora lo recuerdo. Lo vi en *La Maldición de Hill House.* Una de las protagonistas lo sufría. Les pasa a algunas personas cuando despiertan en medio de la fase REM, justo en esa fase en la que el cuerpo está absolutamente paralizado. Era algo angustioso. Será eso. Tiene que ser eso. Estaba en medio de ese ciclo de ondas cortas y movimientos vertiginosos de los ojos cuando algo me ha despertado. En unos minutos estaré bien.

Pero…

Pero eso no me pasaba a mí. No antes de este preciso instante. No, estoy seguro. Nunca me ha pasado. ¿Por qué entonces ahora? Debo estar atrapado en una distopía onírica. Si es así, ¡quiero despertar ya!

¡Quiero salir de aquí!

¡Quiero escapar de mí mismo!

Lloro como no lo he hecho en años. Lloro con desesperación y angustia. Lloro por la indefensión que siento. Lloro por el miedo. Lloro porque el autoengaño ya no funciona. Lloro porque empiezo a darme cuenta de que esta puta pesadilla no es onírica. Lloro porque puedo

oler la herrumbre, porque siento una brisa fresca sobre mi piel que me eriza el vello. Lloro porque la evidencia cae sobre mí.

Esto es la vida real.

Es mi nueva realidad.

Y eso tal vez no sea lo peor.

Paralizado por el sueño o no, no tengo ni la menor idea de dónde estoy.

Ni de lo que está por venir.

Capítulo 11
ENTONCES

"Quien sabe del pasado sabe del porvenir."

- Ramón María del Valle Inclán

Había recogido información de muchos compañeros de los que habían trabajado con su padre. A la mayor parte de ellos los había conseguido engañar también. De hecho, un porcentaje alarmantemente alto. Debía ser muy bueno en lo suyo para convencer a tanta gente que acostumbra a medir sus gastos.

Y que son por naturaleza desconfiados.

Muchos se habían cabreado de lo lindo. Eso era algo que se evidenciaba en los primeros minutos de la conversación. Otros, en cambio, se resignaban sin más y decían que no querían meterse en más líos. Pero esos eran los menos. La indignación sobresalía por encima de todo.

En el tiempo que tenía libre, pasaba por la empresa para hablar con ellos y sacar información. A algunos les había hecho una visita también en su propia casa porque le habían pedido hablar con calma, que les contase todo con detalle, con la presencia de su mujer o su marido, según el caso, para que ambos estuvieran al tanto. Y Sylvan había accedido, aunque eso le suponía un exceso de tiempo invertido. Pero no importaba. Cuantas más personas recogiese para su causa, más probabilidades de ganar y, sobre todo, de agitar la opinión pública, de sacudir ese avispero, un termómetro de primera magnitud en Estados Unidos. En definitiva, de poner a aquellos desgraciados sin alma en el disparadero. Estaba determinado a dar una lección a los responsables de aquel fraude, aunque tuviera que hipotecar a cambio su juventud.

Tal vez, su vida.

Quizás, incluso su alma, aunque aún no lo supiera.

Estaba recaudando firmas y, con toda probabilidad, montarían una demanda conjunta, puesto que pocos estaban siendo los que no querían hacer nada o se conformaban a tragar toda esa mierda y quedarse como si tal cosa. Los de Stars Health iban a acordarse bien de con quien se habían metido. Habían acercado el hocico al panal equivocado e iban a llevarse unos cuantos aguijonazos.

Después de muchas conversaciones, había llegado a muchas y

variadas conclusiones, algunas bastante sorprendentes. La primera y, acaso, la que más rabia le había producido era que en todos y cada uno de los casos estaba detrás el mismo vendedor. Un tal Christopher Anderson.

La segunda, su padre no era el único que había enfermado y al cual se le había denegado, no sólo la atención médica, sino también la posible cobertura para los días de baja mientras se sometieran a alguna prueba, tratamiento o intervención. Cuando habían llamado a la aseguradora, les decían que ese tipo de cobertura no la recogían las actuales pólizas de salud que tenían en su catálogo. En todo caso, debían tener contratada una segunda póliza para esas eventualidades, pero no con ellos, según le habían asegurado. De hecho, no figuraba en las bases de datos de la empresa, así que entendían que el error provenía de otra parte.

La tercera conclusión fue que, al parecer, tenían posibilidades de ganar. Había muchos bufetes interesados curiosamente en el caso. No les asustaba el tamaño de la aseguradora a la que se iban a enfrentar, la cual formaba parte de un conglomerado de empresas muy potente en el país. Lo veían como un caso factible de ganar que les podría reportar incontables beneficios, no sólo económicos, sino también publicitarios. En Estados Unidos seguían gustando las historias de pequeños héroes que vencen a su particular Goliat y eso era extraordinariamente mediático.

Y había una conclusión más allá del proceso en sí, un reconocimiento de que este acto de vileza y ruindad humana tan evidente le estaba cambiando por dentro.

Intuía que no todo el mundo iba a ser igual de civilizado.

Y le parecía bien.

Capítulo 12
Entonces

“Aquel que arrebata la libertad a otro es prisionero del odio.”

- Nelson Mandela

Iba a tener que salir por patas. Parecía algo inevitable. Quizás no había calculado bien los riesgos. Pero es que, cuando se te abren las puertas del paraíso, es tan difícil no caer en su embrujo que él había entrado sin mirar atrás. Se había pasado de listo y ahora tenía que preparar un plan de escape. Pero antes de irse, daría un último mordisco. Al fin y al cabo, le daba igual comprarse la casa de sus sueños en aquel estado que en otro a varios miles de kilómetros donde pudiese empezar una vida nueva.

Nunca había sido un hombre arraigado.

Había escuchado el rumor de la manera más inverosímil posible, encerrado en el baño. Un par de compañeros estaban comentando que habían oído que Sanders estaba muy mosqueado. Mosqueado era un eufemismo en realidad. Era más ajustado decir que tenía tal cabreo, que le salían espumarajos por la boca. Según habían podido entender, había recibido una visita de su abogado. Al parecer, se enfrentaban a una demanda colectiva. Detrás de aquello estaban un grupo de trabajadores de una pequeña localidad rural en el condado de Sussex, a una hora y media de la Gran Manzana, los cuales denunciaban que se les habían vendido pólizas fraudulentas y engañosas. Como resultado de aquello, varios de los que habían enfermado no habían podido acceder a los supuestos tratamientos que estaban cubiertos e, incluso, uno de ellos había fallecido.

—¡Joder! —pensó Christopher, a quien casi se le escapa en voz alta.

Christopher escuchaba aquello y no podía evitar pensar que la culpa no era suya si la gente era tan estúpida de firmar una póliza sin leerla hasta el final y entender bien todos los términos. Vale, de una parte sí era culpable. Había añadido una cláusula sin consultar en la oficina. Esa cláusula la habían firmado como un contrato aparte que era falso. Los beneficios adicionales que suponían iban directos a la cuenta que tenía en un paraíso fiscal. Dicha cuenta, era la misma en la que ingresaba todos aquellos beneficios bajo cuerda que desconocían en Stars Health.

Al principio, recién incorporado a la compañía, fue legal. Sin embargo, según fue cogiendo confianza y averiguando fórmulas de

hacerlo sin que nadie se enterase, había ido sacando en los últimos años dinero destinado a una jubilación prematura en la que viviría única y exclusivamente de los ingresos pasivos que le generasen sus inversiones.

Tenía todo planeado.

O eso creía.

Era momento de prepararse mentalmente para empezar una nueva vida lejos de allí. Pensó en todos los pasos que debía dar. Buscar un destino alternativo antes de que explosionase la tormenta perfecta que intuía que se estaba preparando. Cerrar sus cuentas, es decir, las legítimas, y transferir todo su dinero a una nueva o a alguna de las que ya tenía en ese lugar impreciso que se encuentra en el límite de la legalidad llamado paraíso fiscal. Empaquetar todas sus cosas y contratar un servicio para la mudanza. Y, lo más importante, largarse sin dejar ni rastro, lo cual no es nada sencillo en un mundo hiperconectado como el de la actualidad. Adiós al móvil por el momento, adiós a las tarjetas de crédito y a cualquier miga de pan digital que pudiera conducir hasta él.

Ni siquiera intuía que aquello sería una quimera.

◆◆◆

Sylvan conoció a muchos tipos interesantes durante el tiempo que estuvo recabando información. Descubrió que bajo las apariencias más fieras podían esconderse los corazones más tiernos y, al contrario, que detrás de un físico y un rostro que parecían transmitir debilidad o, cuando menos, cierta fragilidad, habitaban almas que podían llegar a ser despiadadas.

La apariencia puede ser un espejo cóncavo que devuelve una realidad deformada y una imagen puede engañar más que mil palabras. Christopher Anderson, bajo aquella apariencia perfecta, elegante y seductora, escondía a un auténtico monstruo de dentadura perfecta que se afilaba los dientes con cada potencial víctima que se ponía en su radar.

Y también descubrió que dentro de Sylvan Brown moraba un ser desconocido. Eso sí que fue una sorpresa. Su padre no lo habría creído jamás. Casi se alegró de que no estuviera allí para verlo.

Dustin era uno de aquellos tipos que cambiarían el rumbo de todo, de la demanda, de su situación e incluso de su vida. Aquel saco de huesos de ojos hundidos pero de mirada fiera, tenía una determinación sobrehumana y un sentido de la justicia difícil de contradecir. Él había sido víctima directa de aquel pijo con ínfulas y no iba a dejarlo pasar. Por suerte para él, hasta que el hijo de su colega, Michael Brown, no le había contado lo de las pólizas, él no lo había descubierto.

Al principio desconfió de aquel joven con cara de no haber roto un plato en su vida que le hablaba de fraudes y le conminaba a unirse a una demanda colectiva. Con la grima que le daban a él los abogados, especialmente desde que tuvo que estar en prisión por la mala praxis de uno de ellos.

—A mí me gusta hacer las cosas a mi manera, ¿lo pillas chaval?

—Señor Clement, entiendo su postura. Pero la verdad es que, si nos unimos, podemos lograr algo que tenga una gran repercusión. Podemos desenmascarar a la compañía delante del país. Y, aunque el dinero sea lo de menos, los bufetes con los que he hablado dicen que pueden sacar varios millones por cada familiar que se apunte a la demanda.

—Bueno, chico —dijo dándole una bofetada cariñosa que a Sylvan no le hizo la menor gracia porque le hacía sentir idiota—, lo de que el dinero es lo de menos, es discutible. Por ahí, me vale. Pero ya te aviso que no me voy a conformar con eso.

A Dustin Clement su paso por la "lujosa" pensión del estado le había enseñado que un hombre debe aprender a resolver las cosas por sí mismo, sin delegar en otros y menos en unos cuantos picapleitos. Dustin Clement conoció en prisión a tipos que resolvían cosas de maneras, como mínimo, más creativas y, como resultará obvio, menos lícitas. A Dustin Clement su paso por la trena le había convertido en un hombre diferente.

Reinsertarse en la sociedad no había sido trabajo fácil pero, al final, lo había conseguido. Ahora tenía una familia y un trabajo estable que, aunque no fuera el sueño de su vida, les daba de comer y le proporcionaba la apariencia que necesitaba. Para lo demás, tenían trabajillos extra que le reportaban no sólo pasta, sino adrenalina de la buena.

Aunque fueran dos almas que parecían imposibles de emparejar, la realidad es que acabaron encontrando puentes en los que confluían sus intereses, porque cuanto más ahondaba el hijo del fallecido Michael Brown en la situación de muchas de aquellas familias damnificadas, más fuerte era la brecha de odio que se abría en su interior.

Nadie le había avisado que el odio puede tener garras.

Gracias a Dustin Clement, Sylvan empezó a considerar que tendrían que tener vigilado al responsable de todo aquello porque, en cuanto saltase la bomba, cabía la posibilidad de que tratara de huir. No se había planteado esa posibilidad. No dejaba de ser un joven ingenuo con sueños rotos. Es lo que tiene haber estado militando toda su vida en el equipo de los buenos. Hasta que sales del cascarón y te encuentras en medio de un nido de víboras.

Dustin conocía a gente que podría ayudarles, gente de su confianza,

de esos que consiguen cosas, de esos que deshacen los problemas como se deshacen los nudos, mejor cuando las uñas están un poco afiladas. Dustin conocía a tipos de los que Sylvan sólo había visto en las series de Netflix.

Y así, sin enterarse, se fueron gestando nuevos planes, adyacentes al original, al legal, al ordinario. Planes más excepcionales en los que se dejó caer, en los que sucumbió dócilmente, porque el odio, ese odio fiero, ese odio con garras que se instala en el pecho, tiene un efecto dominador cuando es alimentado con combustible del que arde ante la menor chispa.

Sylvan sería la cara visible, la imagen del perfecto doliente, la que se mostrara ante los medios de comunicación, ante el jurado. El hijo del hombre muerto que soñaba con ser médico y al que le habían cercenado la vida como se corta la hierba en el jardín. Sylvan era además el hermano de aquel pobre chico cuya alteración genética le mantenía enclaustrado en una infancia sin fin, sin la esperanza de la juventud, del amor, de la vida.

Sylvan era la litografía perfecta que mostrar al mundo.

Porque, una vez más, el espejo podría esconder una imagen oculta e inesperada.

Los espejos, a veces, esconden monstruos.

capítulo 13
después

“Cada uno tenía su pasado encerrado dentro de sí mismo, como las hojas de un libro aprendido por ellos de memoria; y sus amigos podían sólo leer el título”.

- Virginia Woolf (El cuarto de Jacobo)

Todo se desencadenó con una celeridad inaudita. Se tomaron muchas decisiones en muy poco tiempo, algunas precipitadas, algunas certeras. Y cada decisión, como en un cruce de caminos, conducía a alternativas insoslayables y a nuevas decisiones que abrirían nuevas sendas.

Sylvan había cambiado de trabajo en muchas ocasiones desde el fallecimiento de su progenitor. Era imprescindible su colaboración en la economía familiar y lo sabía. Pero había otras ocupaciones que requerían su atención y, sobre todo, necesitaban tiempo. Alguna vez le había costado discutir con su madre, porque ésta le decía que esa idea de denunciar a Stars Health estaba acabando con su vida. Se pasaba casi todo el día fuera de casa, dormía poco y comía menos, ya que estaba volcado en una cruzada que ella dudaba que al final valiese la pena.

—Al final, siempre ganan.

—No estoy de acuerdo.

—¿De verdad crees, cariño, que cuatro paletos de pueblo van a derrotar a una gran compañía como esa? Es mejor poner todo en la balanza. Entonces verás que es preferible no perder tu vida por el camino en una lucha en la que no tenemos precisamente las de vencer.

—¿Cómo puedes decir eso? Os engañaron, abusaron de vosotros y, por su culpa, papá está muerto. Eso merece un castigo o, como mínimo, que la gente lo sepa.

—¿Y qué va a cambiar? Tu padre no va a volver.

—Pero evitaremos que engañen a otros. Por el momento, desde que salió el escándalo han bajado varios puntos sus acciones en bolsa. Ya hemos hecho algo de daño.

—A mí eso no me sirve, Sylvan. La venganza no me ayuda a superar el dolor.

No podía entender esa rendición.

Y mucho menos compartirla.

◆◆◆

Hace frío. Una corriente heladora le devuelve al mundo de la consciencia en el que las sombras toman forma y la realidad muerde. Su cerebro ha sido generoso y, después de horas de una vigilia doliente, le ha regalado un paréntesis llamado sueño. O eso cree, porque aún no sabe que ha sido un sueño químico.

Su visión limitada le impide ver los cables a los que está conectado y los tubos que le alimentan y le mantienen con vida. Se han cuidado mucho de que estén fuera de su ángulo de visión, tan reducido que casi toda la información relevante de la sala en la que se encuentra queda fuera de su alcance.

Tiene un recuerdo vago de voces en aquella sala. Tal vez una discusión. Hay también una imagen difusa de tubos y agujas. Un gotero tal vez. Material de hospital. Pero no recuerda batas blancas.

¿O sí?

No sabe qué es real y qué no.

¿Cuánto tiempo lleva allí? Ni idea. Trata de moverse. Había olvidado que su cuerpo se halla inmerso en un estado de parálisis total que no permite el más mínimo movimiento. Había olvidado que esa parte ya la ha vivido. Pero no ha olvidado el pánico que sintió la primera vez que fue consciente de ello ni la siguiente. Un pánico redoblado.

Se rebela una vez más. Se niega a aceptar la realidad. Se desata una lucha en su interior, un instinto de no rendición. Pero da igual, pues volverá a caer sobre él como un meteorito destructor que asola todo a su paso, arrasando hasta la mínima esperanza. Su cerebro da órdenes que sus músculos prefieren desobedecer. Y lo intenta. Trata de hacer consciente lo inconsciente.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

No hay respuesta. Se ha levantado un estado de anarquía en el que su cuerpo parece haberse desconectado de la tiranía de su órgano director y se niega a hacerle caso. Pero es una anarquía a medias, porque los músculos no se mueven pero sienten el dolor.

Y vuelve la desesperación con toda su crudeza.

Y el llanto desgarrado.

Su cuerpo es una celda. Su mente está enclaustrada.

Cuando logra ralentizar mínimamente su respiración, trata de analizar la información que la escasa visión periférica de sus ojos le proporciona. No puede mirar directamente al techo. Hay encendida una luz cegadora. Eso le desconcierta. A veces, apenas es una bombilla casi inerme, frágil y desganada. Otras, en cambio, es una luz brillante como la que le abrasa la mirada en ese instante. Un tipo de tortura

sutil, pero tortura al fin y al cabo. Cierra los ojos para intentar protegerse. Entonces se inicia un baile de destellos en su cabeza que le desorienta un poco más.

—Bienvenido Christopher.

Abre los ojos de golpe. Se deslumbra una vez más. Multitud de puntos negros bailan en el interior de su cabeza después del fogonazo de esa luz rabiosa. El corazón parece que se le sale del pecho. ¿De dónde proviene esa voz? Tiene un regusto metálico, como salida de un transistor viejo. Escucha pasos que se acercan. El pulso se le acelera como caballos a la carrera.

«¿Quién anda ahí?» piensa, tratando de decirlo en voz alta. Pero, en su lugar, suena un balbuceo ininteligible y correoso. A ese intento vano le contesta una risa malévola y poderosa.

Los pasos siguen avanzado en una letanía infinita.

Primero uno. Luego otro.

Son pasos pesados.

Son los pasos de una bestia.

Y la incertidumbre de lo que está a punto de pasar le provoca un temblor que no es imaginario pero que tampoco se hace visible.

«¿Qué coño me pasa? ¿Por qué no puedo ni siquiera hablar?» piensa una vez más, esta vez en un silencio servil y lloroso.

Intenta gritar, intenta moverse, pero todo es inútil. Su cuerpo es una jaula y le mantiene encerrado dentro, bien atado y amordazado. La consciencia de que no puede hacer nada para defenderse hace que el miedo se sienta afilado, con puntas de acero que traspasan la piel y dividen la carne.

Trata de adivinar por donde vienen los pasos, pero no dispone apenas de recursos. Sus pupilas sólo se mueven arriba y abajo. Es incapaz de mirar a los lados. Agudiza sus oídos. Se oye agua caer. Huele la herrumbre de algo oxidado. Hay un tintineo incesante de gotas que se pierden en un lugar indeterminado. Tal vez eso indique que se encuentren en algún lugar cerca del agua. Quizás simplemente son tuberías viejas.

Quizás eso sea lo de menos.

Gruñe. Es un nuevo intento de grito que no sale, un alarido discapacitado. Y vuelve a intentarlo, hasta que le duele la garganta. Siente un ardor picante que le desespera. Percibe un millón de diminutas agujas que le pinchan desde dentro y provocan un cosquilleo desesperante.

De pronto, un fuerte golpe sobre el metal, retumba de forma grotesca e irreverente. Un golpe que establece la cadena de mando. Ha sido muy próximo a su cuerpo, pero sin tocarle, sin rozarle siquiera. Sabe que ha sido cerca de él porque sí ha notado una leve brisa y porque la camilla, o lo que sea aquello sobre lo que está tumbado, ha

emitido vibraciones. Ha notado su movimiento. Ha temblado con ella.

Otro golpe más. Muy fuerte. Muy cerca de su oído.

Quien sea que haya golpeado esa media mortaja de acero que le sostiene está a una distancia de pocos centímetros. Y aún así, no lo ve. Ahora nota su respiración junto a su oído. Siente su aliento y le hace cosquillas. Parece el resuello de un animal.

No llega a verle. Sus ojos no se mueven lo suficiente. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Intenta a izquierda. Imposible. Hacia la derecha. Nada, como si hubiera una barrera invisible, como si estuvieran dentro de un corsé. Es como estar a oscuras con los ojos abiertos. Es como no ver viendo.

Ahora le muerde la oreja.

Primero suave.

Parece sujetarla sólo con los labios.

Unos labios que raspan.

Prepara el terreno. Se detiene en un segundo que parece eterno, un instante que parece infinito. Ya no son los labios los que realizan la prensión. ¿Qué va a hacer? ¿Por qué sujeta el cartílago de su oreja entre sus dientes?

Siente una corriente extraña, como la que experimenta durante el sexo. Pero no tiene sentido. Ahí. Ahora. No.

—¿Te excita que te muerda, Christopher? —le dice la voz junto a su oído, ahora menos metálica y más humana, más monstruosa a la vez, porque es de carne y hueso. Es un hombre. No le suena de nada, no cree haberle escuchado antes hablar. ¿O sí? Un destello fugaz en su memoria. Pero, ¿qué importa eso ahora? Tiene cosas más importantes de las que preocuparse.

Y esa risa.

Vuelve a morderle y esta vez es más fuerte. Olvida ese intento de recuerdo. Su cuerpo emite un alarido sordo. La amígdala en plena ebullición, mandando señales de huida a todo el cuerpo, un cuerpo indómito, rebelde, que no quiere responder porque no puede hacerlo. Le hinca los dientes con tal fuerza que acaba por arrancarle una parte del pabellón auditivo.

Siente que se va a desmayar.

Ojalá.

El dolor se extiende por todo su cuerpo de manera irreal. ¿Cómo puede sentir dolor por toda la extensión de su ser cuando debería dolerle solamente la receptora de aquella aberración? Lo que le duele es el pánico, que no entiende de límites, que recorre hasta su último nervio.

El desconocido está detrás de él. Respirando hondo junto a su cabeza. Se ríe. Es una risa grotesca y terrorífica. Es una risa cruel y malévola. Es una risa que ha oído antes, aunque no la identifique.

Ahora le enseña el trozo de oreja que le ha arrancado. Lo pone justo sobre sus ojos. Unos dedos gruesos y grandes lo sujetan. Tiene tatuados los dedos. Parecen letras. Lo mueve de un lado a otro. La sangre bien visible. Su sangre. Una gota cae sobre su frente, como un golpe póstumo a su amor propio. Aunque apenas puede ver ese pedazo de cartílago, porque el dolor le nubla la vista y porque la luz sigue siendo igual de cegadora.

—Bienvenido a tu infierno particular, señor Anderson. El juego acaba de empezar.

Entonces deja caer el trozo de lo que había sido su oreja sobre su cara y se aleja sin más.

Y apaga la luz.

En medio de su agonía, sabe a ciencia cierta que volverá.

Capítulo 14
Entonces

"A todo hombre le ocurren grandes aventuras, a pesar de que esté encerrado en un cuarto de diez metros, pues el tamaño de los sucesos individuales se mide por la repercusión en el alma"

— Fernando González Ochoa

Todo el mundo asumió con cierta facilidad que Christopher Anderson se había fugado, casi como si fuera la consecuencia más lógica a lo sucedido. No había sido difícil descubrir que había vaciado sus cuentas y su apartamento, ya que tanto el Departamento de Recursos Humanos como el de Contabilidad tenían sus datos. Su coche, además, había desaparecido del mapa. Con los cargos que se le imputaban y lo que se le venía encima, nadie dudó que había tomado el camino fácil y había buscado alejarse de los problemas. Sin embargo, no le iba a resultar tan sencillo. Sanders no lo iba a dejar estar. Quería a su cabeza de turco y haría lo que fuera necesario para encontrarle.

Lo que tenía claro era que no iba a cargar con el muerto.

Contactó con la policía y, junto con sus abogados, expusieron todo el caso y reclamaron que pusieran todos los medios a su disposición para encontrarle. Con muy buenas palabras, en la central le dijeron que harían lo que estuviera en sus manos, pero que en una ciudad como Nueva York, con el volumen tan elevado de delitos que se cometían en ella al cabo del día, no iba a ser ni mucho menos una prioridad.

—Señor, Sanders. Me consta que es usted un miembro muy respetado de la ciudad. Mis superiores se han encargado de dejármelo muy claro —señaló, dejando constancia de que sabía que había tirado de algunos hilos para presionarle—. Ojalá pudiera decirle que vamos a centrar todos nuestros esfuerzos en este caso. Pero es imposible.

—No es imposible. Usted decide a qué se dedican los recursos de su departamento. A mí no me venga con esas. ¿Acaso me toma por estúpido?

El jefe del departamento de Policía se inclinó entonces sobre la mesa con los dedos de las manos entrelazados y apoyados sobre ella. Con ese sencillo gesto, trataba de dejarle claro que le estaba prestando atención pero que, al mismo tiempo, no olvidase que las decisiones en

ese pequeño y singular reino de Taifas las tomaba él.

—Por supuesto que no. Jamás haría tal cosa. Y sí, tiene razón. Yo lo decido. Y por eso le ruego que entienda que en esta ciudad pasan muchas cosas a diario a las que debo darles prioridad. Estamos hablando de grandes crímenes: asesinatos, violaciones, robos con uso extremo de violencia, agresiones en grupo y, como no, amenazas terroristas, entre otras muchas cosas que, tal vez, ni se imagine. No le digo que no vayamos a investigarlo, le digo que no podremos hacerlo en la medida que usted solicita.

Sanders no estaba acostumbrado a aceptar un no por respuesta. Amenazó con denunciar al Departamento de Policía al completo, pero no sirvió de lo más mínimo. Recibían amenazas como aquella varias veces al día. Bastante tenían con tratar de controlar los crímenes y otro tipo de delitos que se cometían en la ciudad, los cuales eran sin lugar a dudas mucho más preocupantes que buscar a un timador huido.

Así que, finalmente, decidió contratar a un detective privado.

Capítulo 15
DESPUÉS

"La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos".

- Norman Cousin"

¿Se ha desmayado? Posiblemente. ¿Qué otra explicación podría haber si no? Se despierta aturdido. Un dolor latente en su oreja derecha le recuerda lo que ha pasado. Otro dolor que añadir a la lista. Empieza a llorar. Otra vez. Nada más abrir los ojos vuelve a sentir que la desesperación le inunda. ¿Cómo ha llegado a esa situación?

No adivina que lo peor está aún por llegar.

La habitación ya no está a oscuras. Tal vez nunca lo estuvo, sólo fue su cerebro el que se apagó por el dolor. Ha dicho habitación, pero no puede saberlo a ciencia cierta. Y está seguro de que no va a averiguarlo por el momento. Ahora la luz que pende sobre él no es tan brillante, sino mortecina. Como si le llegase una energía cansada. Al menos puede abrir los ojos sin dificultad, sin que aquella luz brillante y agresiva le ciegue creando más confusión. Paradójicamente, ve mejor con menos luz, con más sombras. Tal vez en ese reflejo sucio de la lámpara pueda obtener una mínima información.

Intenta concentrarse, controlar su nivel de atención para averiguar algo de lo que le rodea, para tratar de que su intuición le ayude a revelar información útil. Pero es difícil, el dolor latente de la oreja capta todos sus recursos atencionales. El dolor y la idea de que aquel sanguinario le ha mutilado sin contemplación alguna. Ese dolor constante y agresivo es como un foco cuando ilumina la escena en el teatro, amplificando aquello que se quiere mostrar al espectador, dejando en las sombras todo lo demás.

¿Qué más será capaz de hacer?

Empieza a sugestionarse, comienza a imaginar situaciones horribles, vuelve a dejarse embargar por el pánico, por la impotencia de verse a su merced, sin ninguna capacidad de reacción, sin la más mínima opción de defenderse, de buscar una salida. Esa angustia continua y creciente que no le abandona le impide pensar. Y es lo que necesita ahora. Pensar. Averiguar algo, lo que sea.

Intenta controlar su respiración. Otra vez. No es la primera vez que trata de hacerlo. Le cuesta, su nariz congestionada de mucosidad hace

que sea una tarea compleja. Poco a poco lo consigue. Se serena. Poco al principio. Algo más al final. Vuelve a abrir los ojos. Los ha mantenido cerrados durante todo ese tiempo para concentrarse en su respiración y en las sensaciones de ese cuerpo dormido. Retirando la atención de lo demás.

Vuelve a orientar esa especie de faro mental.

La bombilla se encuentra en mitad de un plafón enorme, metálico. No está seguro de si hay también un foco aparte de dicha bombilla. Eso sería lo lógico, por el cambio de luces que ya ha observado o, más bien, con el que también, en cierta medida, le han torturado. Si hay un foco en las inmediaciones como cree, éste puede estar situado en otra parte, también cerca de él, y no lo apreciaría porque su campo de visión es muy limitado. Da igual. Eso no es relevante ahora.

Ve su reflejo con bastante claridad en el metal, aunque es un reflejo sucio, algo emborronado. Es desalentador. De nuevo le entran unas desesperantes ganas de llorar. Otra vez intuye que va a entrar en ese bucle de desesperación. Pero lo frena a tiempo, cerrando los ojos otra vez y tratando de respirar más despacio y profundo otra vez.

Está tumbado sobre frío metal. Es una camilla que recuerda a las de la morgue. ¡Joder, vaya idea de mierda pensar en eso precisamente! Mirar su reflejo en aquella lámpara le infunde pavor. Se encuentra desnudo, al menos de cintura para arriba, puesto que parece que hay una sábana o algo similar que le cubre las piernas. No siente frío, a pesar de ello. Ahora no. Antes sí. Debe haber algún sistema de climatización. Entonces fija su mirada en su cara.

Y ahí puede apreciar el trozo de oreja sobre ella.

Nota el sabor de la sangre en la boca. No había sido consciente hasta ese momento. Tal vez se deba a que concentra todos sus esfuerzos atencionales en una cosa cada vez, de manera secuencial. La carne rasgada del cartílago auditivo le hace cosquillas en los labios. Siente que le sube una arcada. No quiere ni pensar en ello. La reprime como puede. Intenta soplar para mover el pedazo de tejido cartilaginoso, deshilachado como el bajo de unos vaqueros viejos, y no lo consigue. Más lágrimas se derraman. La desesperación es tan grande que en ese instante lo único que desea es morirse.

No sabe que aquello acaba de empezar.

Intenta agudizar el oído para tratar de adivinar si está solo o hay alguien con él. No sabe qué le da más miedo. La soledad o ese tipo de compañía. No parece haber demasiados ruidos, salvo el silencio que lo coloniza todo. Se esfuerza más. Los sonidos pueden revelar algo importante. Parece escuchar un viento suave, pero no está seguro.

Entonces ve algo que se mueve junto a su cara. No. Está alucinando. Parpadea. Vuelve a hacerlo. Una tercera vez, más fuerte esta vez porque no quiere ver lo que ve. Quiere que sea un efecto de su

imaginación. Quiere que sea una proyección de sus miedos. Quiere que sea culpa de todas las películas y series de terror que ha visto y que le han metido ideas disparatadas en la cabeza. Porque en la vida real nada es tan jodidamente tenebroso. Definitivamente es el pánico que crea formas terroríficas a su alrededor.

Y entonces lo siente.

El cosquilleo de algo que trepa por su mejilla. Esas diminutas patas livianas que parecen no existir, que quiere creer que no existen, pero que dejan patente su paso. Es de color azul. Imposible. "¿Lo ves, gilipollas? Te estás engañando a ti mismo. ¿Acaso es que no tienes suficiente con lo que te pasa?". Se reprende por sus pensamientos. Se regaña por la información que le ofrecen sus ojos. Pero no puede obviarla. No puede negar lo que ve y lo que siente.

Ya no.

Parece una araña. No lo parece. Lo es. Y sus patas no son tan pequeñas como había pensado. Ahora mismo sube por su pelo. Acaba de pasar por encima de su oreja mutilada. Se ha detenido momentáneamente sobre esa carne viscosa. Y ni siquiera puede gritar, ni siquiera puede ahuyentarla de ninguna forma. No puede alejarse de ella, espantarla de alguna manera. La frustración es tal que cree que nunca ha sentido algo similar.

La frustración y el miedo.

El espanto y la aprensión.

Un desasosiego creciente.

La indefensión.

Una desolación con dientes afilados.

Otra vez procura que algo salga de su garganta, pero nuevamente lo único que consigue es rasparse las cuerdas vocales con algo que se asemeja a un graznido.

Se trata de una tarántula azul cobalto, pero él no puede saberlo. Igual que no tiene ni la menor idea de que su veneno no provoca graves daños en el ser humano, aunque su mordedura es bastante dolorosa. Christopher, además, desconoce que la mayoría de las arañas no son agresivas con el ser humano y no suelen picar, salvo que se sientan amenazadas.

O salvo que detecten el miedo.

Él desconoce cualquier tipo de información al respecto. Él sólo sabe que tiene sobre su cara un arácnido enorme. Y ya no lo mira en el reflejo de la lámpara, porque ahora ha entrado en su campo de visión.

Sus ojos la ven.

Su piel la siente.

Su cuerpo la teme.

Y no puede apartar la mirada, aunque no le sirva de nada. Porque el miedo es así de irracional. Lo único que Christopher cree con algo

parecido a la certeza es que está sintiendo un ataque de pánico, porque puede que su cuerpo no se mueva, pero su corazón ha iniciado una carrera desesperada. Y también puede que, tal vez, sólo tal vez, la araña no muerda, pero el miedo sí. El terror se encuentra dentro de esa jaula que es su cuerpo y se extiende por doquier, recorriendo cada milímetro de su ser.

Y entonces la araña detecta la amenaza.

Y le muerde también.

Le clava con ansia esos diminutos pero voraces quelíceros en forma de colmillos.

El dolor es tan intenso que parece irreal.

Hay un nuevo fundido a negro, no sabe si real o imaginario.

Capítulo 16
Entonces

"A evaporarse aprender. A saltar los cerrojos que encarcelan el alma".

- Manolo García (Un alma de papel)

El detective finalmente es una detective. Se llama Winona Wrangler o, "doble W" o "V doble a secas", como la llamaban en su círculo de amigos con toda la sorna del mundo debido a su gusto por tomarse los *whiskies* doblados y sin más adornos que un cubito de hielo. Aunque tiene menos de treinta años, es buena en lo suyo.

Y lo sabe.

La echaron de la Policía porque no le gustaba cumplir con las normas o, para ser más exactos, porque sólo cumplía las suyas. No obstante, a pesar del tornado que era para sus compañeros cuando estaba en las filas de los cuerpos de seguridad, se fue de allí sin hacer apenas ruido ni dejar ningún destrozo a su paso.

La burocracia le tocaba demasiado la moral.

Cuando Sanders la tiene sentada frente a él pasan dos cosas. Lo primero es que a su mente machista le cuesta asimilar que su detective no mee de pie. Lo segundo, es que no comprende como a su abogado le ha parecido buena idea contratar a una mujer a la que ni siquiera querían en el Departamento de Policía y que bien podría ser incluso su nieta.

—¿Algún problema, señor Sanders? Me mira como si hubiera visto un armadillo en medio de Times Square.

—Supongo que esperaba algo diferente, señorita Wrangler.

—Ya, entiendo. Quiere decir algo diferente como un hombre, por ejemplo. Bueno, no se preocupe, ya ha podido ver que tenemos representación masculina en la oficina. Supongo que ha tenido tiempo de conocer a mi secretario, Tyrell Swanson. Pero, claro, es más negro que el carbón que me dejaron de pequeña los Reyes Magos los dos años que viví en España con mis padres. Seguro que tampoco le cuadra que sea negro, por cierto, teniendo en cuenta que los hombres que originariamente llevaban su apellido son más blancos que la pared y solían llevar el culo al aire bajo los kilt.

—Señorita Wrangler —intervino entonces Don Carter, el abogado que acompañaba a Sanders. Había observado el color rojo que la furia

le estaba provocando a su representado por la insolencia de la joven —. Creo que es mejor que obviemos todo esto y vayamos al asunto que nos ocupa. No creo que sea buena idea empezar de esta manera.

—Lo siento, señor Carter. Tiene razón. Tengo una vena rebelde que, a veces, me cuesta controlar. Si aún están interesados en contratar mis servicios, estaré encantada de ayudarles.

Wynona tiene el pelo del color de las tejas, aunque el de unas un tanto apagadas, puesto que casi parece más un castaño en función de como incida la luz sobre él. Sus ojos violeta no son nada convencionales y recuerdan a los de la actriz Elizabeth Taylor. Al menos, eso es lo que siempre le ha dicho su abuela que ha sido una eterna enamorada de la actriz y de Paul Newman desde que los vio interpretando *La gata sobre el tejado de zinc*. Digamos, que es más fan del segundo que de la primera y que no duda en decir lo guapo que ha sido siempre ese actor con un suspiro que no esconde secretos.

Su tez pálida y el color de sus ojos, hace que algunos de sus amigos disfruten haciéndole bromas como que, cuando trabaja de noche, lo hace porque tiene que cazar a hermanos vampiros. Menos mal que cuando era adolescente, *Buffy Cazavampiros* ya había pasado de moda, porque le habría partido la cara a más de uno en el patio del instituto. Como no, las guasas de sus colegas hacen que ella haga como que se parte la caja de la risa y les responda con un corte estilo Wrangler de primer nivel. No es demasiado efectivo, pues no evita que vuelvan a la carga a la primera ocasión que se les presenta otra vez. También es verdad que lo tiene bien merecido, porque es la primera que se lo pasa como una enana riéndose de ellos.

Sanders sigue estudiándola con detenimiento. Es un tiburón acostumbrado a observar a sus presas antes de cazarlas. Ella lo cala desde el primer momento. En este caso, esa observación de cazador experimentado viene motivada porque no va a tolerar que le tomen el pelo una segunda vez en tan poco tiempo.

Los ojos azul turquesa de vista cansada de Sanders la observan con detenimiento. Estudian cada uno de sus gestos, cada una de sus palabras. Se da cuenta de que esa forma de hablar responde a una personalidad irreverente que aborrece los autoritarismos. Son dos extremos opuestos.

Ella es insumisa y él un dictador.

Y ella, al mismo tiempo le estudia a él. Se hunde en ese azul casi transparente acostumbrado a amedrentar a cualquiera que enfrente esa mirada. En muchas ocasiones se ha visto sometida al mismo escrutinio. A ella no le impresiona. Es una entrevista de trabajo en toda regla. Aquí no valen sus estadísticas como detective porque el pez gordo va a contratar a un perfil concreto.

No tiene nada que perder.

—Me gusta —dice finalmente.

Y eso deja a Wynona con la boca abierta porque lo último que espera es que finalmente fuera a contar con sus servicios.

Capítulo 17
DESPUÉS

"Como un mar, alrededor de la soleada isla de la vida, la muerte canta noche y día su canción sin fin".

- Rabindranath Tagore

Un chorro de agua helada le despierta. Le devuelve a una realidad de pesadilla. Le traslada a un lugar en el que la vida ha quedado atrapada entre muros mugrientos y techos altos. Le conduce a una mazmorra en la que es consciente que es el sitio en el que va a morir. Antes o después. Esa forma de despertar es horrible en cualquier circunstancia, pero cuando estás paralizado y no tienes opción para reaccionar, el frío simplemente te domina y te tortura.

Se te mete dentro.

Te hiela la sangre.

Siente un dolor sordo en la mejilla derecha, además de un calor en ascenso que no ha logrado disipar el agua helada. Percibe esa hinchazón latente que no duda que tiene, porque lo que siente es muy real. Entonces recuerda la araña y el suplicio al que le sometió cuando le picó. Tal vez sea más exacto decir que le mordió, porque viendo el tamaño de aquel bicho, duda mucho que sólo pudiera picar.

Y recuerda el miedo.

Recuerda vívidamente el estremecimiento que le produjo ser consciente de su presencia. Entonces, alguien le pone un bote de cristal sobre los ojos y allí la ve, con eso color azul cobalto tan extraordinario, con unos ojos de un desagradable color ámbar, con la temible fiereza de un arácnido. Un montón de sensaciones vuelven a reproducirse en él. Un recuerdo presente, que se repite y se transmite por su piel como cuando una aguja se atasca en un tocadiscos y reproduce una y otra vez el mismo sonido estridente que acuchilla los oídos.

—Hola, Christopher

Otra vez la voz, esa voz. Nuevamente parece que está distorsionada. O amplificada. Da igual. No se detiene a fijarse en esos detalles. No puede. Bastante tiene con el espanto que recorre su espina dorsal sólo de pensar lo que está por venir. Anticipar es otra forma de sufrir.

—Creo que ya has conocido a nuestra amiguita. ¿Qué tal? ¿Disfrutaste de su compañía? —pregunta acercándose mucho a su

maltrecho oído—. Ella de la tuya sí. Seguro que aún te duele, aunque tuviste la suerte de desmayarte y no experimentar todo el padecimiento que te tenía reservado.

Ahora parece acariciarle la mejilla, justo la zona que parece inflamada. Siente la piel tensa, estirada hasta los límites de la física debido a la hinchazón. Es un juego psicológico. Un juego terrorífico que no encuentra ni la menor resistencia, porque Christopher ya no puede estar más aterrado.

¿O sí?

—Convulsionaste un pelín, de una manera grotesca, teniendo en cuenta que tu cuerpo ahora es como una cápsula, una puñetera caja inerte.

Según va diciendo esas palabras, arrastra por su piel a lo largo de su cuerpo el pequeño bote de cristal que contiene la araña. Lo desliza con lentitud, alargando el momento, recreándose en su espanto.

Es una forma de control.

Es un modo de terror.

—Por un momento creímos que eras alérgico. Menudo susto nos has dado. Por un segundo, incluso pensé que te morías. La cara congestionada por el dolor. Todo el cuerpo rígido. Pero no.

Se detiene. Le observa. Analiza sus reacciones porque, aunque su rostro ya no tenga expresividad, sus ojos siguen siendo una ventana hacia su interior.

—No podíamos dejarte morir. Así. Tan fácil. Nos queda mucho que hacer juntos —señala al final, susurrando otra vez en su maltrecho oído sin señal alguna de voz alterada por ningún dispositivo—. Tranquilo. Su mordedura no es mortal. Además, te hemos inyectado un analgésico para que tu despertar fuera suave. No queremos perderte demasiado rápido, seguro que lo entiendes.

Sigue oyendo la voz pero no tiene opción de ver el rostro de quien está allí de pie junto a él. Vuelve a estar el bote de cristal suspendido sobre su cabeza. A la vista. La tarántula parece mirarle. Él puede observar con claridad la araña y desde luego tiene un aspecto terrorífico. Teme que puedan volver a soltarla encima suyo otra vez, que la dejen donde no la pueda ver.

Entonces recuerda que le falta un trozo de oreja. Eso también. ¿Cuánta crueldad le tienen reservada? Empieza a respirar otra vez de forma agitada. Intenta proferir algo que se parezca a una frase, pero le es imposible. Quiere suplicar que le dejen en paz. Quiere pedir clemencia. Quiere rogarles que lo liberen o que le maten de una vez, pero eso no.

No otra vez.

—Sssssssh —susurra la voz al lado de su oreja mutilada.

Sigue sin estar distorsionada, pero continúa sin reconocerla. Está

seguro de no haberla escuchado nunca antes en su vida. El tono de voz tiene una gravedad poco habitual. Tal vez sea eso lo que le despiste en ocasiones y le haga creer que utiliza algún tipo de amplificador. Esa potente resonancia puede ser debida a que tiene una capacidad torácica inmensa.

—No queremos que sufras un ataque de ansiedad, ¿a que no? Y tampoco nos gustaría que murieras deprisa porque, entonces, ¿de qué serviría todo esto? No. Todo a su debido tiempo. Necesitamos que comprendas los motivos. Queremos que conozcas a cada una de tus víctimas y que seas muy consciente de qué motivos te han traído a esta jodida situación. Lucille, que así se llama esta preciosidad que ves aquí, es sólo una más de los amigos que conocerás, aunque no los traeré yo porque ya están aquí. Te hacen compañía.

No entiende nada de lo que le está diciendo. ¿Sus víctimas? ¿Qué víctimas? Se siente cada vez más confundido. ¿Y a qué se refiere con sus amigos? ¿Más arañas?

—Es lo que tiene ser una mala persona como tú, que el karma le devuelve sus malas acciones multiplicadas por mil. Si crees que te queda poco, bueno, siento decepcionarte. Y no podrás hacer nada para acortar la agonía. Igual que Michael Brown tampoco pudo.

¿Michael Brown? No le suena de nada ese nombre. ¿Debería? Sus ojos se mueven pendularmente arriba y abajo de forma nerviosa, tratando de localizar información en su cerebro. Pero el almacén está vacío. No recuerda a nadie que se llame así.

Christopher se pone más nervioso aún. Son amenazas indudablemente muy reales. Ya ha comprobado que no bromean. No quiere ni pensar qué más le pueden hacer. Qué tendrán planeado.

—Como nos gusta hacer justicia, vamos a ir poco a poco enseñándote unas fotos para que conozcas tus pecados. Bueno, algunos de ellos, porque estamos seguros de que has cometido muchos más que desconocemos. Eres un capullo de primer nivel.

¿A qué pecados se refieren? Empieza a creer que es Sanders el que ha organizado todo aquello para darle una lección. Un tanto excesivo, ¿no? El viejo es cruel, así que tampoco le sorprende. Y si es él, sin duda no va a dejar cabos sueltos.

El pánico vuelve a invadirle. Como si la amenaza de muerte alguna vez hubiera estado ausente. Como si la muerte fuera peor de lo que le espera.

La esperanza puede ser traicionera en ocasiones.

—Para que veas que somos buenos, te voy a explicar lo que te pasa con mucha tranquilidad. Me lo he estudiado con mucho detenimiento, así que seguro que te lo contaré bien. Soy más listo de lo que parezco, ¿sabes? Aunque seguro que si me vieras, pensarías que soy imbécil porque no me parezco a ti, Don “cochazo de lujo”.

Hizo una pausa, una vez más para estudiar su reacción.

—Me encanta ese carro. Creo que me lo quedaré, aunque mi colega no está muy de acuerdo porque cree que es una conexión demasiado directa. Tiene que costar una pasta. Pero, tiene razón, es demasiado arriesgado conducirlo. Eso me llevaría enseguida hasta ti y la policía se enteraría de todo esto a la velocidad de la luz. No. Eso no me conviene. Tendremos que deshacernos de él. Espero que lo comprendas.

Se queda observándole, esta vez estudiando la falta de reacción en el cuerpo de su víctima. Parece algo absolutamente increíble. Está asombrado de que sea así, de no ver ni el menor movimiento y, sin embargo, ser tan consciente con sólo ver sus ojos del sufrimiento que le está ocasionando.

—Sufres el síndrome del enclaustramiento o, como también se conoce, el síndrome del cautiverio. Eso significa que hemos encerrado tu mente y tu alma en una cáscara inmóvil. Eso significa también que podrás sentir todo el dolor que te causemos, que serás consciente de todo lo que te pase, pero no tendrás ni la menor opción de reaccionar porque tu cuerpo no responde, así de simple y así de aterrador. En tu caso, el síndrome se ha producido por una lesión encefálica traumática. Ups, lo siento. Soy culpable de eso. Sólo había que saber bien dónde golpear. Tuve que practicar un poco porque, si me hubiera pasado, podría haberte matado y me habría perdido toda esta diversión. Como decía Alejandro Dumas en *El Conde de Montecristo*, eres un cadáver de ojos vivos. ¿Qué te parece tu situación actual, colega?

Christopher empieza a respirar agitadamente otra vez. “No puede ser. No puede ser. ¡¡Socorro!!”. Piensa de manera infructuosa. Su cuerpo es una jaula, una prisión de carne y hueso. No tiene escapatoria porque, además, es consciente de que nadie le va a ayudar.

—Pero, ¿sabes qué? —continúa la voz junto a su oreja. Parece que ha arrimado una silla y se ha sentado a su lado. Un ruido metálico de arrastre es lo que le da la pista, pero no lo puede saber. Ya no ve la araña. La ha retirado de su campo de visión, pero no sabe si es peor. Tal vez esté pensando en liberarla otra vez. Tal vez está a punto de pasar algo peor.

—No te puedes quejar —continúa dejando tras esas cuatro palabras unos puntos suspensivos en forma de un silencio admonitorio—. ¡Porque, al menos, tú aún estás vivo! —le grita en el oído, produciéndole un pitido insoportable.

Después se levanta de forma brusca, dejando caer la silla con estrépito. Se va dando un portazo y le deja a oscuras una vez más.

Capítulo 18
Después

"Un poeta es un mundo encerrado en un hombre."

- Victor Hugo

Está solo. O eso cree. Con esa gente, nunca se sabe. Imposible imaginar lo que tienen en mente. Esta vez le ha dejado nuevamente a oscuras. Le ha o le han, no está seguro. Ha hablado de otro más, al menos, pero ni lo ha visto ni le ha oído. Tal vez sea uno, tal vez varios. En cualquier caso, unas veces le dejan a oscuras, otras veces le deslumbran y otras veces le dejan con una luz soportable, tal vez para que sea más consciente de su cruda realidad, de su miseria. No sabe qué situación es peor. Todas son igual de terroríficas.

Síndrome del enclaustramiento o del cautiverio.

Eso ha dicho.

El mismo nombre ya es aterrador.

Enclaustramiento.

Cautiverio.

En ninguna circunstancia, esos conceptos serían sinónimo de algo bueno y amable. Unidos a la palabra síndrome, componen un grupo espeluznante. Sólo pensar en ello ya se siente enloquecer. No hay salida. No hay escapatoria. Su destino está escrito sobre un papel que se deshace como si estuviera sumergido en agua.

Nunca había oído hablar de nada similar. Es una putada en cualquier caso. Por lo que su propia experiencia le está enseñando, no se puede mover, no puede hablar, ni siquiera puede mover los ojos más allá de un movimiento vertical. Y, sin embargo, es plenamente consciente de todo y, lo peor no es eso, lo peor es que siente el dolor en toda su extensión. Es una enfermedad jodidamente cruel, eso sin duda.

Entonces le da por pensar. Tiene que comprender qué le ha llevado ahí. Tiene que hacer el esfuerzo y así, tal vez, logrará distraerse. Alejarse de la realidad, aunque sea una quimera. Había pensado que era cosa de Sanders, pero después de lo que ha dicho aquel tipo, ya lo duda.

"*Como nos gusta hacer justicia, vamos a ir poco a poco enseñándote unas fotos para que conozcas tus pecados*".

Eso es lo que le ha dicho. Va a ver fotos de sus pecados. ¿A qué se refiere? Sus ojos se mueven inquietos mientras trata de hallar una

respuesta. Es verdad que han sido muchos, demasiados. Ha cometido distintas transgresiones a lo largo de su vida. Ha sido una jodida mala persona. Al menos, no ha sido bueno. Pero tampoco es un asesino ni un violador. No es violento por norma general, salvo alguna situación que se le ha ido de las manos. Cree que su principal pecado es que ha pensado en él por encima del resto. Eso es cierto. Innegable. Pero nunca imaginó este tipo de consecuencias.

—¡¡Es desproporcionado, joder!! Yo no he matado a nadie —balbucea en voz alta, porque sus cuerdas vocales están intactas pero sus músculos faciales se siguen sin mover.

Y eso le frustra aún más.

Al menos, parece tener unos minutos de paz.

Pero sólo lo parece.

Porque el mal está ya al acecho.

Capítulo 19
ENTONCES

“Cuando la situación es adversa y la esperanza poca, las determinaciones drásticas son las más seguras.”

— Tito Livio

Tyrell toma notas mientras Don Carter les hace un resumen de la situación. Wynona nota como Jacob Sanders no le quita ojo y estudia cada uno de sus movimientos. No piensa darle el gusto de ponerse nerviosa. Tampoco es que tenga gran cosa que perder. Es una superviviente. Siempre ha encontrado la forma de salir adelante. Ese trabajo es sólo uno más.

“Sigue analizándome, la alimaña” —piensa. Y se da cuenta de que ese escrutinio, tal vez no la ponga nerviosa, pero sí la distrae un poco. Por suerte, a Tyrell no se le escapa nunca nada. Menos mal que lo tiene con ella. A veces piensa que es precisamente gracias a su compañero por lo que no se ha hundido ya su negocio. Es muy eficiente. Y muy trabajador.

“Y paciente” —añade con su voz interior.

El cabrón de Sanders está acostumbrado a amedrentar, de eso está segura. En fin, más le vale relajarse. Al fin y al cabo, acaba de contratarla. Como mínimo, ya puede cobrarle por el tiempo que le ha dedicado. Además, nunca ha tenido nada que perder en realidad.

Pero sí mucho que ganar.

Lo que le está planteando tiene pinta de que va a ser un caso de esos grandes. Es decir, su trabajo no irá más allá de lo habitual. Localizar al tipo que ha engañado a toda esa gente. Punto. Sin embargo, la demanda evidentemente va a ser mediática. Va a traer un revuelo de los gordos. Si hace bien su trabajo, esto le puede traer muchos clientes. Debe jugar bien sus cartas, por ella y por Ty.

Estira su espalda y mueve el cuello precisamente para liberarse de esa tensión extra que nos ponen las preocupaciones. Lo hace también para recuperar una pose digna, como de efigie. Si esto es un duelo de “postureos”, en eso no se va a dejar vencer. Y con la espalda bien erguida y la mirada muy digna, dirige su vista hacia Sanders y éste tiene una media sonrisa que cierra definitivamente el pacto.

“¡Joder! Me tiene bien calada el tío”, piensa entonces Wynona. Y sus sonrisas se sincronizan mientras el abogado sigue explicando todos

los detalles.

◆◆◆

Después de meses de esfuerzo, en los que Christopher Anderson aún no tenía ni la mínima intuición del tsunami que se estaba preparando en torno a él, Sylvan y los demás damnificados al final habían tenido suerte con el bufete que habían contratado. Era uno de los grandes a nivel nacional, con sedes en Nueva York, Chicago, Los Ángeles y Philadelphia. La empresa textil daba trabajo a mucha gente del condado de Sussex y, al final, habían logrado que se sumaran a la causa cerca de ciento cincuenta personas.

Nada mal.

Esos argumentos son los que trataba de defender el hijo de Michael Brown ante Dustin y los demás en una de las reuniones que solían mantener unos cuantos que estaban encargándose de tomar las decisiones principales. Pero no parecía que les resultara suficiente.

Había otro tipo de hambre que saciar.

—Ya os he dicho que tenemos a uno de los mejores bufetes del país. ¿Creéis que esos tiburones iban a defendernos si no estuvieran convencidos de que van a sacar una buena tajada de esto?

—Ya te hemos oído otras veces, muchacho —le dijo Dustin en cierto tono paternalista—. Ya sabemos que tú quieres hacerlo todo bonito y legal. Y nos parece genial. Nos parece de puta madre sacarnos un pico porque, joder, nos lo merecemos. Nos han tomado por imbéciles. Se han reído en nuestra cara y nos han robado. Muy bien. Pues que nos lo devuelvan y nos den la pasta que sea justa. Todo eso está muy bien. Pero eso no es lo único.

—Claro que no lo es. Mary, la abogada que estará al frente de todo esto, me ha dicho que, si demuestran dolo, al vendedor se le puede caer el pelo y puede terminar con sus huesos en la cárcel. Eso sería todo un triunfo más allá del dinero. Pagaría por lo que ha hecho.

—¿Y qué? —preguntó esta vez Arnette Arlington—. Trabajé con tu padre, chaval. Trabajamos muchos años codo con codo. He tenido muchas conversaciones con él a lo largo del tiempo. Conozco todos los sacrificios que tuvo que hacer para que tú pudieras estudiar en una buena universidad…

—Eso ya lo sé. Era un gran hombre. Yo adoraba a mi padre —le cortó Sylvan, con rabia en la mirada.

No iba a tolerar que nadie dudase de lo que sentía por su progenitor. Desde niño le había admirado. Había sido un ejemplo para él. Todo el mundo acudía a casa de Michael Brown a por consejo o ayuda. La gente confiaba en él. La gente le quería. Su hijo había crecido viendo como luchaba por sacar a su familia adelante y era muy difícil verle un mal gesto. Era bondadoso, amable, trabajador.

Había sido un gran hombre en todos los aspectos.

—Déjame terminar y no me interrumpas, ¿vale? Porque dudo mucho que lo sepas todo. Dudo que sepas los trabajos extra que tenía que hacer tu padre para ir pagando tus estudios y los tratamientos de tu hermano. Dudo que sepas todo lo que sufrió en sus últimas semanas, acudiendo a trabajar aun cuando el dolor le partía en dos porque no se podía permitir ausentarse y no cobrar. Puede que lo sepas, pero tú no estabas allí. Tú no lo viste. Y eso lo cambia todo.

Sylvan sintió que aquellas palabras le arañaban una zona ilocalizable en su interior, un lugar difuso, sin límites, porque esas palabras le dolían a cuerpo entero. Sus ojos comenzaron a encharcarse de lágrimas de rabia, pena y frustración.

—Y no es el único. Hay otros que han enfermado y han tenido que seguir adelante.

—Pues denunciaremos a la empresa también. Haremos que paguen todos los que tengan algún tipo de responsabilidad en esto —argumentó otra vez el joven Brown con lágrimas aún en los ojos.

—Sí, habrá que ir también a por el patrón, sin duda. Pero, aunque sea un cabrón, no fue un mentiroso —continuó Arnette—. Porque aquello lo firmamos a sabiendas. Porque somos idiotas, puede ser. Pero conocíamos la letra pequeña, es decir, la trampa que incluía un contrato así. No se molestó en ocultarla. En cambio, el pijo ese del traje y el coche caros, vino a reírse de nosotros, vino a aprovecharse de nuestra inmundicia y a enriquecerse gracias a ella. Y sus mentiras están costándonos vidas.

—Además, ya he hablado con mi colega. “El Pipa” está de acuerdo en ayudarnos —señaló Dustin con un tono que insinuaba algo más que no era necesario pronunciar en voz alta, esa idea implícita que se queda flotando en el ambiente y lo impregna todo con sus pequeñas partículas difusas que viajan livianas.

—¿A qué te refieres con ayudarnos? —preguntó Sylvan, temiendo la respuesta, sabiéndola en realidad.

—A hacer lo que haya que hacer.

◆◆◆

Jayden Hill, más conocido como “El Pipa”, era un tipo peligroso carente de sentimientos. Se le conocía por ese apodo debido a que, en su última estancia en la prisión del estado, arrancó una tubería de la pared y con ella golpeó a otro preso que se estaba metiendo con uno de sus colegas hasta dejarlo casi moribundo.

Tenía fuerza y crueldad en la misma proporción. Era un hombre de una complexión inmensa, que parecía casi sobrehumana. Voz grave e imponente. Le gustaba vestirse como los antiguos héroes de las películas del oeste. Vaqueros rotos o gastados, botas de cowboy y un

sombrero en la misma línea. El pelo largo y un tanto desaliñado. El aseo, sin duda, no estaba entre sus quehaceres favoritos. Y aún así, lo más siniestro era la enorme cicatriz que bajaba desde la frente por el lado derecho de su rostro hasta perderse en la maraña de su barba. El ojo debió de estar muy cerca de verse comprometido con aquella cuchillada, puesto que tenía el párpado visiblemente hundido y convertía su mirada en una evocación del terror.

Dustin y él se conocieron allí, en ese territorio legal en el que conviven los fuera de la ley. Hicieron migas. El gordo y el flaco les llamaban, porque al lado de los más de cien kilos de Jayden se paseaban los escasos sesenta de Dustin, como un junco arrimado al tronco de una secuoya.

Jayden no necesitaba motivos para ser cruel. Formaba parte de su naturaleza. Y aún así, Dustin le dio unos cuantos.

Capítulo 20
Entonces

"El ave del espíritu debe liberarse de la jaula racional".

- Alejandro Jodorowsky (Psicomagia)

Todo se ha descontrolado. Sylvan lo sabe. Después de aquella reunión unos meses atrás, la maquinaria se puso en marcha de manera irrefrenable. Quería haberse mantenido al margen de todo aquello, quería saber lo mínimo posible, pero al final se involucró o le involucraron, ya no lo recuerda bien, porque fue casi sin quererlo.

Aunque hubo momentos…

Hubo momentos en los que él también ardía por dentro de puro odio. Hubo momentos en los que realmente no sabía de qué podría ser capaz, dominado por sentimientos opacos, rancios y oscuros. Hubo momentos en los que deseó matar a aquel hombre con sus propias manos. Hubo momentos en los que realmente se sintió capaz de hacerlo. ¿Cómo puede ser una emoción tan poderosa como para manejarte como una marioneta? ¿Cómo puede una simple conexión neuronal desencadenar tal reacción hasta cambiar quién eres?

En las semanas previas a que todo se pusiera en marcha, convinieron en verse a menudo para atar todos los cabos posibles. Sylvan ya estaba a punto de quedar al margen de todos los planes que estaban fuera de la ley, de todo lo que no fuera una implicación únicamente limpia en aquel asunto, dentro de la norma, de lo establecido, de lo que su código ético le permitía. Pero terminó cayendo en esa trampa oscura que son esas emociones más negras en las que ya presintió que podría verse atrapado.

En una de esas reuniones, la ficha del dominó que desencadena toda la reacción posterior terminó por caer…

Podría haber sido distinto.

Sin duda, habría sido distinto.

◆◆◆

En resumen, Sanders quería básicamente dos cosas. En primer lugar, averiguar dónde estaba Anderson y, en segundo, dónde tenía la pasta que se había llevado. En esas pocas palabras se resumía una reunión que había durado fácilmente un par de horas. Todo lo demás era poco más que relleno dialéctico.

No parecía una investigación compleja. Al fin y al cabo, se trataba

de localizar a un agente de seguros que se ha dado a la fuga cuando sabe que están a punto de cazarle. Pensándolo bien, ella también lo habría hecho en su situación.

Si no fuera porque Wynona jamás se habría puesto en una situación similar.

—¿Qué piensas, Ty?

—¿De qué concretamente? ¿De lo capullos que son, del caso, de lo capullo que es también el que se ha dado el piro? ¿Qué me preguntas exactamente?

Wynona había empezado a reírse a partir del momento en el que su compañero y amigo había iniciado la segunda pregunta. Siempre le había llamado la atención que una chica tan mona tuviera esa risa tan… ¿Estridente? No, definitivamente, no le resultaba fácil calificarla. Y hacía que le sangraran a uno los oídos.

Formaban un buen equipo, más allá de lo que las apariencias ante los clientes pudiesen dar a entender. No les hacía falta hablar. Pasaban tantas horas al día juntos trabajando que ya casi parecían compartir la misma mente. A simple vista, se trataba de una policía que había abandonado el cuerpo en busca de un futuro en la investigación privada y un administrativo que, supuestamente, hacía las tareas propias de su cargo. Pero, nada más lejos de la realidad, igual que se comían el papeleo entre los dos sin ningún inconveniente, también Tyrell acompañaba a la detective allá donde tuviera que ir. Siempre veían más cuatro ojos que dos.

—De lo capullos que son todos hablaremos en otro momento delante de una cerveza en el bar de Logan. ¿Qué piensas del caso?

—Pienso que no debería costarnos demasiado dar con sus huesos. No creo que sea tan listo. Es cierto que el tío ha estado robándoles dinero delante de sus narices desde hace mucho tiempo y también que ha engañado a toda esa gente del condado de Sussex y, a saber a cuántos más. Es decir, seguro que tonto no es.

—Pero tampoco es un capo de la mafia.

—Exacto. Al menos, es lo que yo creo.

—Pensamos igual.

—Lo imaginaba.

—Vale. Hay que empezar por buscar sus rastros digitales. Últimos movimientos de tarjeta, de las cuentas bancarias. Averiguar lo que podamos a través de su compañía de teléfonos e, incluso, con quien tiene contratado el cable.

—Si tiene. Lo más seguro es que esté dado de alta en plataformas de *streaming* como hace todo el mundo hoy. Parece mentira que no tengas ni treinta años.

—Ja ja. ¿Puedo seguir, *teenager*?

—Por supuesto, Miss Daisy.

Wynona le miró de soslayo aguantándose la risa. Estaban hablando en serio, pero Ty, a veces, se lo ponía difícil.

—En resumen, tú te encargas de todo lo que tenga que ver con las tecnologías. Gracias a que tenemos su última dirección, yo me encargaré de hablar con el casero. Puede que tenga novia o pareja o esté casado… Lo que sea. Buscaré a su familia también. Puede que sus padres o hermanos vivan en la ciudad. Hablaré con sus compañeros en la oficina, averiguaré a qué gimnasio iba, su taller mecánico y todo lo que se me ocurra.

—¿Su taller mecánico? ¿Por qué? ¿Tienes sueños húmedos con hombres cubiertos de grasa?

Esta vez Wynona le lanzó el boli que tenía entre las manos con una mueca divertida. Pero Tyrell, que había sido portero de hockey sobre hielo hasta hacía no demasiado tiempo, lo esquivó sin problemas.

—Estás muy gracioso hoy, ¿eh?

—¡Bah! La ración normal de todos los días.

—Pues tu ración normal más vale que nos deje trabajar, porque las facturas no se pagan solas. Éste caso puede darnos un buen pellizco. Ya has oído al diplodocus. Está dispuesto a pagar una pasta por localizar al tal Anderson.

—¿Ah sí? Casi no me había dado cuenta, después de que casi consigues que nos despida antes de que empezara a hablar.

—¡Valeeeeee! Se acabó la conversación. Manos a la obra. Tenemos mucho trabajo que hacer y el juicio no parece que vaya a retrasarse demasiado, especialmente teniendo en cuenta lo mediático que puede ser este caso. Ésta puede ser una gran oportunidad para nosotros también.

◆◆◆

Después de un día largo de trabajo y tensiones, Wynona quedó con su grupo de amigos para tomarse unas cervezas. Invitó a Tyrell a que les acompañara puesto que, aunque no pertenecían al mismo grupo de amigos, sí tenía buena relación con ellos de otras ocasiones en las que habían compartido alguna copa. No obstante, su compañero declinó su oferta, ya que prefería irse a casa a descansar para estar despejado al día siguiente.

—Eres un moñas, Ty. Pareces un abuelete en ciernes recogiéndote tan pronto para estar descansado.

—Me disculpo ante la reina de la noche, pero yo sí he pasado los treinta y se me empiezan a notar.

—¡Joder! No me digas eso, macho. Que me queda poco más de un año para traspasar la barrera y me está entrando el miedo a que se me caiga la ancianidad encima de golpe.

—En serio, cada día estás más graciosa.

—Será que tú eres de risa fácil.

—Venga, me piro que veo que al final me engañas y acabo acostándome de madrugada. Apaga las luces y cierra todo bien al salir.

—Te recuerdo que la jefa soy yo, aunque no lo parezca.

—Y yo te recuerdo que soy quien lleva la contabilidad, entre otras muchas cosas, y no estamos para regalarle dólares a los de la compañía eléctrica.

—Tranquilo, *Mister* Scrooge. Me acordaré de no dejar ni una sola luz encendida.

—Me agotas, Wynona —respondió, poniendo los ojos en blanco—. Venga, nos vemos mañana.

—Descansa, Ty. Y, ahora en serio, gracias por todo.

—No te pongas tierna que me das más miedo.

—¿No te ibas ya? —preguntó con una sonrisa acompañada de un claro aspaviento que le invitaba a que se largara.

Él se despidió con un gesto de su mano según se dirigía hacia la puerta, sin molestarse en mirar atrás.

La detective se quedaría sólo unos minutos más revisando las notas que había tomado su compañero. Sabía que habría recogido toda la información necesaria de forma minuciosa. Quería hacerse una primera composición de lugar sobre el caso, una idea global sobre lo que tenían entre manos.

Pensó en que, tal vez, sólo tal vez, aquella investigación pudiera sacarles de las estrecheces económicas entre las que habitualmente se hallaban.

Unos quince minutos después, se aseguró de dejar todo bien apagado y se dirigió hacia el bar en el que había quedado con sus amigos.

Capítulo 21
DESPUÉS

"Morir es una noche salvaje y un nuevo camino".

- Emily Dickinson

Estoy a oscuras. Es como una metáfora de en lo que se ha convertido mi vida. Un túnel negro sin salida. Un pasillo hacia la muerte sin una sola luz. Y la muerte precisamente es lo que me parece ahora la mejor salida. Tengo treinta y tres años y ya no quiero vivir más. No así. No quiero vivir encerrado en una urna de piel sin ninguna posibilidad. No quiero soportar otra vez el miedo ni el sufrimiento que ellos quieren provocarme, que seguro me van a causar. Dijo que soy un cadáver de ojos vivos. Eso exactamente. Un cadáver. ¿Quién querría vivir de este modo? Preferiría una condena en el corredor de la muerte. Al menos sabría si se acerca el final. Y cuándo.

No sé cuánto tiempo llevo ya así, en medio de esta completa negrura que me está volviendo loco, segundo a segundo, gota a gota. No entra nada de luz por ninguna rendija. Una total y absoluta oscuridad me fagocita dentro.

Oigo el ruido de roedores por las tuberías y quiero creer realmente que están encerradas allí dentro y no pueden salir. ¿Serán los amigos a los que se refería el gigante? Pensar en la alternativa, en que pueden salir y moverse cerca de mí, me vuelve loco. Un poco más loco quiero decir, porque dudo mucho que mantenga la razón. Si encuentran una forma de escapar, seguramente vendrán a por mí. No sé si podría soportarlo.

Presto atención. Me concentro en mis oídos. Según lo hago, se hace patente otra vez el dolor en mi oreja mutilada. Como si hubiera estado esperando agazapado para que le preste atención. No puedo dejarme distraer. Tengo que concentrarme en los sonidos. Es la única información de la que dispongo. Aunque tampoco es que me sirva de nada.

No tengo forma de escapar.

Ese pensamiento aciago me asalta cada dos por tres.

Suena algo. Es un chirrido. Parece lejano. ¿Qué será? Una puerta, tal vez. Podría ser alguien que viene a ayudarme. O… La alternativa me hace estremecer. El monstruo. Otra vez. Si es él… No quiero ni

pensar en lo que puede hacerme esta vez.

¿Por qué no me matan sin más? ¿Por qué no puedo morir? ¿Por qué no me da un ataque al corazón? ¿Por qué tengo que soportar todo este sufrimiento? Cada ruido es una amenaza. Si oigo un pequeño silbido, temo que venga alguien a por mí. Si escucho a algún animal, soy incapaz de detectar si está dentro o fuera. A veces me parece ver sombras que se mueven. A veces también creo que algunos de los ruidos que oigo los imagino. Pero no puedo ni siquiera orientar mi cabeza hacia la fuente de procedencia del sonido para tratar de averiguar algo más.

Es desesperante.

Es desolador.

Intento atrapar recuerdos que me aíslen de esta situación, pero no puedo. Quiero viajar con mi imaginación a algún lugar lejano, salir de mí mismo por un instante. Pienso en mis canciones favoritas, en alguna película… Todo es inútil. Mi mente está concentrada en este ruinoso aquí y ahora, en este presente que ha fulminado mi pasado y me arrebata mi futuro.

Únicamente el sentimiento de culpabilidad hace que me distraiga un poco y ya es un suplicio en sí mismo. He sido una mala persona. ¡Joder! Soy una mala persona. Es verdad. Nunca he hecho nada por otros. Sólo he pensado en mí. No estoy seguro de haber querido alguna vez de verdad a alguien. Tampoco nadie me ha querido nunca. ¡Qué triste!, ¿no? Odio autocmpadecerme de mí mismo pero, ¿qué me queda?

Tengo que entender por qué motivo estoy aquí, ahora, en esta situación tan infame. No sé quien es el tipo que me ha visitado. Esa bestia. Porque ha sido siempre el mismo, ¿no? Eso creo. Estoy casi seguro. No me ha parecido que haya venido nadie más. Esa voz en todas y cada una de las ocasiones ha sido la misma. Hubo un momento en el que creí que utilizaba algún aparato para deformarla, para hacerla más espectral, como si fuera un intento para ocultar su identidad, pero creo que eso no tiene sentido. En todo caso, si ha utilizado algún tipo de distorsionador, será otra forma de jugar conmigo, de meterme el miedo en el cuerpo.

No lo necesita.

Ya estoy aterrado.

¿Quién eres? No tengo motivos para pensar que haya más gente con él, que le hayan acompañado aunque hable de otro o de otros. Habría sentido la presencia de alguien más, ¿no? No sólo la voz es la misma. El olor también, un olor nauseabundo cuando se aproxima a mí. Se me revuelven las tripas cuando se me acerca. Sigo debatiendo conmigo mismo, porque alguna vez ha usado el plural al hablar. ¿Quiénes son los otros? ¿De qué se quieren vengar? ¿Qué les he hecho? ¿Qué puede

ser tan grave para merecer un castigo tan desproporcionado?

De pronto, suena el sonido histriónico de una puerta que se abre. Mucho más cerca ahora. Unas bisagras que se quejan. La herrumbre acumulada, tal vez. Es un sitio viejo, tal vez abandonado. Debe serlo. Porque ese sonido sólo reside en goznes desvencijados y oxidados. Mi respiración comienza a agitarse, porque si viene alguien es sinónimo de que va a comenzar otra vez algún tipo de tortura.

Creo que no podré soportarlo.

"Tal vez este sea el fin, Christopher" —le dice una voz que escucha en su cabeza y que se parece mucho a la de su padre, al que de pequeño se imaginaba que sería—. "Tal vez ha llegado tu hora. No estaría mal, ¿eh chaval?".

Alguien ha accionado un interruptor, lo he oído. Pero aún no veo nada. Espera. Sí. Una mínima luz parece colarse por algún sitio, tímida, aunque no suficiente. Puede que haya una antesala. Sus pasos son ligeros, como si tuviera pies de algodón. Se ha parado. Parece que está cogiendo algo. Suena algo metálico. Algo se ha caído al suelo y retumba de forma espectral. Oigo mi respiración. Oigo mis latidos. Mi corazón bombea muy deprisa. Se me seca la boca. Intento gemir, hacer algún sonido que le espante. Un ruido que no reconozco sale de mi garganta. Supongo que es el miedo transformado en un sonido inespecífico. ¿Qué pasa? ¿Quién estará ahí? Sigue manipulando objetos. Lo escucho con claridad. Tal vez sea otra forma de tortura. Porque la incertidumbre, al fin y al cabo, es algo que también mata poco a poco.

Enciende la luz. Se acerca. Noto una presencia cerca de mí. Es una presencia más ligera, no el mastodonte de siempre cuya respiración se escucha en estéreo. Huele a limpio. Definitivamente es otra persona. Tal vez sí sea alguien que viene a ayudarme. Pero, ¿por qué no dice nada? ¿Acaso no se hace a la idea del suplicio por el que estoy pasando?

Se mueve a mi alrededor pero no entra en mi campo de visión. Muevo los ojos todo lo que puedo. Me duelen al tratar de forzar el movimiento. Tengo que cerrarlos por un momento. Lo justo para recuperarme. ¿Y si no es humano? ¿Y si es algún animal? No. Es absurdo. Huele a ropa limpia, a esa conclusión ya había llegado antes. Es un hombre. Tal vez una mujer. ¿Por qué no?

Presto atención al sonido de las pisadas, de sus movimientos, tratando de sacar algo más de información, porque mis ojos enclaustrados en ese movimiento mínimo no me ayudan. Gruño. Gruño lo más alto que puedo para tratar de ahuyentar a lo que sea que está ahí.

Pero, ¿y si eso es peor? ¿Y si con eso lo estoy atrayendo?

—Tranquilo, no voy a hacerte nada —dice una voz. Parece la de un

chico joven. Pero no me fío. Puede ser sólo una forma de que me relaje para después pillarme desprevenido—. He venido a cambiarte los vendajes y la sonda. Y, de paso, para comprobar el gotero también.

Capítulo 22
entonces

“Nada hay que iguale la inútil soledad de quienes están juntos en la jaula”.

- Iris Murdoch

Sylvan había querido mantenerse al margen. Bastante tenía con mantener informados a los participantes en la demanda de cómo iban los trámites y, además, participar en las múltiples reuniones con los abogados. Aun así, lo de estar al margen, en realidad, no era del todo posible. Sabía lo que se traían entre manos y empezaba a imaginar con claridad lo que podría pasarle a Anderson. Pero, entre saberlo y participar activamente, aún había una distancia, aunque él fuera el verdadero hecho desencadenante de aquella situación.

Esa parte de culpa la arrastraría de por vida.

—No, no soy yo. Yo no soy el culpable aquí —se repitió por enésima vez en voz alta antes de la que sería la reunión decisiva.

Aparcó el coche de su padre en las inmediaciones. Era un Pontiac que literalmente tenía más años que él. Le traía recuerdos agradables de cuando iba con sus padres de excursión. Algún verano, incluso, se acercaron a la playa. Ahora era consciente del esfuerzo que aquello suponía para ellos, del sacrificio que habrían tenido que hacer en aquellos momentos para comprar esos ratitos de felicidad. Notó que el pecho se le encharcaba de emoción. La nostalgia tiene ese efecto, emborracha los sentidos y lo emborrona todo a través de las lágrimas que trata de empujar al exterior.

La hora del ocaso estaba cerca. Aquel cielo de colores púrpura le cautivó durante unos segundos, aislándole de la desgraciada situación en la que su vida y la de los que quería se había quedado varada. Decidió regalarse unos instantes de sosiego y disfrutar del espectáculo tan maravilloso que la naturaleza le estaba ofreciendo, con esas tonalidades color escarlata que parecían caer a plomo sobre los campos de trigo. Quiso quedarse atrapado en ese instante de manera indefinida. Unos segundos en los que aún no se había tomado ninguna decisión definitiva. Un paréntesis en medio del caos. Un descanso en mitad del huracán.

Hasta que el sol fue devorado por el impasible y cruel ocaso que no espera por nadie.

Respiró hondo. Enderezó su espalda. Levantó la cabeza para

infundirse seguridad. Era una forma como otra cualquiera de recomponerse y mostrar una imagen férrea. Se dirigió hacia el granero que había en las tierras de la pequeña granja en la que vivía Arnette con su marido y sus cuatro hijos. Según le había contado la mujer, desde que él tuvo el accidente con el tractor unos meses atrás, habían tenido que contratar a alguien para hacerse cargo de las tierras y el ganado. Nunca les habían dado mucho dinero, pero entre la inflación de los últimos tiempos y que su marido no podía trabajar, la granja se estaba convirtiendo en una auténtica ruina.

Una carga más sobre unas espaldas exhaustas.

Se suponía que el seguro que habían contratado ambos, cubriría esas vicisitudes. Aquel joven les había explicado que, aunque era una póliza que estaba ofreciendo a los de la empresa textil, por supuesto la podía contratar un trabajador autónomo como Alvin. Les ofreció todo tipo de garantías.

La rabia de Arnette era doble.

Cuando entró, ya estaban todos allí. La conversación fue más o menos por los mismos derroteros que otras veces. La demanda, lo que tenía que decir ante los medios cuando llegase el momento, novedades que hubieran averiguado entre los trabajadores, si se uniría alguien más…

Y luego estaba el otro tema.

El que había que tratar en grupo reducido, aunque intuía que muchos más eran conocedores de aquello.

—Es que sigo sin comprenderte, muchacho —dijo Arnette—. Que no quieras mirarle a los ojos y hacerle entender el dolor que os ha causado a ti y a tu familia, me parece inaudito.

—No, ya os lo he dicho. Su pecado es la avaricia, es evidente. Enriquecerse a costa nuestra y ya está. Tal vez su situación económica no sea buena y, simplemente, trataba de buscar una salida fácil. Mi padre no querría verme involucrado en algo así. Quiero honrar su memoria.

Dustin le miraba apoyado en uno de los grandes fardos de heno que había en el granero. Sus vaqueros desgastados y las típicas botas de cowboy, le daban un aspecto un tanto decadente con ese ramillete de trigo en la boca y ese cuerpo huesudo. Hasta ese momento, apenas había hablado.

—Voy a contarte algo, Sylvan. Me da igual si te hace o no cambiar de opinión. Pero después de lo que has dicho, me apetece explicártelo, por honrar también la memoria de tu padre —señaló clavándole la mirada—. Tú no te enteraste de casi nada, esa es la verdad. Los que estuvimos hasta el final con él, sabemos bien lo que sufrió. Y te digo que tú no sabes nada porque, cada vez que decías que ibas a venir, me pedía un suministro extra de alguna droga que le ayudara a calmar el

dolor para poder disimular y que tú no te dieras cuenta. Porque su hijito tenía que estudiar y hacerse médico.

Sylvan detectó cierto desprecio hacia él en el tono de voz de Dustin. En ese deje había un dardo revestido de ironía.

—Mi padre no tomaba drogas.

—No, no las tomaba, hasta que no pudo soportar el dolor y buscó una salida más barata y menos legal que la medicina, como habría hecho cualquiera. Él no podía faltar a trabajar. Yo le conseguía la droga, te lo digo claramente. Uno tiene que buscarse la vida, así que no voy a ocultarte nada. El salario que ganamos no es suficiente. Tengo otros negocios. Todos aquí los tenemos. Y si se te pasa por la cabeza denunciarme o algo similar, te aviso que no vas a conseguir nada.

Sylvan sintió un escalofrío. No tenía pinta de estar mintiendo. Seguía presintiendo una amenaza velada en la forma en la que Dustin le hablaba y se dirigía a él. Vio en sus ojos una determinación que le estremeció. Adivinó en ellos el ocaso.

Dustin detectó el miedo en el joven.

Rebajó el tono.

—Le conseguía droga a buen precio, lo más barato que pude negociar porque, para mí, tu padre era un amigo y, por encima de todo, era una buena persona que no merecía morir en medio de la agonía en la que lo hizo. Ese hijo de puta vino aquí con la clara intención de engañarnos. Y, ¿sabes por qué lo sé?

Sylvan tragó saliva por toda respuesta.

—Porque se presentó aquí con un coche de alquiler barato. Posiblemente alquiló en la oficina más cercana al pueblo el vehículo más decrépito que pudo.

—Eso es una estupidez. Y no demuestra nada —dijo el joven.

—¿Eso crees? A mí me parece lo contrario. ¿Tú que crees, Arnette?

—Que tienes que explicárselo con puntos y comas para que lo entienda.

—Muy bien. Pues eso voy a hacer. Cuando vino aquel joven tan estirado, con sus trajes bien planchados y una pinta de pijo que no podía disimular, siempre se presentaba en un coche de alquiler muy lejos de lo que se considera gama alta. Y era una estrategia. No soy estúpido. Ninguno lo somos. A veces, los chicos venís de la gran ciudad y creéis que no somos más que unos paletos que no nos enteramos de nada.

—Yo no he pensado…

—Ya, ya lo sé —le cortó Dustin, adivinando la disculpa del chico—. Voy al grano que me pierdo. Cuando nos hablaba del seguro que nos ofrecía, cuando nos vendía todas sus maravillosas coberturas, lo hacía diciéndonos: “vamos, yo soy como vosotros. Mirad en qué coche he

venido. ¿Creéis que alguien como yo que está en vuestra misma situación iba a engañaros?". ¿Sabes qué coche conducía en realidad, según han podido averiguar "El Pipa" y sus colegas cuando han estado siguiéndole? Un Maseratti, un jodido Maseratti. Pero quería hacernos creer que era uno más. Uno como nosotros. Se burló de todos. Se rio en nuestra cara. Se aprovechó de nuestras necesidades. Ese mismo cabrón con pasta fue el que miró a tu padre a los ojos y le dijo que no tuviera miedo si se ponía enfermo, porque recibiría los mejores cuidados y no dejaría de percibir su sueldo. A eso, querido mío, lo llamo engañar a sabiendas. Ni siquiera cuando tu padre se retorcía de dolor le culpabilizó en ningún momento. Sólo pensaba en qué iba a ser de su mujer y sus hijos. Y tú vas a dejarlo estar cuando, además, es evidente que se está preparando para irse del estado. ¿De verdad, vas a permitir que se salga con la suya?

Algo hizo clic en su interior.

Una llamarada que se extendió por sus células.

Un sentimiento nuevo, desconocido.

—Conozco una forma de hacerle sufrir.

Capítulo 23
DESPUÉS

“Las peores decisiones en la vida son las que tomamos basándonos en el miedo.”

- Sherrilyn Kenyon

Sylvan seguía viendo el terror en los ojos de Anderson. Sentía que era un monstruo, que lo eran todos ellos en diferentes formas. Christopher por recurrir al engaño fácil para enriquecerse. Dustin y los demás por entender que la tortura era la respuesta adecuada a lo que les había hecho. Y él mismo por facilitarles las ideas y los medios para hacer que su vida, en adelante, fuera un auténtico infierno.

Y por ser parte de ese infierno, además.

Tenía previsto hacer su trabajo rápidamente, sin mirarle apenas, de manera mecánica para desligarse de aquel horror. Desconectar emocionalmente. Dejar fuera los sentimientos, la culpa pero también el odio, el miedo y la frustración, la rabia. Aparcar las emociones oscuras que todo lo cubren de hollín. Recordarse que era una buena persona que había sucumbido a instintos animales que residen en nuestro cerebro reptiliano. Convencerse de que había sido una víctima de una amígdala hiperexcitada. Extrapolar su responsabilidad.

Pero no pudo.

La imagen que tenía ante él le hacía imposible desligarse de todo aquello que sabía que le influiría. Lo que veían sus ojos era estremecedor. “Un cadáver de ojos vivos”. No había otra definición mejor.

Una cápsula que respira.

Una mortaja que late.

—Tranquilo, no voy a hacerte nada. He venido a cambiarte los vendajes y la sonda. Y para comprobar el gotero también.

Fue lo único que le dijo. Debía ser aséptico, ceñirse al procedimiento como un salvoconducto que le mantuviera cuerdo y alejado de los demonios que se habían colado en su interior.

Sylvan se centró en lo que tenía que hacer. Comprobar las constantes vitales. Cambiar todo lo que fuera necesario, sustituir el suero. Valorar la necesidad de alimentarle a través de una sonda nasogástrica, teniendo en cuenta el tiempo que llevaba ya allí.

Hacer más llevadero el infierno.

Mejor dicho, contribuir a prolongar su estancia en él.

En cuanto se acercó vio como sus ojos inquietos se movían a una velocidad extraordinaria, emitiendo una señal de huida que estaba fuera de su alcance, emitiendo, tal vez, un grito de socorro ante aquel hombre que tal vez sí pudiera ayudarle. Le pareció escuchar un gorjeo que no dudó que habría sido un grito de ser posible.

A Sylvan se le contrajo el estómago. Se suponía que iba a ser médico y que iba a salvar vidas. Se suponía que, cuando terminara su carrera, su trabajo serviría para mejorar la calidad de vida de la gente. Y, en cambio, estaba contribuyendo a lo contrario.

De él había partido la idea de provocarle aquel terrorífico estado de cautiverio, ese estado de vigilia y conciencia con cuadruplejía y parálisis de los nervios craneales inferiores que conduce a una discapacidad incluso para adoptar una expresión facial, para moverse o para comunicarse. Era un estado irreversible. La única alternativa que podría tener en el futuro, sería un tipo de comunicación por medio de movimientos oculares codificados, movimientos que también poseían un repertorio muy reducido.

El auténtico monstruo había sido él.

Sylvan sintió unas ganas tremendas de llorar. Se había convertido en lo contrario de lo que habría querido ser. Aquel arrebato de odio que sintió en el establo aquel día al conocer toda la intencionalidad y la mala idea que había destilado aquel hombre, había desembocado en lo que tenía ante él en ese preciso instante.

Y ya no había vuelta atrás.

Sabía que no podía detener lo que habían pensado hacer.

Tal vez pudiese acortar su sufrimiento.

¿Tendría valor para hacerlo?

◆◆◆

Estoy tan nervioso que apenas he entendido lo que dice. Tal vez ha venido a rescatarme. Éste no parece como los demás. O, al menos, no como el otro, no como la bestia. Las voces me resultan confusas en ocasiones pero, sin duda, no era él.

Creo que ha dicho algo de unas sondas y unos vendajes. ¿Y si es un médico? ¿Y si han venido ya a rescatarme? Tal vez al final sí haya alguien buscándome. Tal vez haya un rayo de esperanza.

Espera.

No ha dicho nada de que vayan a trasladarme.

No ha dicho que esto haya terminado.

¡Joder! Entonces, ¿qué hace aquí?

¿Y si me hace más daño? ¿Y si está aquí para introducirme algún tipo de droga? Seguro que dolerá. Seguro que dolerá mucho. A saber qué otras formas han pensado para torturarme.

Se acerca. Casi le veo la cara. Sólo los ojos. Lleva una mascarilla que le tapa y un gorro. También parece llevar una bata como las que llevan los médicos.

—Esto puede que te resulte un poco molesto.

¿Qué me va a hacer? Me ha parecido ver que lleva un tubo o algo similar en las manos. No, por favor, no. Déjame en paz. No me hagas más daño. Ayúdame a salir de aquí. ¡Joder!¡Esto molesta! ¡Molesta muchísimo! Está tratando de meterme el tubo por la nariz. Es una sensación horrible.

Duele.

Duele mucho.

—Trata de tranquilizarte, por favor. Esto es por tu bien.

Vuelvo a intentar gritar como si sirviera de algo. Y vuelvo a derramar lágrimas como si eso fuera a aliviarme, cuando lo único que consigo es que me duela también la cabeza cuando lloro sin consuelo.

—Mátame —intento decirle, pero lo que suena no es ni parecido.

—Acaba con mi sufrimiento, por favor. Haz que paren. Déjame morir —vuelvo a la carga, pero es como un ruido inconexo. Sonidos apelotonados, amontonados unos encima de otros.

—Lo siento, no entiendo lo que quieres decirme. Debo irme ya.

Me ha parecido ver en sus ojos un atisbo de duda. ¿Tal vez era compasión? Ojalá sea así, ojalá decida echarme un cable, quizás se le ocurra llamar a la policía para que vengan a buscarme.

Creo que está recogiendo. Oigo sus movimientos. Los ruidos que hace al coger las cosas. Oigo su respiración también. Suspira de vez en cuando. Igual se lo piensa mejor. Si tan sólo pudiera mirarle otra vez, trataría de comunicarle algo con mis ojos. Quizás lograra convencerle, removiendo su corazón.

“¡No, no, no! ¡Por favor, no te vayas!”. Gimo para que me oiga, para que me haga caso. Pero oigo sus pasos que se alejan. ¡Otra vez no! No quiero quedarme solo de nuevo. No quiero quedarme a oscuras. No quiero verme otra vez rodeado de sombras. No lo soporto. Me estoy volviendo loco.

“No. No. Vuelve. No te vayas. No me dejes solo” —gruño más alto todavía, porque es lo único que puedo hacer.

Pero no hay respuesta.

Oigo como una puerta se cierra con suavidad.

Detrás sólo queda la nada.

Una negrura deslumbrante.

Esto no va a terminar nunca.

Me encuentro en el purgatorio.

Capítulo 24
entonces

“La muerte le pregunta a la vida: «¿Por qué a mí todos me odian y a ti todos te aman?» La vida responde: «Porque yo soy una bella mentira y tú una triste verdad»”

- Autor desconocido

Se pusieron manos a la obra en seguida. Ni Wynona ni Tyrell eran de procastinar, pero, por encima de todo, estaba el hecho de que no tenían nada mejor que hacer ya que, en el momento en el que Sanders y su abogado entraron por la puerta, ellos no tenían ningún otro caso entre manos.

Wynona se cuidó mucho de beber más de lo debido la noche anterior. Le gustaba estar con sus colegas, pero tenía trabajo y quería dar la talla. Si aquello podía convertirse en su trampolín, no podía desperdiciar la oportunidad. Necesitaba sus cinco sentidos en plenas condiciones. Se lo debía a sí misma pero, en especial, se lo debía a Ty. Estaba segura que él podría encontrar con facilidad un trabajo mucho mejor que el que ella le ofrecía.

Se dirigió a la sede de Stars Health para recabar todos los datos personales de Anderson que pudieran facilitarle: dirección, teléfono, cuenta de correo electrónico, incluso la talla de calzoncillos si se daba el caso. Quería saberlo todo de él.

Aprovecharía su visita para hablar con sus compañeros, que le contasen todo lo que supieran acerca de su vida privada, con quien salía de copas, si tenía novia, mujer, hijos o lo que fuera. Además, debía recabar toda la información posible acerca de las pólizas que había vendido en el condado de Sussex.

Se lo pusieron todo fácil. Estaba claro que el jefe había solicitado que le facilitasen toda la información que pidiera, que colaboraran en todo momento. Fue un auténtico bálsamo.

La primera conclusión a la que llegó fue que Christopher Anderson no tenía ni un solo amigo en la empresa. Le definían como un egocéntrico y un soberbio. Les trataba con una agria condescendencia y se creía por encima del resto. Entre las féminas, en cambio, había tenido más éxito en cuanto a relaciones carnales, aunque la conclusión final era que se trataba de un capullo egoísta que sólo buscaba su beneficio.

—Menuda joyita —pensó Wynona.

La conversación con la jefa del Departamento Comercial tal vez fuera la más fructífera de todas. Se trataba de una mujer de unos cincuenta años con una mirada viva. Llevaba el pelo recogido en un moño un tanto informal pero elegante y vestía un traje de falda de tubo y chaqueta con unos zapatos de tacón que daba vértigo sólo mirarlos, especialmente para la detective que solía llevar vaqueros y zapatillas deportivas para ir cómoda, aunque también le gustaban las americanas. Tenía un estilo definitivamente casual, muy distinto de la mujer que tenía enfrente, que era el símbolo de la elegancia.

—¿Puede contarme cómo asignan las zonas o por qué motivo el señor Anderson se desplazó hasta el condado de Sussex?

—Por supuesto, ningún inconveniente. Eso sí, me gustaría dejar claro antes de nada que, pese a lo sucedido que obviamente ha sido una decepción para todos, Chris era un gran valor para la empresa.

—¿En qué sentido?

—Verá, señorita Wrangler, era un vendedor al que difícilmente se le escapaba una venta. Es decir, tenía una habilidad muy por encima del resto para colocar pólizas a quien quisiera. Y cuando digo colocar, lo digo con toda la intención, puesto que podía vender casi cualquier tipo de póliza a cualquiera.

—Muy bien. Así que era un buen efectivo. Sin embargo, antes de que responda a mi pregunta inicial, me gustaría que me aclarase como alguien con esa habilidad para las ventas, no era capaz de congeniar con nadie aquí.

—Yo me llevaba bien con él. De hecho, siempre nos hemos llevado bien, supongo que porque existía cierta simbiosis entre ambos. Los dos nos beneficiábamos de nuestra relación profesional. Yo le daba libertad y él cumplía objetivos muy por encima de lo esperado. Eso repercutía en bonificaciones para todo el departamento, aunque Christopher era el que más dinero ganaba con mucha diferencia por sus comisiones. En mi caso, comprenderá que no tenía motivos para no congeniar con él. Más bien al contrario.

—Y respecto a lo de las relaciones con sus compañeros…

—A eso iba ahora. Por una parte, generaba muchas envidias. Su salario estaba a años luz del de la mayoría, pero porque se lo ganaba. Al menos, hasta que empezó a robar y a llevar a cabo prácticas fraudulentas como se sospecha ahora. Si lo hubiéramos detectado a tiempo, tal vez no habríamos llegado a este extremo. Seguro que habríamos encontrado una solución que satisficiera a todos. La verdad es que es una pena.

—Pero…

—Pero, además, Chris era muy egoísta y sólo pensaba en su beneficio. Era un hombre frío, sin verdadero interés por los otros, salvo cuando quería conseguir algo. Y no medía mucho sus palabras

tampoco. Eso acarreaba conflictos y el ambiente en la oficina era irrespirable, en ocasiones. No se cortaba en llamar a otro estúpido, aunque fuera con bonitas palabras. Alguien así tiene muy difícil encajar. Toda la facilidad de palabra y los encantos que mostraba con los clientes, se evaporaban cuando no necesitaba conseguir algo. Y reconozco que era muy poco respetuoso con el resto.

—Y respecto a lo del condado de Sussex y los trabajadores de la empresa textil. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Fue un encargo o una decisión del departamento?

—No, en absoluto. Christopher era muy proactivo. En pocas ocasiones se ha quedado a esperar que se le asignaran áreas o productos para vender. Tenía mucha iniciativa e instinto. Siempre iba un paso por delante. Es más, hubo un momento en el que temí que se planteara quitarme el puesto, hasta que comprendí que nunca lo haría porque eso no le daría ni tanta libertad ni tantos beneficios. Le gustaba mucho el dinero. Ahora que se sabe todo esto, no me sorprendería que estuviera metido también en algún negocio sucio o que tuviera deudas con la gente equivocada. Como acabo de decir, le gustaba demasiado el dinero.

Aquella conversación abrió una posibilidad nueva. Al margen de ser un hombre detestable, veneraba las cosas caras, los lujos y todo lo que el dinero podría proporcionarle. Eso había quedado claro en cada una de las conversaciones mantenidas. Y podía estar en negocios con tipos peligrosos.

Era algo a considerar.

◆◆◆

Tyrell se dedicó a investigar los últimos rastros digitales de Anderson. Esas múltiples miguitas de pan que dejamos por doquier cada vez que, por ejemplo usamos nuestro teléfono móvil o le pedimos a Alexa que nos ponga una canción.

Ver la actividad de sus redes sociales había sido pan comido. Hacía ya varios días que no se conectaba, aproximadamente desde la última jornada que se le vio en la empresa. Según le contó Wynona cuando le llamó al salir de Stars Health, algunos tenían la impresión de que había salido de una forma un tanto apresurada. Había recogido todos sus efectos personales sin previo aviso.

Eso, sin lugar a dudas, era algo sospechoso.

También pudo averiguar que había dado de baja su línea de teléfono. Seguramente se habría hecho con un móvil prepago o algún tipo de contrato con otra identidad, aunque no eran más que meras hipótesis. Tal vez ni siquiera lo hubiera necesitado por el momento.

Gracias a la información que había facilitado la empresa acerca del número de cuenta en el que le hacían los ingresos, pudo ponerse en

contacto con su banco. No le sorprendió averiguar que había cerrado sus cuentas y cancelado todas sus tarjetas. No obstante, le extrañaba que, alguien tan astuto como parecía ser él, no tuviera alguna alternativa prevista por si las cosas se torcían.

Christopher Anderson se había preparado para huir sin dejar rastro.

Capítulo 25
Después

“La locura es relativa. Depende de quién tiene a quién encerrado en qué jaula”.

- Madeleine Roux (Asylum)

El juicio empieza en medio de una explosión mediática de las buenas. Este tipo de circo sigue gustando mucho en la tierra de las oportunidades y ver como David lucha contra Goliat es un estímulo para las clases medias. La idea de presentar a Sylvan Brown como la imagen de la acusación es todo un acierto. El bufete ha pulido todos los detalles y han trabajado con él para que ofrezca exactamente el tipo de fotografía que todos en una situación similar querrían ver.

En todo el estado de Nueva Jersey, se extiende ese fervoroso compañerismo con un joven inteligente al que le quedaba tan poco para conseguir su sueño y que ha visto como se lo arrebataban todo. Después, la imagen de la esposa doliente a cargo de un hijo que requiere tantos tratamientos pedagógicos, médicos y de fisioterapia, con todo el coste económico que eso supone. Y, finalmente, el broche de oro, el hombre honrado y siempre trabajador que tuvo que morir en medio de una lenta y traidora agonía.

Sylvan nota que no está centrado. Ayer mismo visitó a Christopher y fue consciente de que todo se les había ido de las manos. Y ya no sabe cómo pararlo. Se da cuenta que el odio que sintió los primeros días se ha disipado. Aquel ansia de venganza, de hacer daño, de resarcir aquella injusticia, ya no es igual.

Ahora siente una culpabilidad que le asfixia.

Durante un tiempo, él también se creyó capaz de ser un monstruo. Luego no. Luego sí. Y ahora otra vez no. Ha pasado por una montaña rusa al respecto. Ha estado dentro de una batidora gigante en la que se han agitado todas sus convicciones.

Sus padres no le educaron así. Se avergüenza al pensarlo. Su padre, en concreto, repudiaría este tipo de acciones. Lo sabe. Siempre lo ha sabido. Pero la rabia le nubló la razón.

No está seguro de poder aguantar.

◆◆◆

—¡Christopheeeeer! ¡Christopheeeer! Ya estoy aquí.

Una voz burlona se oye con eco por la estancia. La voz de un

hombre al que no se le puede considerar como tal. Es la voz que anuncia la tortura, está seguro. Pero es algo para lo que uno nunca podrá prepararse.

Porque anticipar el dolor no ayuda a sufrir menos.

Anticipar el dolor, hace sufrir doble.

Se ha parado junto a él. Percibe su presencia. Es un juego psicológico. Ese suspense innecesario, porque ya ha empezado a temblar desde que ha presentido que venía con unos ruidos lejanos de goznes que crujían.

Sigue ahí. Permanece unos segundos más sin decir una palabra. Quiere intimidarle. Más. ¿En serio? Como si no fuera suficiente tenerlo encadenado sin cadenas, encerrado sin candado, atrapado dentro de una mazmorra de piel y vísceras. Como si no fuera suficiente saberse a merced de todos los elementos, sin poderse defender ni ante el insecto más liviano.

Seguramente está observándole. Los ojos de Christopher buscan forzar su ángulo de visión para tratar de averiguar algo. "¿Qué está haciendo en ese momento?" —se pregunta. La incertidumbre es una tortura psicológica de primer nivel. Esos instantes previos, terribles en toda su extensión, en especial cuando sabes que no puedes esperar nada bueno. ¿Qué tendrá pensado esta vez? ¿Traerá algo con él? ¿Portará algún objeto para hacerle daño?

De pronto, hace un movimiento brusco. Chris cierra los ojos de forma instintiva al presentir que algo se le viene encima. Su rostro queda a tan sólo a unos milímetros del del monstruo.

—¡Bu! —dice con una voz tosca, ronca y desagradable. El aliento es repulsivo. Huele a comida descompuesta y a sarro acumulado durante años.

—¿Me has echado de menos, mi pedazo de carne con ojos? Seguro que sí.

Se ríe. Se está riendo de él. Es una humillación tras otra.

—Christopher, estás horrible con ese tubo asqueroso que te ha colocado el bueno de… —comenta, dejando unos segundos en suspenso, sin decir nada más y estudiando su reacción—. ¿Eh? ¿Creías que te iba a decir el nombre? No, qué va. Si te digo un nombre, entonces tendría que matarte, entre mucho dolor, eso sí. Pero no toca todavía. Supongo que, en el fondo, daría igual que lo sepas o no porque no te serviría de nada. Pero no me da la gana. Punto.

Le sigue mirando de cerca. Le estudia como si fuera un insecto atrapado entre dos láminas de metacrilato.

—Bueno, creo que ya has comido suficiente. Tienes mejor color —señala mientras una mano que aparece de la nada le da un par de cachetes en la mejilla, lo que le asusta de manera evidente.

Una risa estentórea se extiende a su alrededor, con una voracidad

que lo envuelve todo.

—Pero no te asustes, hombre. Si esto ha sido cariñoso. Esto no es nada comparado con la sesión especial que tengo preparada hoy para ti. Primero de todo, se acabó la hora del almuerzo.

Sin más aviso, le arranca la sonda nasogástrica. Christopher nota como la salida del tubo le raspa por dentro y le provoca un dolor considerable. Sin embargo, lo peor no es eso, que es algo soportable.

Empieza a notar como se obstruye su aparato respiratorio.

Algo le impide coger aire.

Intenta toser.

Hace un esfuerzo por inhalar a través de su boca entreabierta.

El oxígeno no entra.

Es como si hubiera un tapón.

La angustia hace que se ponga cada vez más nervioso.

La ansiedad hace que suba su presión arterial.

El aire continúa sin llegar a sus pulmones.

No se mueve.

No entra por la nariz.

Hay algo alojado en su tráquea.

Entonces el hombre sin ninguna prisa, lo levanta hasta medio incorporarlo sobre la camilla. Lo coge como si fuera un muñeco de trapo. Le sujeta por detrás. Le hace la maniobra de Heimlich hasta que algo sale por su boca, una sustancia viscosa.

—¿Qué? ¿Ya estás mejor? —Le dice desde detrás en voz baja muy cerca de su maltrecha oreja herida y mutilada—. No te vas a librar tan fácilmente de mi compañía. Ya sé que te has asustado, pero estaba seguro en un treinta por ciento, más o menos, de que te ibas a librar. Sobre todo porque hoy tenemos cosas que enseñarte. Lo hará uno de mis amigos porque a mí, en realidad, ni me va ni me viene. Yo esto lo hago por gusto. Hoy precisamente comienza el juicio y ellos quieren que estés al tanto de todo.

◆◆◆

Después del susto, ha salido de la habitación. Christopher aún se siente molesto. Es como si tuviera un trozo de madera astillada en la garganta. Le raspa en cada inhalación y exhalación. Debe estar irritada, al rojo vivo. Convierte el simple ejercicio de respirar en un esfuerzo descomunal y doloroso.

La sensación de falta de aire ha sido angustiosa. Todavía nota como su corazón late a un ritmo endiablado, como si anticipara que debe llevar oxígeno en abundancia a todo el cuerpo por lo que pueda pasar. Adelantándose a posibles tiempos de sequía venideros. Percibe palpitaciones fuertes en las sienes también. Es como si todo él fuera una caja de resonancia, en la que retumba el golpeteo del músculo

cardíaco con un sonido dominante y ensordecedor.

Acaba de decirle que iba a enseñarle algunas cosas. Pero se ha ido. Es extraño. En cualquier caso, intuye que no tardará en volver. ¿Qué tendrá planeado? No sabe si quiere imaginarlo siquiera.

Entonces se oye el crujir de la puerta. Otra vez el corazón inicia una loca galopada. La luz sobre él parpadea. Nota como sus lágrimas resbalan. Son tantas emociones las que experimenta al mismo tiempo que se ve incapaz de clasificarlas. Son como la ola de un Tsunami que se ha llevado por delante todo lo que toca y ya no se distingue qué es agua y qué no. Una gran montaña de lodo. Una marea de barro.

Ya no aguanta más. Aquello tiene que terminar. Tal vez puede intentar tragarse la lengua, aunque no tiene ni la menor idea de cómo podría hacerlo.

Tampoco consigue reunir el valor para intentarlo.

Es preso de su destino.

No tiene forma humana de liberarse.

La muerte se le antoja un regalo.

Tal vez, cree que ese final del camino puede ser algo alentador, el cierre a ese deambular infinito por una tierra donde el desasosiego y el espanto son los amos. Cree que decir adiós a este mundo es la salida porque no imagina la forma en la que tienen planeado asesinarle.

Si es que al final lo matan.

Ahora oye más pasos. No son los de siempre. Son pero no son. Son más. Esa es la conclusión. Ahora murmuran. Definitivamente la bestia no está sola. Tal vez sea el chico joven. Entonces uno de ellos se acerca y una mano le agarra las mejillas y aprieta. Su cara está frente a él. No puede ser bueno que le deje verle. Éste no es el de siempre pero tampoco es el joven. El que le visita con asiduidad es un hombre grande, casi gigante. Y éste en cambio…

—Hola, señor Anderson. Puede que no me recuerde. Fuimos demasiados a los que vino a timarnos y a reírse en nuestra cara. Pero yo le recuerdo muy bien a usted. Le recordamos todos con absoluta claridad. Los actos tienen consecuencias. Esto podría haber quedado en nada. Podría haberse librado. Sin embargo, decidió huir y escurrir el bulto cuando supo que había una denuncia y que se iba a destapar el pastel. Es un cobarde. Lo que no podía imaginar es que a nosotros no nos valdría con eso. Ha dado sin duda con la gente equivocada.

Se queda observándole. En los ojos ve claramente el miedo. Es como un libro con letras muy grandes y dibujos esquemáticos. Sus ojos son como una ventana abierta a su interior. Si soplara, sabe que conseguiría hasta helarle por dentro.

—Bien. Le voy a mostrar las fotos de algunas personas que están sufriendo por su culpa. Buenas personas que lo han perdido todo gracias a su engaño. Detrás de cada uno de ellos hay una historia de

dolor y sufrimiento. Pero hay muchos más. Muchos que no han necesitado hacer uso de la póliza que usted nos vendió pero que se saben engañados. Muchas personas con sed de venganza. Porque, señor Anderson, cuando uno decide engañar a sabiendas, primero debe saber con quienes va a tener que vérselas si le descubren.

Entonces, coge una carpeta en la que guarda la foto de algunos de los vecinos de Sussex que están atravesando alguna enfermedad incapacitante. Uno a uno, comienza a relatarle su historia, al tiempo que le muestra la imagen.

Se toma su tiempo.

Se recrea.

Se detiene en los detalles, hasta en los más nimios.

Quiere que tenga muy claros los motivos.

Procura que la culpa se convierta en una tortura adicional.

El remordimiento.

La pesadumbre.

El aciago momento en el que tomó la decisión equivocada.

El seísmo que dio inicio al derrumbe.

En los casos más sangrantes, le enseña la fotografía de cómo era aquella persona antes de enfermar y cómo está en la actualidad, cuando la enfermedad ha dejado una huella que parece imborrable. Necesita que entienda que él, en cierto sentido, está detrás de aquello. Necesita que lo comprenda para que anticipe nítidamente lo que le va a suceder.

—Tú tienes una parte importante de culpa en esto. Y estás en esta angustiosa situación por lo que hiciste. Estás pagando por tus pecados. Y has visto en estas imágenes a personas que aún luchan por su vida. Algunos no tuvieron tanta suerte y se han quedado en el camino.

Se detiene por unos instantes. Le clava la mirada. En realidad está reprimiendo un fuerte impulso de estrangularle. Pero comprende que no puede hacerlo, que no puede mostrarse violento, porque sabe que Jayden está viéndole desde la sala contigua y su instinto asesino cada día va a más. No necesita demasiado para estimularlo y que se desencadene una violencia sin control ni medida.

Al menos, ese día podrá satisfacerlo, aunque sólo sea parcialmente.

—Ahora quiero que veas la foto de un buen amigo mío al que condujiste a la muerte. Vale, sería justo decir que no directamente, pero le dejaste sin recursos para afrontar su enfermedad.

Dustin sacó varias imágenes de Michael Brown. Empezó a mostrarle fotos de él con sus amigos, con la familia, con su hijo pequeño… Hasta que llegó a la última fotografía que se hizo con él. Aquel hombre siempre había sido bueno con Dustin. Le había dado buenos consejos. Le ayudó a encarrilar su camino, aunque no lo consiguió del todo. Nunca se había negado a ayudarle cuando lo necesitó. Aquel hombre

había sido una buena persona y tuvo un final agónico que no merecía.

En un arranque de furia al ver a su querido amigo, le arroja las fotos a la cara y le escupe. Christopher cierra los ojos instintivamente, con el susto metido en el cuerpo. Ahora, al menos, puede empezar a conocer qué razones le han llevado a aquella situación tan extrema.

Y le sigue pareciendo desproporcionado.

—¡Tú le mataste! ¡Tú que eres una mala persona no mereces vivir! Y te juro que vas a desear morir tantas veces antes de que te matemos, que llegarás a creer que no deberías haber nacido.

Christopher se estremece. Quiere creer que no puede existir más dolor y miedo que el que ya ha experimentado.

Entonces Dustin empieza una a una a clavarle de manera tosca agujas en el abdomen, una macabra forma de ejemplificarle lo que fueron los últimos días de su amigo en ese valle de lágrimas en el que se convirtió su vida hasta que la muerte le liberó del dolor.

No sabe que, desde la distancia, Jayden disfruta de lo que ve. Se relame de gusto y está deseando que le toque entrar en acción.

Con cada aguja, Christopher gime y solloza. Siente unas punzadas horribles. Hay un momento en el que cree que va a perder el sentido. Se marea. El sufrimiento no es adicional, sino exponencial, porque la suma de agujas se convierte en una multiplicación elevada a una potencia infinita. Es como si la piel se hiciera más sensible con cada pinchazo, recordando los anteriores al tiempo que se añade uno nuevo, sensibilizándose más. Doblegándose al dolor.

Christopher no cree que pueda soportar nada más.

Sin embargo, lo peor está aún por llegar.

◆◆◆

En un estado casi de semi inconsciencia, escucha los pasos que se alejan. Oye el quejido de una puerta que se abre. Se cierra dando un ligero golpe. El hombre ha salido. Siente el cosquilleo de la sangre caliente. Se escuchan voces al otro lado. Amortiguadas. Esta vez debe haber más gente ahí. No sabe si es buena o mala señal. De pronto, vuelve a escucharse el silencio.

Se ha quedado a solas en esa estancia.

Otra vez.

La luz sigue encendida.

Tiene varias de las fotografías aún por encima del rostro y del cuerpo. No puede retirárselas de encima. Le molestan. Algunas incluso le hacen cosquillas. La esquina de una de ellas parece que se le clava un poco en la piel. Otra le obstruye ligeramente las fosas nasales. Hace un esfuerzo y sopla por la nariz sin éxito, tratando de sacar fuerzas que no tiene. Su cuerpo está exhausto. Debe haber agotado sus reservas de adrenalina. Ni siquiera es capaz de algo tan simple. Ni

siquiera podría espantar una mosca. Nimiedades como esas se convierten en sensaciones casi dolorosas porque están impregnadas de una incapacidad evidente. Su estado es lamentable.

¿Qué es eso?

Está seguro de haber oído un fuerte golpe al otro lado. Ahora hay gritos. Gritos desesperados. Desgarrados. Esa voz le suena. Está seguro de que la reconoce.

Es Howard Gilson, el jefe del departamento de Recursos Humanos de Quality Garment, la compañía textil de Sussex. El mismo con el que, junto con el CEO, tramó todo aquello gracias a lo cual los tres sacarían una buena tajada. Hubo un día en que pareció una buena idea. No vieron los peligros. El dinero les nubló la vista. Howard fue quien le facilitó los datos personales de los trabajadores, quien lo hizo posible.

No pinta bien.

Esta vez se oye que abren la puerta con un fuerte golpe. Los chillidos se han amortiguado. Los pasos son pesados y parecen arrastrar algo. Es la bestia. Otra vez. El pánico se extiende por todo su cuerpo. Cada vez que le ha visitado, ha sido atroz. Es como si en cada ocasión se volviera más violento, con más sed de sangre.

—Grrrrr. Jjjjjmm.

Escucha un lamento, alguien que quiere gritar y no puede. Es Howard, sin duda. Tal vez esté amordazado. Hace un momento le ha oído gritar y ahora no es posible distinguir lo que dice. Están cada vez más cerca. De pronto, algo golpea fuertemente la camilla. Se escucha un choque de metales. Tiembla. Se mueve tan bruscamente que por un momento cree que se va a caer. Lo poco que puede percibir con la mirada hace que se desate el pánico dentro de él.

—¡Christopheeeeeer! Ya estoy aquí. Hoy he venido con un buen amigo tuyo. Seguro que te encantará ver como le quito la vida poco a poco. Me voy a recrear de lo lindo con este gusano.

Howard vuelve a intentar gritar. Está llorando, no hay duda. Oye como se agita en lo que sea que le mantiene sujeto. Sus movimientos son tan bruscos, que vuelven a rechinar los metales al entrar en contacto.

Entonces oye una taladradora.

Es un sonido cargado de violencia.

Más gritos infecundos.

Son los alaridos de un hombre que sabe que va a morir.

—¡Dustin! —grita aquel gigante—. ¡Dustin! Ven aquí y ayúdame. Quiero que vea lo que voy a hacerle. Necesito que le sujetes y que lo coloques mirando hacia a mí. No quiero que se pierda el espectáculo. Esto va por él. Es un homenaje a sus buenas ideas. Tiene que ver en primera persona qué les pasa a la gente como ellos.

Capítulo 26

Antes

“Vive para ti solo si pudieres, pues sólo para ti, si mueres, mueres”

- Francisco de Quevedo

Sylvan Brown había terminado el instituto con unas notas excelentes. Su expediente académico le permitía elegir universidad porque sabía que no tendría problema para entrar en la que quisiera. El único inconveniente era el dinero. Un inconveniente difícilmente soslayable. Así que se conformó con aquella que supusiera menos gastos. Pero no le importó.

Era un chico que se había acostumbrado a aceptar lo que le había tocado en la vida desde pequeño. Y, desde muy temprana edad, había soñado con ser médico. No era algo que iba y venía, sino una constante desde que tenía uso de razón.

Había sido muy buen estudiante desde pequeño. Aunque era inteligente, no era brillante, al menos no hasta un grado excelso, pero lo suplía con esfuerzo y horas de estudio. Su motivación era clara y no pensaba rendirse hasta conseguirlo.

Y ahí se encontraba, cursando su primer año de Medicina cuando ya tomó la decisión de ser Neurólogo. Le fascinaba. Sus compañeros, al igual que sus profesores, insistían en que en primero no es posible saber exactamente de qué quieres hacer la residencia, puesto que aún está todo por descubrir. Y era cierto, habría otros campos que le sorprenderían. Sin embargo, igual que tuvo claro desde el principio que quería ser médico, el amor por el estudio y por el conocimiento del cerebro en un grado más extenso que el resto de disciplinas, también lo fue.

Al margen de lo que estudiaba en la facultad, de los múltiples apuntes que se le acumulaban y los trabajos que tenía que hacer, le gustaba investigar por su cuenta. Siempre que podía, sacaba el último número de las distintas revistas de Neurology Genetics o Neurology Perspectives de Elsevier, por ejemplo, así como leía todos aquellos artículos científicos relacionados con el tema que caían en sus manos o encontraba en la web.

Un día de aquellos, un artículo le dejó con la boca abierta. Resultaba difícil creer que la naturaleza pudiera castigarnos de manera semejante con enfermedades como aquella. Era algo cruel y

terrorífico. Al parecer, aquel síndrome tan raro estaba causado por daño a porciones específicas del encéfalo inferior y del tallo cerebral. Sin embargo, no se observaba ningún daño al encéfalo superior. Las causas podían ser múltiples y destacaban entre ellas algún tipo de accidente cerebrovascular, un tumor cerebral, ciertas enfermedades del sistema circulatorio que producen un sangrado por debajo de la duramadre, algunas enfermedades que destruyen la capa de mielina que rodea los axones de las neuronas pero también, un trauma, una infección o una sobredosis.

Aquel artículo le atrapó. Era difícil de concebir que un ser humano pudiera ser preso de su propio cuerpo, con una parálisis prácticamente total pero la consciencia y la función mental intacta. Un ser humano al que se le ha arrebatado cualquier forma de comunicación, puesto que aquellos que lo sufrían no podían hacer expresiones faciales, moverse o hablar. Únicamente podían mover los ojos hacia arriba y hacia abajo y parpadear.

Terrorífico.

El nombre de la enfermedad, en sus distintas acepciones, sin duda también era tétrico. Síndrome del enclaustramiento o del cautiverio.

Una persona encerrada dentro de su propio cuerpo.

Un cadáver de ojos vivos.

Un hombre enclaustrado.

Capítulo 27
Después

"Todos llevamos dentro el cielo y el infierno".

- Oscar Wilde

Cuando el infierno se desata, es difícil ponerle freno. La violencia atrae más violencia. Es como un virus altamente contagioso que se expande con cada suspiro. Es una llamarada de largo alcance, que arrasa lo que encuentra.

Jayden, alias "El Pipa", no necesitaba grandes motivos para dejarse embriagar por la violencia. No precisaba de excusas para darle rienda suelta. Eso Dustin lo sabía. En el tiempo que habían compartido en prisión, lo había observado cada día. Allá donde hubiera un conflicto, acudía presto a ver si podía meter las narices y propinar algún mamporro. No obstante, no era idiota, al menos, no del todo, y tenía habilidad para salir impune, a pesar de su corpulencia y de lo fácil que era detectar su presencia, con esa respiración animal y esos pasos pétreos.

Con aquel asunto, le había dado la oportunidad de dar rienda suelta a ese lado oscuro tan visible que tenía. Tenía vía libre para hacer lo que se le ocurriera, para torturar sin mesura, para mutilar su cuerpo y su alma.

Había alimentado a la bestia y lo sabía.

Sabía que siempre le tendría de su lado, pero también era consciente de que, si llegado el caso se viera en la tesitura de elegir o se sintiera traicionado, no dudaría en hacer lo mismo con él si fuera preciso.

Eso era algo a tener en cuenta.

◆◆◆

Dustin hace caso a lo que le ha pedido Jayden. Éste quiere que Christopher presencie lo que va a hacerle a Howard Gilson y más le vale hacerle caso. Así que gira el cuerpo sobre la camilla. Oye como Anderson se queja, como emite una especie de lamento. Está aterrorizado. No hay duda.

Por un instante, siente una punzada de remordimiento. Esto es excesivo. Lo de las agujas también lo ha sido, pero se ha dejado llevar por la inquina. Llevan ya varios días manteniéndole con vida sólo para torturarle. Es posible que haya empezado a perder la cabeza. Si no,

puede que no tarde demasiado. Él ya lo habría hecho. Sólo saberse cautivo dentro de tu propio cuerpo ya es para volverse loco.

Lo demás…

Lo demás es desmesurado. Es un agregado innecesario. Es saña pura y desnuda. Sabía que Jayden era un psicópata, pero no era consciente de hasta qué punto hasta que le ha visto en esta circunstancia. Disfruta de cada momento. Disfruta recreando lo que ha hecho e imaginando lo siguiente.

Dustin sabe que debe obedecer. Ni Sylvan ni él tienen ya el control. Puede que al principio, el chaval de Mike fuera quien encendió la mecha. Puede también que Dustin, pero también Arnette facilitándoles los medios para llevar todo esto a cabo, fueran los que tomaban las decisiones. Pero ya no.

Ahora Jayden es quien está al mando.

Y eso no es buena señal.

◆◆◆

No quiero verlo. ¡¡No quiero verlo!! Intento revolverme, como si esta vez fuera a cambiar algo, como si esta prisión que es mi cuerpo fuera a dejar de serlo. Ya tengo suficiente con esa tortura y con el dolor que siento en el abdomen. Ya es demasiado. ¿Qué más necesitan para hacerme entender el mensaje?

Debe haberse colocado en mi lado izquierdo. Sí. Veo una especie de sombra por ese lado. Me agarra. Ya no tengo ni rastro de duda de que son tres los que me están haciendo esto. Éste es muy flaco. Noto como se clavan sus manos huesudas en mi costado. Tal vez no pueda conmigo. Empieza a girarme. Soy como un saco de arpillera sin ninguna voluntad. Soy un montón de carne sin la más mínima capacidad de decisión.

Esta gente no pueden ser humanos. No es posible tanta crueldad. Le ha dicho al otro que me sujete, que me gire para presenciar lo que va a hacerle a Howard. No estoy preparado para verlo. No puedo ni imaginarme lo que le habrán hecho ya. He oído sus gritos hace un momento. He oído también unos gruñidos desesperados cuando lo arrastraban hacia aquí. Ahora es pura desesperación lo que oigo.

Sus chillidos ya han sido un martirio.

Y presiento que lo peor está por llegar.

Ya me ha girado. Intento aprovechar para estudiar el lugar en el que me encuentro. Al menos, esto me sirve para ampliar la perspectiva. Ya no veo solo un plafón suspendido del techo y las sombras. Ahora, por fin, atisbo a ver dónde estoy.

Y lo que veo…

Lo que veo me provoca una ola de pánico.

Es una sala grande, más de lo que me esperaba. No es ni mucho

menos una habitación. ¡Qué ingenuo he sido! Éste es un lugar diseñado para matar. Hay ganchos suspendidos por el techo. Un incontable número de ellos. Veo distintas herramientas en una de las paredes. Todas y cada una de ellas han sido diseñadas para lo mismo. Con todas y cada una de ellas podrían mutilarme. Eso hace que se me pase por la cabeza cuántas ideas tendrán aún con las que hacerme sufrir.

Cierro los ojos.

Intento anular la posibilidad de mirar lo que no quiero ver.

—¡¡Mírame!!

Me agarra con fuerza la cara. Sabe que no le miro a él, que intento evadirme de la escena, que miro más allá, hacia la profundidad de la sala, a un lugar muy lejos de aquí, a una realidad alternativa donde esto no ha sucedido nunca, a un futuro que sé que ya no existe. Pero es imposible. Es imposible abstraerse de esto, de esta realidad homicida y violenta. El llanto de puro terror de Howard me martillea los oídos. Me mira suplicante, como si yo pudiera detener esto. Lo que mis ojos me muestran, ahora que por fin le veo, me aterroriza también. ¿Y ahora qué?

Vuelvo a cerrar los ojos.

Me abofetea. Me abofetea tan fuerte que me golpeo la sien con la camilla y noto cómo me arde la mejilla.

—Lo quieras o no, vas a verlo. Si no cooperas, te juro que te pego los párpados para que no puedas ni pestañear. Y, si me cabreas, igual decido cortártelos, ¿qué te parece, Christopher?

Esa amenaza no es en vano.

Es capaz.

Estoy seguro.

Me rindo y miro otra vez a Howard a los ojos. Éste me devuelve la mirada y leo en él un odio prístino hacia mí mezclado con un miedo sin límites. Pero él también es culpable de su codicia, de su ansia de enriquecerse. Él cedió sin ninguna presión a facilitarme los datos personales de toda esta gente. De hecho, fue muy solícito. No puede haberlo olvidado. No puede encasquetarme sus pecados. No.

Siento un ramalazo cruel. Por un segundo, pienso que se merece lo que va a sucederle, por querer cargarme también con su culpa, por querer hacerme responsable.

Y entonces empieza el horror.

El monstruo ha dejado por el momento el taladro sobre la camilla. Saca algo del bolsillo trasero de sus vaqueros. Sigo ensimismado el movimiento de sus manos. Lleva en la mano algo que se asemeja a una cuchara especial para hacer las bolas de helado.

Y se me cruza una idea por mi mente que no quiero creer.

La acerca a mi cara. Temo que va a usarla conmigo. Empiezo a

estremecerme de terror. Quiero gritar, quiero que aleje eso de mí. Se burla. Se está burlando de los dos. Se ríe de esa forma grotesca que le caracteriza, como si fuera la situación más divertida del mundo. Noto como se me clava algo en la espalda. Debe ser la rodilla o las manos del tipo que me está sujetando. Se está cansando. De vez en cuando, percibo cómo cambia de posición.

Agarra a Howard del pelo. Tira hacia atrás de forma tan brusca que me ha parecido oír como si se le rompiese un hueso. Veo su cuerpo en escorzo, con una postura imposible de lo atrás que le ha colocado la cabeza. Oigo sus lamentos, un grito ahogado, un aullido invertebrado. Y en ese preciso instante, cuando soy consciente de lo que está haciéndole, empiezo a sentir que me mareo.

Está sacándole los ojos de las cuencas.

◆◆◆

El tiempo se ha detenido. No sé cuánto hace que se han marchado. Sé que no ha sido una pesadilla porque noto el cuerpo de Howard sobre mí.

Empiezo a llorar. Por mí. Por Howard. Por la vida que ya no tendré. Quiero morirme. Quiero abandonar este mundo de una vez. No quiero que me hagan lo mismo que le han hecho a él. Y estoy seguro de que me han reservado algo incluso peor.

Ese recuerdo me domina. No puedo cerrar los párpados sin ver esa escena horripilante. Tengo que tratar de distraerme de alguna manera. Apenas hay luz. Casi mejor. Si esta sala estuviera iluminada, tal vez ahora me sería muy fácil rememorar la disposición de los ganchos que he visto antes. Eso tampoco ayuda a mi salud mental.

Era una imagen espectral.

Eran como dedos de la muerte.

Eran garfios asesinos.

Casi podría imaginar los cuerpos que han estado ahí colgados. Me han traído a un matadero. ¡Joder! Ni siquiera con ello dejan dudas acerca de sus intenciones.

Noto el cosquilleo del pelo ensangrentado de Howard sobre mi pecho. Siento repugnancia. No quiero cerrar los ojos otra vez porque, entonces, vuelvo a ver como le saca los glóbulos oculares y se los hace comer. Eso fueron sólo los preliminares. Le dejó durante una eternidad en medio de la consciencia de que eso sería el principio pero no el final. Después, empezó el otro espectáculo. Le taladró el cráneo por varias partes. Hasta que murió, no sé si exhausto de tanto dolor o desangrado. Ha sido una jodida película gore presenciada en primera persona. Si eso le han hecho a él, ¿qué más me harán a mí?

Cierro los párpados. El cansancio me vence. Estoy agotado. Quiero dormirme. Caer en un estado de inconsciencia. Abandonarme. Lo

intento. Procuro dejarme llevar. Imploro al Ángel Negro que venga a buscarme. Que me deje caer en un estado somnoliento donde ya no me entere de nada de lo que sucede a mi alrededor.

Pero no puedo.

Vuelvo a abrir los ojos. Parpadeo varias veces porque lo que estoy viendo ahora mismo no puede ser real. ¿Qué hay ahí? Creo que hay alguien en la habitación. Pero, ¿está suspendido ahí arriba? Eso no tiene ningún sentido. Parpadeo otra vez. Me aseguro de que no me engaña mi vista. He visto unos ojos mirándome. No parecen humanos. Son ojos pequeños y rojos. Están en el techo. ¿Cómo es eso posible?

Cierro los ojos.

Me engañan.

Ahora lo sé.

Me engaña mi vista o mi cerebro, no lo sé.

Vuelvo a abrirlos. Ya no están. Pero no siento alivio porque a esos ojos los han sustituido unas sombras que se mueven. Puede que haya algo más en la sala, algo que no explica la razón. O que sí se explica. ¿Y si son murciélagos? Siempre les he tenido pánico.

No puedo apartar la vista. Debo estar vigilante, aunque eso no me sirva de nada. No sé si será el agotamiento de tantas emociones o el bajón que sucede después de algo muy estresante, pero empiezo a sentirme muy cansado.

Me pesan mucho los párpados.

Al final, su cerebro decide darle un descanso y le sumerge en un sueño agitado. Es un descanso a medias, porque el horror ya lo impregna todo.

Capítulo 28
entonces

“Los que nos prometen el paraíso en la tierra nunca trajeron más que el infierno”.

- Karl Raimund Popper

Finalizadas las entrevistas en la empresa, Wynona llamó a Ty para ver qué había podido averiguar. A partir de ahí, prefería que su compañero fuera con ella a entrevistar a la ex mujer de Christopher Anderson y a los vecinos de Sussex. Era una forma de recoger, no sólo información, sino también esas percepciones que responden más a un sexto sentido.

Además, Ty era un tipo encantador, simpático, tolerante, paciente. Esas cualidades podían ser muy útiles en según qué circunstancias. Y, aunque Wynona solía ser amigable y tenía unas habilidades sociales más que decentes, en algunos momentos podía llegar a perder los nervios, especialmente cuando tenía enfrente a una persona autoritaria, como ya le había sucedido con Sanders.

De manera sorprendente, aquello había tenido final feliz.

—¡Hola Ty!

—Winnie.

—No me llames así, ya sabes que lo detesto —oyó la risa de Tyrell al otro lado del teléfono. Le adoraba, pero a veces podía ser un capullo insufrible. Parecía que tomarle el pelo a Wynona Wrangler se estaba convirtiendo en deporte nacional entre sus amigos. No pudo evitar sonreír pensando en cómo se la devolvería.

—Venga va. Me portaré bien. Te cuento lo que he averiguado. El bueno de Anderson se ha pirado, no hay duda. Al menos, puedo decir que la apuesta se encuentra en torno al noventa por ciento. Ha cerrado todas sus cuentas, ha cancelado su número de teléfono móvil y, según me ha dicho el casero, al que me ha dado tiempo a llamar porque soy así de eficiente, había quedado en liquidar el alquiler y pasarse a devolverle la llave porque se iba a vivir a otro lado.

—¡Vaya capullo! ¿Algún indicio de adónde ha podido dirigirse?

—El casero no tiene ni idea.

—¿Y has consultado si ha comprado algún billete de tren o de avión o lo que sea?

—No me ha dado tiempo a tanto, pero me pongo a ello, no hay problema.

—Más tarde. Ahora me gustaría que me acompañaras a ver a la ex mujer de Anderson. Es una entrevista bastante personal, si es que quiere recibirnos, y puede que necesite una segunda opinión. Por el momento, salvo la jefa del departamento de ventas que siente casi devoción por él, todos sus compañeros parecen detestarle.

—Como ordenes. De todos modos, puedo llevarme el ordenador e intentar averiguar algo de camino.

—Me encanta cuando intentas amortizar al máximo el tiempo.

—Soy un fanático de la amortización, ya lo sabes.

—Sí sí, está claro. Si fueras un rey de la Edad Media, te habrían llamado Ty "El eficiente". Bueno, tonterías aparte, creo que en quince minutos puedo estar ahí para recogerte.

—Estaré listo. Igual hasta me da tiempo a averiguar algo más mientras procuro hacer honor a mi reciente título nobiliario y a su condecoración.

◆◆◆

Cuando llegan a la casa de la ex mujer, se dan cuenta de que sin duda el tren de vida que llevaba la pareja debía ser bastante alto. Pese a los recelos que tenía Wynona, se encuentran con una mujer encantada de contarles toda la mierda que conoce acerca de su ex marido.

—Todo sea por ayudar a esa pobre gente —dice con toda la ironía y una mueca que, sin duda, corrobora ese sarcasmo implícito.

A pesar del aspecto de *Barbie* con dos dedos de frente que le atribuye la detective, ya sólo por ese comentario audaz se ha ganado su simpatía. Ella también estuvo con un novio bastante capullo y tampoco desperdicia la oportunidad de ponerle a caldo siempre que se presenta la ocasión.

—¿Has estado en contacto con Christopher en las últimas semanas?

—No. Procuro evitar cualquier tipo de comunicación con él desde que nos divorciamos. Creo que en eso no voy a poder ayudaros. Pero seguro que puedo contaros muchas cosas interesantes sobre él.

—Estamos más que dispuestos a escucharte. Si no te importa, me gustaría que mi compañero tomara nota mientras hablas por si necesitamos esta información después.

—Sin problema. El acuerdo de divorcio está firmado hace tiempo y los abogados le recomendaron no tocar ni una coma después de que saliera toda la mierda que escondíamos. Además, se supone que esto es confidencial, ¿no? Así que, si os vais de la lengua, no dudaré en denunciaros y sacaros hasta el último dólar.

Wynona y Ty se han quedado con la boca abierta. Pese a ese aspecto un tanto cándido, aquella joven es un auténtico tiburón.

—Absolutamente confidencial. Sólo queremos cualquier tipo de

información que pueda llevarnos hasta él. Así que, ¿prefieres que te hagamos nosotros las preguntas o comienzas tú a contarnos todo desde el principio?

—Mejor os lo cuento yo y, si después os queda alguna duda, estaré encantada de resolverla.

Tania, que así se llamaba la ex de Christopher, empezó a relatarles su historia con él desde que se conocieron en un bar del Upper East Side después de un desfile de modelos en el que ella había participado. Chris era muy guapo y tenía una seguridad en sí mismo que la enamoró casi desde que le vio. Empezaron a salir y pronto decidieron irse a vivir juntos y casarse. Ella tenía sólo veinticinco años y él veintiocho. Al principio, parecía un hombre cautivador. Era capaz de convencer a la gente de cualquier cosa. Era detallista y encantador con ella. Durante un tiempo la relación fue más o menos bien, aunque ella siempre supo que si Christopher estaba realmente enamorado de alguien era de sí mismo y, además, del dinero, pues tenía una insana obsesión con enriquecerse.

Luego estaba el tema del sexo. Siempre le habían gustado las relaciones sexuales intensas pero, en los últimos meses, se fue decantando cada vez más hacia el sexo duro. Ya no le valían las relaciones sexuales convencionales y cada vez quería ir un paso más allá. Se mostraba violento con ella y más de una vez sintió que lo único que le hacía excitarse y disfrutar era someterla a todo tipo de vejaciones. Lo último fue la asfixia erótica, hasta que un día casi se le fue de las manos y tuvo que llamar a una ambulancia.

Según había ido cambiando el sexo entre ellos, lo había hecho la relación en sí misma, al igual que lo había hecho su propia carrera profesional. Había cambiado de empresa y llevaba ya un tiempo en Stars Health ganando cada vez más dinero. Su ego no había parado de crecer y a ella la trataba como si no valiera nada. Las discusiones fueron subiendo de nivel, hasta que Tania decidió que era el momento de divorciarse.

—Sé sin lugar a dudas que, además de todo esto, me fue infiel en infinidad de ocasiones. Aguanté porque estaba pasando una mala racha en mi trabajo. Entonces, hablé con un abogado y él me dijo que podría lograr un acuerdo de divorcio muy beneficioso para mí.

—Tuvo que ser duro —dijo Ty poniendo su cara de empatía infinita con la que encandilaba a todo el mundo.

Wynona puso los ojos en blanco cuando le observó. Toda su postura invitaba a leer la típica expresión de “cuéntamelo todo, Tania, estoy aquí contigo para escucharte y ayudarte”. “¡Qué bien se le da al muy cabrón!” —pensó la detective.

—¿Y qué puedes contarnos de su familia? —preguntó entonces Wynona—. Tal vez se haya marchado con ellos o les haya llamado

para pedirles ayuda.

—¿Familia? —preguntó ella extrañada—. Pensaba que ya sabíais que no tiene familia. Christopher se crio en un orfanato casi desde que nació.

Capítulo 29
Después

“No temas ni a la prisión, ni a la pobreza, ni a la muerte. Teme al miedo”.

- Giacomo Leopardi

El miedo se nota.

El miedo se siente.

El miedo se palpa.

El miedo se huele.

Christopher no había conocido esa certeza hasta aquel momento. El miedo tiene cuerpo. El miedo está hecho de una materia muy real y consistente. El miedo se percibe a través de diferentes sentidos. El miedo se detecta a distancias inimaginables.

Y el miedo se experimenta a cuerpo entero.

Se derrama como el agua y se cuela como tal por las rendijas de tu consciencia. Amplifica las sensaciones hasta el punto de que puedes sentir como se dilatan tus pupilas y se abren los poros de tu piel. Es una corriente alterna de alta y baja frecuencia, porque se reproduce a distintas intensidades. Es una emoción que paraliza y que, al mismo tiempo, nos impulsa a huir. Es un sentimiento que lo coloniza todo y nos convierte en sus súbditos.

Somos presos del terror.

Aquel sonido inconfundible le despierta de un estado de semi letargo en el que ha quedado después de la última visita. Son como chillidos intermitentes, como un ejército de pequeños seres silbantes que se desplazan de un lado a otro sin cesar.

Es entonces cuando se vuelve a dar cuenta de que el cuerpo de Howard está sobre el suyo. Le oprime el abdomen, en el que incontables agujas han dejado marcas casi invisibles, y le hace sentir una sensación desagradable e incómoda. En ese instante, su mente empieza a revivir los horrores vividos apenas unas horas antes. Da igual que cierre los ojos, porque la oscuridad es la misma. Le da por pensar que el cuerpo del jefe de recursos humanos está sobre él descomponiéndose. La carne degradándose puede atraer numerosos animales.

No sabe con exactitud dónde puede estar situado aquel sitio. Cada vez se halla más convencido de que es un matadero. Puede estar en una zona boscosa, con animales salvajes. Si es así, no quiere ni pensar

en las implicaciones que eso conlleva. ¿Y si la puerta no está cerrada? ¿Y si los lobos, por ejemplo, pueden entrar?

Otra vez siente una sensación angustiosa que se derrama.

La impotencia, a la par que la repugnancia por el olor a descomposición que ya empieza a desprender levemente el cadáver, lo dominan. Y otra vez su amigo el miedo le recorre los vasos sanguíneos sin dejar de visitar ningún rincón de su cuerpo.

Entonces vuelve a ser consciente de ese ruido. El que ha oído al principio. Le han distraído sus pensamientos. Pero ahora capta nuevamente su atención. Está seguro de que ya lo ha escuchado más veces. Y no ha pasado nada. No hay motivos para asustarse, porque hasta aquel momento, ha quedado en eso, un sonido que atormenta pero que habita un espacio diferente.

Mundos paralelos.

Realidades que no convergen.

Pero no esta vez.

Está tan agotado, que no quiere pensar. Sólo quiere abandonarse, llegar a un estado en el que deje de sentir. En el que el miedo no sea tal y el dolor deje de doler. En el que la espesa realidad que le rodea desaparece. En el que la muerte lo libere de aquella cárcel.

Pero ese ejército de pequeños seres que se acercan acaban por sacarle de sus ensoñaciones. Hasta aquel instante, ha estado convencido de que corrían por las tuberías. Pero ya no. Porque ahora reconoce ese musitar y lo percibe mucho más próximo.

◆◆◆

—Hay que terminar con esto de una vez. Creo que ya hemos sobrepasado el límite varias veces.

—Eso no lo vas a decidir tú. Ya no. Deberías haberlo pensado mucho antes. Me habéis invitado a la fiesta y pienso quedarme hasta que yo la dé por finalizada. Ahora más vale que te centres en hacer tu parte —contesta Jayden de forma tosca y amenazadora.

Sin embargo, Sylvan no se amilana. Ha pasado esa vuelta en la que ya no se reconoce a sí mismo y le asusta la persona en la que se ha convertido, capaz de dañar a otro ser humano por una bajeza como la venganza.

—Sólo digo que no es necesario. El mensaje ya es claro. Y lo que le queda por delante es ya un castigo superlativo.

—¿A qué te refieres con lo que le queda por delante? —pregunta Dustin entonces.

—¿A qué me voy a referir? Vivir en ese estado es una auténtica tortura. Es prácticamente imposible que se consiga revertir el síndrome.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta mientras les estudia con

detenimiento—. No vamos a dejarle con vida. No podemos dejar ese cabo suelto. No vamos a dejar ningún hilo del que exista la mínima posibilidad de tirar, eso tiene que quedar claro.

Sylvan se queda estupefacto. No es que no lo supiera, sino que tenía la esperanza de que aquello no terminara tan mal. Y tampoco se le escapa la amenaza clara que ha colado entre sus palabras.

—Y, evidentemente, si tenemos la mínima sensación de que alguno de nosotros se va a ir de la lengua o puede convertirse en un problema, te aseguro que va a seguir el mismo camino que el bueno de Christopher, ¿estamos? —le dice Jayden eliminando la menor duda al respecto, mientras aproxima sus más de cien kilos y su metro noventa hasta él.

La amenaza es de todo menos velada. Es un hecho.

Sylvan traga saliva.

Sabía con qué tipos se la jugaba. Esto sólo es una constatación más.

—Deja al chaval —dice Dustin—. No hace falta ponerse en plan matón con él. Yo se lo explicaré para que lo entienda, ¿vale?

Le pone una mano en el pecho a Jayden y le empuja levemente para que se aleje del joven Brown. Le está intimidando y no considera necesaria esa vuelta de tuerca. Podría cometer alguna estupidez, como acudir a la policía o algo similar. No se lo pueden permitir.

Entonces se pone las manos en las caderas, sujetando los dedos en las trabillas de los vaqueros. Coge aire, dotando a la situación de cierto suspense, y le clava los ojos.

—Chaval, ya sabías cómo iba a acabar esto. Tú nos diste las herramientas perfectas para llevarlo a cabo, para devolverle el dolor causado multiplicado por diez. Has estado al tanto de todo, de una forma u otra. No puedes hacerte ahora el sorprendido ni el cándido. Se ha hecho justicia. Punto.

—¿Justicia? ¿De veras te parece que hacerle todo lo que le hemos estado haciendo es justicia? ¡Joder, nos hemos pasado de la raya! —termina gritando y hecho un flan al ser consciente de lo que ha desencadenado. En realidad, aunque quiera convencerse de lo contrario, no es tan diferente de ellos.

—Supongo que no le has contado nada a la pelirroja, ¿no? Porque es guapa, tiene labia y estoy seguro de que te ha tratado de seducir para sacarte la información.

—No he dicho nada, no soy idiota.

—Ni se lo vas a decir. Si lo haces, si nos enteramos de que le dices algo, correrá la misma suerte que él. ¿Estás preparado para cargar con más víctimas sobre tu conciencia?

Capítulo 30
entonces

“Lo preocupante no es la perversidad de los malvados sino la indiferencia de los buenos”.

- Martin Luther King

Al día siguiente, se desplazaron hasta el condado de Sussex. Lo primero que habían tratado de hacer aquella jornada era quedar con el casero para ver el piso en el que había vivido Christopher por si encontraban algún indicio o información relevante. Sin embargo, éste no estaba muy por la labor, al menos en un principio.

Después de una larga y extenuante conversación, habían logrado que accediera, en gran parte debido a que Anderson no le había pagado la liquidación que habían acordado. De ese modo, cuando regresaran del condado de Sussex, si no era demasiado tarde y lograban convenir una hora con el arrendador, entonces sí pasarían a echar un vistazo.

—Creo que ya no hay duda de que el tío se ha pirado, Wynona. El problema es averiguar dónde ha ido. Y no creo que en esta localidad nos vayan a decir algo que no sepamos. Habría sido muy estúpido si se deja ver otra vez por aquí.

—Estoy de acuerdo, pero no me apetece quedarme esperando en la oficina a que el capullo del casero nos quiera abrir la puerta, sobre todo porque hasta esta tarde no vamos a poder. No está de más hablar con la gente de aquí. Estoy segura de que estarán deseando despotricar después de haberles timado tan descaradamente.

—Bueno, ya tienen una abogada y un flamante bufete detrás para eso. Este caso está atrayendo mucha atención. Hemos llegado un poco tarde a la fiesta, por cierto.

—Pero, aún así, aunque el baile lleve ya varias piezas, hemos llegado antes de que enciendan las luces.

—En eso no te voy a quitar la razón. Así que, bueno, si te empeñas, supongo que tampoco perdemos nada por ir. ¿Por dónde quieres empezar? ¿Por la fábrica o prefieres visitar a los vecinos en sus viviendas?

—Me gustaría pasar primero por la empresa. Y, después, me parece que sería una buena idea visitar a la viuda y al hijo de Michael Brown.

Cuando llegaron, aún era bastante temprano. Decidieron pasar a tomar un café en uno de los bares que estaba más próximo a la fábrica

de textiles. Con un poco de suerte, lograrían algo de información a través de la charla informal, cosa que es más frecuente de lo que uno se puede imaginar.

Y así fue. Al parecer y según lo que les relataron, Christopher se había reunido allí varias veces con dos hombres importantes de la empresa. Por un lado, con Sean Harris, CEO de la compañía, y con un tal Howard Gilson, quien estaba casi seguro de que pertenecía al departamento de Recursos Humanos de la empresa.

—Me dio la impresión de que tramaban algo, pero bueno, podría ser cualquier cosa —comentó el dueño del bar.

En efecto, podría ser cualquier cosa y, a toro pasado, todo parece sospechoso. De todos modos, si estuviera en lo cierto, tal vez habían encontrado una forma de sacar tajada los tres. La codicia es lo que tiene, que es contagiosa como una enfermedad vírica.

Se dirigieron a la recepción de la fábrica. La mujer que estaba al frente no parecía estar por la labor de ponérselo fácil. Debía haber pasado de largo los cincuenta y cumplía con el estereotipo habitual de empresa a la que le gusta tener al frente de la recepción a una mujer y no a un hombre. ¿Casualidad? Tal vez. En todo caso, no sospechaban que, en realidad, iba a ser la persona más colaboradora que iban a encontrar allí.

—Ya les he dicho que para hablar con el señor Harris tienen que concertar primero una cita porque es un hombre muy ocupado. No creo que sea algo tan descabellado —dijo con evidente crispación.

—No, en efecto. Tiene usted razón —señaló Wynona—. Comprendo que es un hombre ocupado, pero esto es importante. Seguro que ya ha oído hablar del caso de la denuncia a Stars Health por parte de muchos de los trabajadores de esta empresa.

—No veo dónde está la relación.

—Quizás no la haya, pero tal vez su jefe sepa algo que nos pueda ayudar a encontrar a Christopher Anderson, el vendedor de las pólizas fraudulentas que engañó a tanta gente, puede que incluso a usted misma.

Bingo. Era otra de las víctimas. Su expresión no dejaba rastro de duda. Era momento de atacar un poco más. Había que aprovechar la rabia que mostraba la patita por debajo de la mesa para tirarle de la lengua. No obstante, no obtendrían el efecto deseado, aunque sí conseguirían algo inesperado.

—Tenemos motivos para pensar que el señor Harris contribuyó a ese engaño.

—Lo siento, no puedo ayudarles.

—¿Y podríamos hablar con Howard Gilson, al menos? —preguntó Tyrell.

—Eso sí que va a ser imposible. Lleva un par de días sin venir y

nadie sabe dónde está.

Aquello les pilló por sorpresa. Debía estar metido en el ajo si había desaparecido sin dejar rastro. El Jefe del Departamento de Recursos Humanos no deja de ir a trabajar sin más, salvo que esté huyendo de algo o de alguien.

Ante la sugerencia de hablar con algunos de los trabajadores, ahí encontraron otro muro difícil de derribar. Estaban en su turno y no se les podía molestar. Tendrían que esperar a que salieran.

Y eso hicieron.

Capítulo 31

antes

“Hay dentro de ti un pequeño fuego que quema; aunque sea pequeño, aunque esté escondido”.

- Cormac McCarthy

Sylvan no había sido capaz de calcular la violencia que cabe dentro del ser humano. Según sus planes, según lo que había imaginado en su cabeza, debería haber sido más fácil. El ánimo de venganza lo tenía dentro, eso era innegable. Sin embargo, pensaba que toda esa ira contenida lograría canalizarla logrando que los responsables de aquella estafa pagaran por lo que habían hecho. Pero dentro de aquella idea, no se encontraba la violencia.

Al menos, al principio.

No obstante, no podía negarse que muy pronto descubrió que las ansias de redimirse por aquello en algunos de los compañeros de su padre, iban mucho más allá de una compensación económica y de que los responsables, a ser posible, terminaran en la cárcel. Vio con claridad la sed de sangre y, hubo un momento, en el que hasta le pareció bien.

Pero ya no. Ahora era consciente de que se habían excedido y de que él les había facilitado unas herramientas inigualables para un tipo de tortura que era absolutamente inhumana.

◆◆◆

Dustin fue la cabeza pensante, el organizador, el planificador de cada paso que hubo que dar en ese oscuro plan. Arnette se convirtió en la facilitadora, la que proporcionaría los recursos y la que lograría adeptos en el pueblo, la que arrancaría almas y corazones con palabras henchidas por el odio para que todos y cada uno de ellos entendieran los motivos y se los grabasen a fuego. Jayden, por su parte, se convirtió en el solícito brazo ejecutor.

Dustin Clement conocía la naturaleza sádica y violenta de Jayden. Sabía que le iba a proporcionar un medio de disfrute, de dar rienda suelta a todos los demonios que flotaban en una curiosa armonía en su interior. Demonios que no se molestaban entre sí, que eran bien acogidos por él y a los que le gustaba alimentar con sangre fresca.

Él fue el encargado principalmente de vigilar los movimientos de Christopher Anderson. Podía parecer un tipo básico y simplón. Sin

embargo, aunque no fuera el más inteligente de la ciudad, tampoco tenía ni un pelo de tonto. Dustin sabía a ciencia cierta que haría muy bien su trabajo. Y no se equivocó. Más bien, se quedó muy corto en sus expectativas.

—Va a ser pan comido. Cada mañana su coche sale aproximadamente a la misma hora. No le he seguido cuando abandona el edificio y me importa poco hacia dónde se dirige, porque tengo claro que el mejor modo de atraparle es en su apartamento. Estaré esperándole en su planta. En el rellano, es fácil esconderse donde están las escaleras. Incluso un gigantón como yo puede ocultarse y no ser visto. Ya lo he probado de hecho.

—Muy bien. Me encanta que hagas tan bien tu trabajo —señaló Dustin.

—Claro, ¿qué te pensabas? ¿Que sólo soy un par de puños? —preguntó, mientras emulaba un golpe de boxeo que a Dustin pilló por sorpresa—. Menos mal que sigues bien de reflejos y que no tenía intención de hacerte daño, flacucho, porque podría haberte noqueado de un solo golpe.

—Ya lo sé.

—Como iba diciendo. Lo atrapo justo antes de que salga de su apartamento. Lo dejo noqueado dentro. Y luego lo bajo al garaje y lo meto en su coche. Me aseguraré de que no haya nadie en el pasillo, tranquilo.

—Estoy tranquilo.

—No lo parecía, Dustin. Tu cara decía que temes que alguien pueda verme en el rellano de la planta donde vive. Sabes que no soy de dejar cabos sueltos.

—Lo sé.

Y eso era casi lo que más le preocupaba, que pudiera haber víctimas no previstas.

Capítulo 32
después

“El verdadero dolor es el que se sufre sin testigos”.

- Marco Valerio Marcial

El tiempo parece eterno durante la agonía. Se elonga hasta hacerse infinito, se estira como si estuviera dotado de una elasticidad sobrenatural. Y eso es lo que siente precisamente Christopher, que el segundero no avanza, que todo está congelado, que en ese lugar se ha trasladado a una realidad alterada en el universo en el que el tiempo como tal adquiere una nueva dimensión.

Tiene la impresión de que ese ejército de dientes diminutos cada vez está más cerca, pero es incapaz de calcular cuánto, puesto que apenas es consciente de la superficie que tiene la estancia, salvo por lo que pudo ver cuando el gigante torturó, mutiló y asesinó salvajemente a Howard.

Pero fue sólo una visión parcial.

Por un instante, desea que entre alguien, porque si son lo que él cree, el dolor puede ser muy intenso. Insoportable. Y no sólo el dolor, también el asco. Pero, ¿es verdaderamente una alternativa? ¿Qué es peor, en realidad? ¿Un ejército de ratas o un hombre ávido de sangre?

Aún siendo consciente de que es incapaz de moverse, de que está encadenado aunque sus grilletes son invisibles, de que está dentro de una jaula que no tiene barrotes, de que es un preso sin celda, aún siendo consciente de todo eso, trata de moverse, de hacer un intento más. Se deja vencer por la esperanza de un posible estado reversible, de que todo es una pesadilla de la que, con voluntad, logrará salir y despertar.

Pero todo es inútil.

Su estado de cautiverio es definitivo, aunque no lo quiera asumir.

Y la esperanza hunde un poco más sus raíces, tratando de vencer al miedo, intentando convencerle de que no podrán subir hasta él, porque la camilla es de acero y se resbalarán al intentar subir por una estructura deslizante.

Eso es.

Está a salvo.

Se convence.

Se autoengaña.

Y disfruta de unos segundos de falsa placidez, porque cuando todo

se derrumba, cuando el sufrimiento es la única realidad que se conoce, una pequeña posibilidad se convierte en el mayor de los regalos.

Una prórroga en medio del desastre.

Entonces, por un hueco de su consciencia se cuela la imagen del jefe de recursos humanos con la cabeza destrozada sobre su abdomen. Sus pies, supone, bien unidos al suelo, como una rampa de acceso hacia su cuerpo semidesnudo, como una macabra invitación a un festín de carne fresca.

Empiezan a trepar. Cree que ya hay alguna en la camilla. Aún quiere tener la esperanza de que son ratones y no ratas, pero sabe que le han reservado lo peor. Empieza a notar como le rodean, como le hacen cosquillas con su pelo. Un grito sube por su garganta cuando nota que algo se mueve sobre él. Un grito que queda en nada, porque ni uno sólo de sus músculos está dispuesto a cooperar. Un gruñido casi cómico. Una parodia de lo que un día fue su voz. Las tiene por todo el cuerpo. Y sabe que no tardarán en empezar a morderle.

El dolor se siente en distintas fases. Primero cuando lo anticipamos. Segundo, cuando se produce. Tercero, cuando nos devora. El cosquilleo de todas esas patas que empiezan a moverse encima de él y a su alrededor, son el preludio de lo que está por venir.

El *impasse* hasta que llega el primer mordisco, convierte los segundos en minutos, porque son segundos agónicos. La mente de Christopher está nublada, no puede pensar, porque el pánico colapsa sus neuronas. Tal vez, sólo tal vez, si se hubiera mostrado tranquilo, si hubiera permanecido sereno, si el terror no se hubiera convertido en el dueño y señor de su sistema nervioso, su hipófisis no habría ordenado a la glándula suprarrenal que segregase la hormona del estrés y las ratas se habrían centrado en morder la carne aún casi fresca del cadáver que yace sobre él.

Pero no lo ha podido controlar y las ha atraído hacia él.

Porque, efectivamente, el miedo se nota.

El miedo se siente.

El miedo se palpa.

Y el miedo se huele.

◆◆◆

Se han ido dejando tras ellas un reguero de sangre y carne mordida. Siento escalofríos que me recorren de pies a cabeza. Tal vez tengo fiebre. ¿Y qué más da? Está fuera de mi alcance poner algún tipo de remedio. Estoy abandonado a mi suerte o, mejor dicho, a mi mala suerte.

Mi vida ha dejado de existir. La muerte es mi única esperanza. La única forma de liberarme. Ahora sabré cuando se acerca una nueva tortura, porque no hay fronteras que las detenga. Ya he aprendido a

detectarlas. El musitar de los roedores se ha convertido en un recuerdo imborrable, una señal de alarma que pondrá todo mi cuerpo en alerta. Lo sabré la próxima vez que se acerquen, si hay una próxima vez, si no desfallezco antes. Ojalá. Será un nuevo capítulo en esta mazmorra del dolor, una rueda infinita que parece girar de manera indefinida conduciéndome siempre a un mismo destino.

Sólo me queda llorar. Mis ojos se vacían. Las lágrimas buscan ser un desahogo que no hallo porque es inviable encontrarlo. Únicamente constituyen una fuga de algo inservible, porque llorar no me basta. ¿Cómo es posible que aún no haya enloquecido? Ni siquiera la fortuna me regala la oportunidad de perder la cabeza, de dejar de ser consciente de todo lo que me pasa.

Soy una mala persona. Soy egocéntrico y egoísta. He buscado siempre mi beneficio. He engañado a sabiendas. Lo sé. Sé que he hecho cosas terribles pero, aun así, estoy convencido de que no me merezco esto. Nadie merece un castigo tan cruel. Es desproporcionado.

¿Cuánto más va a durar?

Capítulo 33
entonces

“Es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras”.

- William Shakespeare

Después de tantas horas de espera, se encontraron con un silencio demoledor y malos gestos. Ninguno de los trabajadores con los que trataron de hablar mostró ni el menor interés en dirigirse a ellos. Era como si no estuvieran allí, como si no existieran o fueran invisibles. Daba igual que insistieran en que trataban de averiguar dónde se encontraba Christopher Anderson para que diera la cara y pagase por lo que les había hecho.

Era como si el tema no fuera con ellos.

Supusieron que, lo que provocaba que mostrasen tal hostilidad y resistencia, era el hecho de que, al fin y al cabo, Wynona y Tyrell trabajaban para Stars Health, la empresa a la que habían demandado. Si era la aseguradora la que les pagaba la nómina, tal vez les costase creer que estaban ahí para ayudarles. También era algo razonable.

Lo verdaderamente imposible era imaginar los verdaderos motivos para ese muro de silencio.

No obstante, Wynona no era de las que se rendía y, aunque Tyrell era de carácter afable, ese tipo de cosas le hacía hervir la sangre y sacaba de él un carácter que era difícil apreciar en otras ocasiones.

—Muy bien —comenzó a decir Ty—, ¿sabes qué haremos, Wynona? Vamos a ir a sus casas. Vamos a visitar a todos ellos, ¿te enteras? Porque lo que sucede, es que aquí no quieren hablar porque los demás pueden verles y, ya sabes cómo funciona el qué dirán. Especialmente en una localidad pequeña como ésta.

La detective le miraba divertida. Su compañero tenía un gesto de determinación que no veía muy a menudo en él. Tenía el ceño fruncido, una forma añadida de demostrar una indignación muy real.

—¿Qué miras, Winnie?

—Que no me llames así.

—Pues tú deja de mirarme como si fuera un ser vivo prehistórico.

Ella se echó a reír. Ty continuaba con el gesto constreñido. No le pegaba nada.

—Me encanta cuando sacas ese carácter. Te pones muy sexy, Ty. Tal vez puedes usarlo como estrategia para ligar. Es más, me dan ganas hasta de tirarte los tejos, si no fuera porque sé que no te intereso lo

más mínimo.

—Eres muy graciosa, ¿te lo había dicho ya alguna vez?

—Muchas, gruñón. Venga va. Será mejor que empecemos a llamar puertas o se nos hará demasiado tarde.

◆◆◆

El resultado fue más que nefasto. Los pocos que se dignaban a abrirles la puerta, les recibían con un evidente gesto de hostilidad al que seguía un portazo de los que retumban y dejan un regusto amargo durante un buen rato. Ni siquiera consiguieron un hola. Desde luego, la buena educación no parecía ser la seña de identidad del lugar.

—Se me ha ocurrido que deberíamos ir a casa de los Brown —indicó la detective.

—Estás de broma, claro.

—No, lo digo muy en serio.

—No es por desconfiar de tus siempre maravillosas ideas —señaló con cierto sarcasmo—, pero si esta gente no se ha dignado ni a dirigirnos un hola, no sé por qué razón consideras que la viuda y el hijo van a ser más amables.

—Porque ellos empezaron todo. Y ellos son la verdadera cara visible en los medios, lo has visto igual que yo. Tal vez esta gente haya acordado que sean los únicos que hablen, que sean los portavoces.

Tyrell pareció sopesar lo que le había dicho su compañera.

—La verdad es que, ya que estamos aquí, no perdemos nada. Deberíamos llamar antes al casero, eso sí, no sea que perdamos también la oportunidad de ver el apartamento de Anderson.

—Me parece bien.

Mientras se dirigían en coche hacia la dirección de la casa de los Brown, lograron hablar con el arrendador del piso y, por fin, concretar una hora para echar un vistazo.

Llamaron a la puerta con pocas esperanzas.

Capítulo 34
después

“No quiero pensar porque no quiero que el dolor del corazón se una al dolor del pensamiento”.

- Emilio Castelar

Ha sido horrible. Es horrible. El dolor es continuo. Lacerante. No quiere pensar en la cantidad de mordeduras que recubren su cuerpo. Empieza a notar cada vez con más intensidad unos escalofríos desagradables, una sensación aún peor de lo que ya siente desde que está encerrado en aquel lugar y en aquel cuerpo. Eso le conduce a pensar en las enfermedades que transmiten las ratas, como si algo pudiese ser incluso peor que su circunstancia actual.

En otros momentos, hubiera creído que era imposible.

Después de lo vivido en los últimos ¿días? ¿semanas? No lo sabe precisar. Después de lo vivido recientemente, está convencido de que hasta aquello puede empeorar.

Y no tardará en hacerlo.

◆◆◆

Se acerca el final. Trato de convencerme de ello. Ya no quiero vivir. No merece la pena. ¿Para qué? ¿Para vivir atrapado dentro de mí? Es absurdo. Me da igual si alguien me está buscando o no. Ya estoy en el infierno. ¿Qué puede ser peor que esto? Nada.

Seguramente ya he empezado a enfermar. No sé si es una certeza o una esperanza. La cuestión es que tengo esa sensación extraña que uno siente cuando sabe que algo se está barruntando en su interior. Quiero convencerme de que mi cuerpo no podrá resistir mucho más.

Ojalá no resista nada más.

No debería hacerlo.

Las ratas se han ido. O eso creo. Al menos, es lo que quiero creer. No tengo la menor idea de hace cuánto tiempo. Sólo soy consciente de este dolor terrible que sube y baja por mi cuerpo, que late y que se agudiza en algunos momentos. Volverán. Ahora lo sé. Es una certeza insoslayable. Han encontrado una fuente de alimento. Ya conocen el camino. Ahora ya nada se lo impide. Cuando vuelvan a sentir hambre, sabrán dónde tienen que acudir.

Siento un sudor frío pero, a veces, siento mucho calor. Tal vez tengo fiebre. Sí, debe ser eso. Noto un malestar general. Empiezo a sentir

otra vez una náusea desagradable. ¿Y si llego a vomitar? Me ahogaría, estoy seguro. Ese final sería horroroso. Debo lograr reprimirla. No quiero irme ahogado en mi propio vómito. He llegado a un punto en el que ya sólo pido morir con un mínimo de dignidad.

Me concentro en un punto del techo. Trato de fijar allí mi atención para así alejarla de mi estómago y de este malestar que me recorre de pies a cabeza. Intento vanamente evadirme de este olor que empieza a ser nauseabundo. Y cuando casi lo consigo, veo ahí algo alarmante. Son unas sombras extrañas. Se mueven desacompasadas. Parece que oscilan pero, a la vez, algunas parecen reptar. A lo mejor son entes que vienen a buscarme desde el otro lado. Veo su danza siniestra sobre mi cabeza. Me dejo embrujar por su vaivén. Hasta que veo unos ojos rojos que me miran desde arriba.

Me asusto.

Me entra el pánico.

¿Qué puede ser? ¿Qué tipo de bicho tiene el iris rojo?¿Cómo puedo verlos si apenas hay luz? Puede que sean unos ojos luminosos. Puede que sean los ojos de un fantasma. Puede que sea una criatura sobrenatural.

O puede que me haya vuelto loco.

¡¡¡¡¡Nooooo!!!!!

Algo me sujeta la cabeza. La está apretando con fuerza. Me aprieta a la altura de las sienes. Noto una presión insoportable. Parece que mi cráneo se empequeñece por momentos.

Vuelve todo de golpe: el dolor, las náuseas, los escalofríos y esta presión que hace que note que la cabeza me va a explotar.

Y entonces la compresión sobre mi cráneo cede de golpe. Y encima de mis ojos aparece la cara del gigante monstruoso.

Está muy cerca.

Su nariz casi roza la mía.

¿En qué habrá pensado esta vez?

◆◆◆

—¿Me echabas de menos? —pregunta Jayden a escasos centímetros de la cara de Christopher—. Yo a ti sí. Los demás no saben que he venido. Pero es que no me resisto a este entretenimiento.

Sus ojos están clavados en los de Christopher. Son unos ojos de mirada sucia y vidriosa. Debe haber estado bebiendo. Tal vez, incluso, se haya metido un chute de algo. Las pupilas parecen dilatadas, como agujeros negros que quieren devorarle. Todo en aquel demonio es aplastantemente desagradable.

—He estado pensando mucho en mi querido pedazo de carne con ojos. Se me ha ocurrido que nos lo podíamos pasar bien tú y yo. Así que te he preparado una sorpresa. Va a ser una fiesta, una que no

olvidarás. He traído hasta unas luces especiales, como de discoteca. La ambientación es importante, querido Christopher. Ahora lo vas a ver.

◆◆◆

Jayden sabe que Dustin lo desaprueba. Se lo dejó bien claro cuando apareció con el jefe del departamento de Recursos Humanos. Era una víctima adicional que no entraba en los planes.

—¿Y qué más da? Yo hago las cosas a mi manera, ya lo sabes.

—Claro que lo sé. Pero no debemos correr riesgos innecesarios. Ya es bastante arriesgado que mantengamos secuestrado a un hombre durante tanto tiempo. Tienes entretenimiento de sobra, ¿no crees?

—Déjame que yo lo decida.

Dustin no podía entender que a su colega le gustaba matar, pero también se divertía cazando. Cuando vigiló a Christopher Anderson, disfrutó del asedio, de la vigilancia. Se deleitó en la anticipación del momento en el que le sorprendería, aturdido, indefenso.

Necesitaba repetirlo.

Necesitaba ampliar los horizontes del terror.

Cazar a Howard Gilson fue sencillo. Había oído su nombre casi por casualidad en una conversación entre Dustin y Arnette. Tal vez no tuviera mucho que ver con aquel lío, pero no perdía nada por invitarle a la fiesta. El caso es que lo habían citado cuando hablaban. Para él era motivo suficiente. Sospechaban que podía haber facilitado datos personales a Anderson, tal y como habían comentado los del bufete que llevaban la demanda.

Era un hombre bastante anodino, con una vida rutinaria. No suponía un gran desafío, pero pensaba disfrutarlo igual. Abandonaba su puesto de trabajo cada día más o menos a la misma hora. Solían quedar pocos coches en el aparcamiento. La oscuridad era otro ingrediente que favorecía una caza limpia y sin testigos.

Jayden se aseguró de que no había cámaras ni en el aparcamiento ni en los alrededores. ¿Para qué si allí nunca pasaba nada? Antes de que saliera, forzó la cerradura del coche de Gilson, se metió en él y le esperó agazapado en el asiento trasero. Lo demás fue pan comido.

Se lo llevó al matadero, el cual tenía algunas salas anexas además de la que alojaba a su huésped especial, y pasó un buen rato con él haciéndole pasar por su saco de boxeo. Hasta que llegó el momento de compartirlo con el mundo.

Dustin se mostró muy descontento, pero Jayden le hizo una demostración de poder clara y evidente. Haría lo que quisiera sin consultarle. Y por ello, para eliminar cualquier resquicio de dudas, le obligó a sujetarle mientras interpretaba los compases finales de una muerte anunciada plena de sadismo.

La sangre llama a la sangre.

Jayden había pensado en algo más.

Capítulo 35
después

"Tres podrían guardar un secreto si dos de ellos hubieran muerto".

- Benjamin Franklin

Les abrió la puerta una mujer. Les invitó a pasar. El ambiente en el hogar era cálido, agradable. Observaron que había muchas fotos familiares tanto en la entrada, como en la sala de estar a la que les invitó a entrar y tomar asiento. Les sirvió una limonada recién exprimida, con el punto exacto de azúcar. A ambos les pareció que estaba deliciosa.

La señora Brown tenía un rostro agradable, a pesar de que el sufrimiento había dejado una huella clara de su paso. Sus ojos reflejaban bondad y paciencia. Desde luego, era la única que les había mostrado un mínimo de amabilidad desde que llegaron a aquel lugar.

Les dijo que su hijo no tardaría demasiado en llegar y les conminó a que le esperasen porque él conocía todos los detalles. No obstante, ella estaba deseando compartir su opinión acerca de todo lo que estaba sucediendo allí. Necesitaba expresarlo en voz alta.

Parecía una buena mujer. La historia que les relató acerca del engaño que habían padecido y de la forma en la que había muerto el marido conmovió tanto a Tyrell como a Wynona. Aun así, a pesar de la dureza de lo que estaba contando, consiguió narrarles su relato sin flaquear, sin soltar una lágrima. Ambos supusieron que, posiblemente, ya había derramado demasiadas.

—No pretendo darles pena. No me malinterpreten. Sólo quiero que conozcan toda la historia. Es deleznable, es mezquino y es una vileza. Todo eso es cierto. Pero lo que está sucediendo en este pueblo… Creo que se ha ido de las manos. Yo no estoy de acuerdo, pero no puedo hacer nada. Si mi hijo se entera de que estoy contándoles esto ahora mismo, estoy segura de que se enfadaría. Él es un buen chico. Y lo está pasando mal porque todo se ha desmadrado. Por eso, me gustaría que hablaran con él, que le inviten a que les cuente lo que sucede.

—Lo siento, señora Brown, pero no sabemos muy bien a qué se refiere.

—A que el juicio no es la única forma de ajustar cuentas que han encontrado.

◆◆◆

No lograron sacar nada más en claro. La señora Brown no añadió más a aquel mensaje tan críptico. Les pidió que esperasen a Sylvan en el salón, casi se lo imploró, como si aquello fuese decisivo para resolver su investigación. No tardaría demasiado en llegar, estaba convencida de ello.

—Siento abusar de su tiempo, pero creo que de verdad es importante que hablen con él. Y ahora, si me disculpan, tengo cosas que hacer.

Ella tenía que atender al pequeño. No podía descuidarse y quitarle ojo. Aquel niño era incapaz de percibir ningún tipo de riesgo, debido a la inmadurez tan acusada de su lóbulo prefrontal. Necesitaba la supervisión continua de un adulto. Y ya lo había dejado demasiado tiempo a solas.

—¿Qué opinas? —le preguntó Wynona a Tyrell.

—No sé ni qué pensar. Este pueblo está lleno de pirados, eso es lo que creo.

—¿Esas son todas tus conclusiones? Pues no me sirven de mucho, Ty.

—Empieza por decirme lo que tú crees.

—No sé. Tal vez el tal Sylvan sepa algo sobre dónde está Christopher, ¿no? ¿Y si ha hecho un trato con él? El tío debía ser bueno negociando, al menos es a la conclusión que ya habíamos llegado. A lo mejor, ha convencido al hijo de los Brown para que le dé parte del dinero que consigan en el juicio a cambio de información.

—¿Y crees que eso lo vería mal la madre? Es evidente que necesitan pasta. Desde luego, sobrados no van o, eso parece.

—Bueno, puede que sea una mujer muy fiel a sus valores y no quiera que su hijo se meta en cosas turbias.

—Es posible.

—Aun así, ha dicho que el juicio no es el único modo que han encontrado de ajustar cuentas. Debe referirse a otra cosa.

En ese momento, se oyó la puerta de la entrada. Ambos se pusieron de pie de forma casi instintiva.

—Mamá, ya estoy en casa —señaló una voz en un tono suficientemente alto para que cualquier persona dentro de la casa pudiera escucharle.

Se oyeron a continuación unos pasos que se dirigían a la entrada y unos cuchicheos. Supusieron que la señora Brown le estaba diciendo que le esperaban en el salón. Por lo poco que pudieron escuchar, no parecía que le hiciese ilusión precisamente.

Entró en la sala de estar donde aguardaban la detective y su ayudante. Les miró alternativamente con una mirada inquieta, nerviosa. La cara del joven era un poema. La rigidez de sus músculos

faciales era tan evidente, que Wynona enseguida se dio cuenta de que ahí pasaba algo. Tal vez, sus sospechas tuvieran algo de fundamento, al fin y al cabo.

—Éste es mi hijo Sylvan —dijo la señora Brown—. Creo que es buena idea que conversen con él y les cuente todo lo que sepa.

—Mamá, ¿qué estás haciendo? —preguntó él, mirándola con estupefacción. En realidad, no había dicho nada comprometedor, pero la culpa y el miedo que sentía el joven hablaban por sí mismos.

—Nada, cariño. Sólo creo que es importante que hables con ellos. Esto lo hago por tu bien.

Después de pronunciar esas palabras, la señora Brown les dejó a solas con su hijo. Wynona y Tyrell le tendieron la mano para presentarse.

—Hola, Sylvan. Soy la detective Wynona Wrangler y este es mi compañero Tyrell Swanson. Nos ha contratado la compañía Stars Health para buscar a Christopher Anderson, uno de sus trabajadores que estuvo vendiendo unas pólizas en esta zona. Según parece, ha desaparecido. Debido a las recientes denuncias que habéis interpuesto contra la compañía y contra él, nos ha parecido interesante recabar información acerca del contacto que tuvisteis en su momento con el señor Anderson.

—Cualquier dato puede ser de relevancia en casos como éste —apostilló Tyrell.

—Yo no sé nada. No entiendo por qué han venido a hablar con nosotros.

—Tu madre está convencida de que, tal vez, tengas información que nos puede ser útil.

—Mi madre se equivoca.

Wynona le clavó sus ojos color violeta. Las respuestas del joven eran todas escuetas y cortantes. Sus gestos hablaban alto y claro, además. Era evidente que ocultaba algo.

Pero no sólo eso.

Juraría que sentía miedo.

—Mira, Sylvan, puedes estar seguro de que lo que nos digas será confidencial.

—¿Confidencial? Y una mierda. No soy estúpido. Trabajan para el demandado y vamos a meterles un puro de varios cientos de millones de dólares. Así que no, disculpen si no me creo que lo que les cuente será confidencial.

—Te lo estoy diciendo en serio. Sólo quiero encontrar a Anderson. Es por lo único que nos pagan. Una vez demos con él, nuestro trabajo quedará finiquitado.

Sylvan desvió en ese momento la mirada, apretando las mandíbulas. Ya no tenía duda. Sabía algo. Por un momento, le dio la impresión de

que estaba a punto de derrumbarse. Daba la sensación de que estaba soportando mucha presión. Pero, tal vez, sólo fuera una apreciación suya sin fundamento.

—Escúchame, por favor —continuó Wynona, acercándose ligeramente a él—, puede que me haya contratado la empresa a la que habéis demandado, pero yo estoy de parte de las personas, no de las grandes empresas, ¿de acuerdo?

Se miraron directamente a los ojos. Daba la impresión de que el joven estaba a punto de decir algo. Sus labios se entreabrieron ligeramente. Wynona le prestaba toda su atención. Y después… Después nada. Estaba segura de que había faltado poco. Pero se arrepintió en el último segundo.

Tuvo la impresión de que era una buena persona cargando con un peso excesivo para él. Pero no sabría precisar a qué respondía esa intuición. Tal vez fue la forma de mirarla, tal vez el rictus severo, los hombros un tanto contraídos también.

—Yo… —comenzó a decir—. Yo no sé nada.

Entonces la detective decidió tirar un órdago a ver qué pasaba. Ya no había mucho más que perder. Con aquella visita, habían quemado todos los cartuchos allí.

—Muy bien. Tengo dos teorías, Sylvan. Y quiero que queden claras desde ahora, porque voy a llegar hasta el final de esta investigación. Por un lado, creo que sabes dónde está Christopher Anderson porque puede que hayáis llegado a algún tipo de acuerdo en el que ambos os beneficiéis de lo que saquéis en el juicio —señaló sin quitarle ojo mientras pronunciaba aquellas palabras.

No hubo reacción alguna. No detectó micro gestos. Recordó lo aprendido en un curso sobre micro expresión facial que hizo unos años atrás. Al igual que lo que contaban en sendos libros, uno del famoso Paul Eckman y otro de Julián Gabarre, otro autor español menos conocido en Estados Unidos pero que sin duda le pareció muy revelador. No había habido ningún cambio visible en su rostro. Así que decidió tirar por la teoría más loca que no había ni compartido con su compañero, entre otras cosas porque se le acababa de ocurrir a raíz de la insinuación que había hecho la madre unos minutos antes.

—Por otro lado, sospecho que le habéis asesinado y tú sabes dónde se encuentra el cadáver.

Tyrell se giró bruscamente hacia ella. ¿De dónde se había sacado esa idea? Le pareció que había dado un salto muy brusco en su teoría desde lo último que habían comentado.

Wynona observó con detenimiento cada mínima expresión que se formó en la cara del joven. Había dado en el clavo en algún punto, aunque no sabía en cuál. Él apartó rápidamente la mirada de ella.

—¿Dónde está?

—Le digo que no sé nada.

—No me trates de usted, que somos casi de la misma edad. Repito, ¿dónde está?

Él apretó los puños. Su boca estaba contraída en una mueca imposible. Su cuerpo estaba tenso. Las venas de su cuello parecían inflamarse por momentos.

—No sé nada. Y ahora, les ruego que se marchen.

Se quedó observándole unos minutos más. Sabía que no iba a decir ni una palabra pero, aun así, le apetecía forzar un poco más la situación por si lograba doblegarlo. Él mantuvo en todo momento la mirada enfocada hacia la puerta, indicando con meridiana claridad que estaba deseando que se largaran. Su respiración era corta y rápida. Otra seña confirmatoria de que había pinchado en hueso.

Antes de irse, Wynona se acercó a decirle algo muy cerca. Él tragó saliva. Era una chica con una belleza particular. En otras circunstancias, podría haberse enamorado de ella.

—Sylvan, creo sinceramente que eres una buena persona. Si te sirve de consuelo, todos tenemos demonios dentro. No eres el único.

Capítulo 36
después

“La crueldad, como cualquier otro vicio, no requiere ningún motivo para ser practicada, apenas oportunidad”.

- George Eliot

El espectáculo está a punto de comenzar. Tiene una sorpresa. Le ha preparado una fiesta. Eso es lo que le ha dicho antes de alejarse. Suena espeluznante. En ese contexto, una fiesta es justo la antítesis de lo que uno desea. Christopher se agita, imaginando todos los escenarios posibles que puede haber diseñado el gigante monstruoso. ¿Cómo puede albergar un solo hombre tanta inquina y crueldad?

Escucha sonidos metálicos. Su cerebro empieza a recrear en su mente todo tipo de artilugios que puede estar disponiendo para hacerle daño. Anticipa y sufre en esa anticipación. Recuerda lo que vio cuando le giraron para que contemplara la tortura y el asesinato del jefe del departamento de Recursos Humanos.

Había ganchos, sierras, cuchillos de diversa longitud y dimensión. Había pinchos, hachuelas, picadoras eléctricas, tijeras y cree recordar haber visto también varias poleas. Y, por supuesto, no puede olvidar la taladradora que usó con Howard. En su mente se recrea ese sonido persistente y grotesco, el ruido que te traspasa la carne cuando el taladro se hunde en el hueso. Y, todo ello, trae una nueva ráfaga de miedo y, al mismo tiempo, de asco, de una repugnancia llena de bilis.

Lo siguiente que escucha es un resoplido. Está haciendo algún esfuerzo porque su respiración se ha vuelto más animal y más feroz. Pero no es un resoplido, sino que parece más bien un rugido saliendo desde ese tórax inmenso. Lo repite en varias ocasiones, cada vez en una tonalidad más pavorosa que la anterior. Da la impresión de que está cargando con algo realmente pesado. Y otra vez se oye un rechinar de metales, un sonido de esos que producen dentera.

De pronto se apagan las luces. Hay apenas unos segundos de oscuridad. Esa negrura con el mastodonte en la habitación es una amenaza mayor de lo habitual. De pronto, se enciende una iluminación como de discoteca. Múltiples colores giran sobre él, en una danza que podría ser festiva en otro ambiente pero que, en ese escenario concreto, se torna siniestra. Entonces empieza a sonar muy alto una canción. Es un volumen exagerado, como todo en aquella situación.

Unos acordes inconfundibles se hacen dueños del lugar. Un grupo de notas magistralmente punteadas de una mítica canción, de esas pocas privilegiadas que son insensibles al paso del tiempo y no se diluyen con las modas. La inconfundible guitarra de Angus Young electriza cada poro de su piel. Ese *riff* inolvidable sólo al alcance de los grandes. Una batería que marca el ritmo, un ritmo mucho más armónico y acompasado que el de su corazón que, en ese momento, ha iniciado una carrera despavorida. La voz de Brian Johnson desgarra el aire.

Livin' easy.

Lovin' free.

Season ticket on a one way ride.

Esta última frase se convierte en una certeza, porque sabe que el viaje que ha emprendido desde que está en ese inhóspito lugar, es un viaje sin retorno.

Highway to Hell se convierte en la banda sonora de otro momento terrorífico. Puede que no sea el más violento, pero es una amenaza clara y diáfana. Es una declaración de intenciones. Es un maltrato psicológico evidente y obsceno. Toda la letra de la canción lo es. Jayden le transmite a través de la letra que nadie va a detenerle.

Hará con él lo que se le antoje.

Y Christopher casi se ríe de la ironía, porque es verdad, él se encuentra en su particular autopista hacia el infierno.

Por encima de la música se escucha la terrible voz de la bestia. Se nota que está disfrutando el momento. Es un animal ávido de sangre y sufrimiento. Se regodea con el dolor de otros y, en este caso, el otro no puede oponer la más mínima resistencia.

Christopher no lo puede ver desde su posición. Jayden está en mitad de la estancia con un mandil de carnicero. Hace como que toca una guitarra eléctrica. Imita el cómico y carismático movimiento que hizo único a Angus, ese modo de desplazarse por el escenario tan característico a pequeños saltos mientras toca su instrumento. Jayden se suelta la melena, baila como si realmente estuviera en un concierto de AC/DC. Lo está disfrutando. Se regodea. Sabe que la incertidumbre es otro tipo de tortura. Una realmente cruel. La canción continúa dejando todo en suspenso: el tiempo, la vida y la muerte. Christopher espera que llegue su momento, como lo hace un condenado a la silla eléctrica.

Se acerca el final de la melodía. Ese momento álgido. Y, de forma efectista, coincidiendo casi con los últimos segundos, se apaga la luz. Otra vez la oscuridad lo domina todo, una negrura abigarrada y tormentosa que anuncia que el desenlace está a punto de caer sobre él.

Casi literalmente.

Brian Johnson alarga ese último *I'm on the highway to hell* que

anuncia el final. Unos segundos finales agónicos en esas circunstancias. Lo que sea que va a pasar, está a punto de hacerlo.

Chris escucha ahora un sonido que recuerda al correr de las cortinas. Algo se desliza entre rieles. Parece algo pesado. Cada vez está más cerca. Ha partido del fondo de la estancia, desde donde está la puerta aproximadamente. Sigue su curso. Unos centímetros más. Parece que se está frenando. Al menos, va un poco más despacio. El sonido ha parado. Estaba arriba, en el techo. Está seguro. Se ha detenido muy cerca de la camilla sobre la que está tumbado Christopher. Algo cae sobre su frente, como una gota viscosa. Otra. Otra más. Una ahora cerca de su boca, una más sobre sus ojos. Entonces, se enciende la luz. Y lo que ve sobre él le corta hasta la respiración. Si pensaba que ya había perdido la capacidad de impresionarse, ahora sabe que eso no es verdad.

Jayden se ríe una vez más de esa manera que sólo puede hacerlo alguien excesivo y barroco. Es una risa esperpéntica sobrecargada de crueldad.

Desmesurada.

Con sus dedos índice y corazón de la mano derecha, extiende las gotas viscosas por las mejillas de Christopher. Éste ya tiene claro lo que es. Lo ha visto. Lo está viendo en ese preciso instante.

—¿Te ha gustado mi sorpresa? —le dice muy alto en el oído—. Espero que sí. Mi querido Christopher, te agradará saber que se acerca el final.

Y con esa última amenaza le deja sólo contemplando estupefacto lo que cuelga del techo sobre él.

Capítulo 37
después

“En algún sitio algo increíble espera ser descubierto.”

- Carl Sagan

La entrevista en la casa de los Brown ha encendido las alarmas. El órdago que ha lanzado Wynona casi por casualidad, ha resultado ser una mano ganadora, en el sentido de que ahora ya no tiene duda, ha acertado en algún punto, aunque aún está por definir.

Algo ocultan.

Van con el tiempo bastante justo para llegar a la hora a la que han quedado con el casero de Anderson. Pisan el acelerador y confían en que no les pare ninguna patrulla de camino. Ahora les parece una imperiosa necesidad visitar el apartamento en el que ha residido hasta hace poco. Puede que no hallen nada, o puede que allí esté la clave. En cualquier caso, no pueden dejarlo pasar.

Cuando llegan, lo hacen unos minutos tarde y el arrendador les pone mala cara. “Se nota que tiene malas pulgas el amigo”, piensa la detective. Cuando éste les cuenta que Anderson ni le ha devuelto la llave del piso ni le ha pagado lo que le debe, comprende un poco mejor su enfado y supone que todo lo relacionado con él le hará más bien poca gracia.

—Ese capullo es un estirado que va presumiendo de coche y de trajes caros, pero luego no se digna a pagarme la mensualidad que me debe.

—Bueno, precisamente por eso estamos aquí, para intentar localizarle. Creo que todos saldremos ganando cuando demos con él, de una forma u otra.

—Desde luego. Espero de veras que lo localicen.

—Gracias por su ayuda, señor Wilson —respondió Wynona.

—Sí, bueno. Espero que no tarden demasiado. Tengo ganas de irme a casa y estar tranquilo. Hoy he tenido un día de perros.

—Lamentamos oír eso. Seremos lo más rápidos que nos sea posible —apuntó Tyrell.

—Le avisaremos en cuanto hayamos terminado, no se preocupe —concluyó la detective, mientras empezaba ya a cerrar la puerta.

Empezaron a registrar el apartamento. Posiblemente, tendría contratado algún servicio de limpieza, puesto que la vivienda estaba impecable. Comprobaron las distintas estancias. En la cocina, no había

demasiada comida, pero nada indicaba que no habitara nadie en aquel piso, puesto que incluso había cosas en la nevera.

Por el contrario, los armarios del dormitorio principal estaban vacíos. No encontraron tampoco ningún dispositivo electrónico. Sin embargo, habían averiguado previamente que había cancelado su línea de teléfono y sus tarjetas de crédito, por lo que era fácil intuir que se hubiera desecho de cualquier aparato digital antes de darse el piro. No les sorprendería, no obstante, que conservase un ordenador o una tablet donde guardase toda la información relativa a otras cuentas bancarias o a sus actividades económicas. Anderson debía haberse hecho con un buen monto de dinero en los últimos años. Sabiendo como sabían ahora que se movía al margen de la ley, no les sorprendería que incluso tuviera ahorros en algún paraíso fiscal.

—Eso nos puede llevar más tiempo averiguarlo, Wynona. Incluso puede que no lleguemos a esa información. No tenemos recursos.

—O han sido los del pueblo los que han vaciado el apartamento o verdaderamente se estaba organizando para irse.

—Más bien creo que ya tenía todo listo. Puede que al final se fuese.

—¿Y la reacción del hijo de los Brown? Porque ambos estábamos convencidos hace unos instantes de que ocultaba algo.

—Y sigo creyéndolo. Pero, tal vez, es en sentido contrario. ¿Y si es Anderson el que le está amenazando de alguna forma?

—No sé. En fin. Aquí no hay nada útil. Será mejor que nos vayamos.

Iban a salir ya. Wynona estaba sujetando el tirador de la puerta cuando se giró para echar un último vistazo, como si intuyera que se les estaba escapando algo que tenían delante de las mismas narices.

El apartamento desde luego no podría permitírselo cualquiera. Ella desde luego no. Pensó que, quizás, hubiera una caja fuerte oculta. Desde luego, en los armarios no había ninguna y, en todo caso, esa información la conocerían el propietario y el casero. Siempre podrían preguntarle. Por otra parte, si Anderson hubiera huido, no habría dejado nada relevante en una caja de alta seguridad.

Volvió a girarse para salir. Fue entonces cuando vio algo sospechoso, algo que podía perfectamente pasar desapercibido si no hubiera tenido esa especie de alerta casi permanente en su cerebro.

—Ty, mira esto.

—¿Qué pasa?

—¿Ves aquí lo mismo que yo?

—Bueno, depende de lo que tú veas. Yo veo el marco de una puerta.

—¡Menos mal que llevas gafas! En fin, mira aquí —dijo señalando una zona en concreto.

—No sé, ¿una mancha, tal vez?

—Sí, eso me parece. Aunque apenas es visible.

—¿Y por qué te parece importante?

—Ahora lo verás. Es una corazonada, pero no perdemos nada por comprobarlo. ¿Aún sueles llevar contigo la linterna LED de luz ultravioleta?

—Claro. Ya sé que es una "frikada", pero me encanta. Es más útil de lo que crees.

—No lo dudo. De hecho, ahora nos va a ser de gran utilidad si eso es lo que yo creo.

◆◆◆

Salieron del edificio con inquietantes sospechas. Tyrell conducía. No había tiempo que perder. Wynona quería llamar a Sanders primero y poner en antecedentes a la policía. Si lo que sospechaban era cierto, quizás ya fuera demasiado tarde.

Sabía que hablar con sus antiguos compañeros no iba a ser fácil, puesto que no había terminado demasiado bien su corta experiencia en el departamento de policía de la ciudad. Sin embargo y, por suerte, aún conservaba algún que otro amigo que era a quienes solía recurrir cuando tenía algún encargo y necesitaba algún tipo de información oficial.

Debía convencerles de que esto no era ninguna locura y que podría haberse cometido un crimen. También cabía la posibilidad de que lo hubieran secuestrado, pero lo veían poco probable.

Llamó a Sanders. Esa conversación sería una de las dos grandes sorpresas que se llevaría Wynona aquel día. Llamó primero al abogado, puesto que no tenía el teléfono directo del gran jefe. Entonces le convenció de la necesidad de hablar con él. A los pocos minutos, tenía al accionista mayoritario de Stars Health al otro lado de la línea móvil.

—Espero que sea importante, señorita Wrangler. Créame cuando le digo que no tengo tiempo que perder. Estaba en medio de una reunión importante.

—Lo es. Cabe la posibilidad que sepamos algo de Anderson.

—¿Cabe la posibilidad o sabe dónde se encuentra ese parásito?

—Bueno, los términos exactos no son demasiado importantes en este caso. Verá, creo que lo han asesinado.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono. Se oía una respiración pesada, como si estuviera sopesando las implicaciones que aquello podría tener.

—¿Tiene alguna certeza?

—Todavía no, ya que, por otra parte, tengo un pálpito que me dice que tal vez aún no es demasiado tarde. Igual es una locura, pero no deberíamos descartarlo todavía. Puede que lo tengan secuestrado en el condado de Sussex y que estemos a tiempo de salvarle.

Una vez más, se hizo el silencio al otro lado.

—¿Señor? ¿Sigue ahí?

—Avíseme cuando sepa a ciencia cierta que está muerto.

Y colgó sin decir ni siquiera adiós.

Wynona se quedó perpleja ante la frialdad de aquellas palabras. ¿Era posible que el ser humano hubiera perdido hasta ese punto su humanidad?

Capítulo 38
después

“El dolor, cuando no se convierte en verdugo, es un gran maestro”.

- Concepción Arenal

Se acerca el final. Eso había dicho. Christopher no sabe muy bien el alcance que tienen esas palabras pero, en cierto sentido, las siente como un alivio.

El final.

Dejar atrás el dolor.

Dejar de sentir.

Vagar ligero, sin cargas, por un mundo sin sufrimiento.

Las lágrimas se escurren por sus ojos sin que pueda ni quiera evitarlo. Tanto padecimiento le ha enseñado que ha tomado muchas decisiones erróneas a lo largo de su vida, que ha sido una mala persona, un egoísta y un ególatra, además. En algún momento empezó a pensar que la vida debía compensarle por una infancia de desamparo, por una orfandad temprana que le había puesto en mitad de la batalla sin herramientas. Se hizo a sí mismo, se convirtió en un luchador y, en algún punto del camino, se transformó en un hombre sin sentimientos que sólo pensaba en sí mismo y que adoraba el dinero y los lujos.

Ha padecido tanto en los últimos días, que ya no recuerda lo que es estar vivo y sentirse bien. Mira al techo, como hace desde que está allí, como acostumbra a hacer porque no tiene alternativa desde que su cuerpo se convirtió en una cáscara inánime. Casi siente envidia de lo que ve, a pesar del horror que implica y del sufrimiento que presupone que ha sido necesario.

Desde arriba le miran unos ojos vacíos porque se les ha arrancado la vida de forma despiadada. Colgado por unos ganchos directamente unidos a su piel está suspendido el CEO de Quality Garment. Intuye que le pusieron los ganchos cuando aún estaba vivo. Puede imaginar a la perfección el miedo que experimentó, el mismo que él ha padecido desde que se encuentra en ese lugar. Tiene el cuello degollado y de él caía la sangre que le ha empapado el rostro y parte del pectoral y el abdomen. Ya no ve las sombras que antes parecían moverse por encima. Tal vez sólo fueron delirios. Está seguro de haber padecido fiebre en algunos momentos. Ha habido instantes en los que sentía

arder la piel y la cara encendida, como si estuviera en medio de una hoguera.

No imagina lo premonitoria que es esa sensación.

Siente un cosquilleo que le recorre el cuerpo. Puede que sean hormigas o… ¡Qué más da! Ya le da igual lo que pueda pasarle. Ha perdido hasta la capacidad de sentir repugnancia o miedo.

O eso cree.

◆◆◆

—¿Qué cojones has hecho, Jayden?

—Me diste carta libre, ¿no? Querías que le hiciera sufrir, ¿me equivoco? Pues lo he hecho.

—Sí, tenías que hacer sufrir a Anderson, que fue el que urdió el plan para estafarnos a todos. Punto. No podemos hacer a esta gente testigos mudos, casi cómplices, de nada más, ¿lo entiendes? Cuantos más cabos haya para atar, más posibilidades de que nos pillen.

—Bueno, en todo caso, ya es tarde.

—¿Ya es tarde? ¡Puto cabeza hueca!

—¿Qué has dicho Dustin? ¿Qué me has llamado?

En ese momento, Dustin Clement se da cuenta de que tiene que suavizar su discurso y tirar por otro lado si no quiere que "El Pipa" le mande al otro barrio sin pensárselo dos veces. Ha demostrado que acumular cadáveres no es un tema que le preocupe especialmente.

—No he dicho nada, ¿vale?

—No se te ocurra llamarme cabeza hueca o te juro que te haré comer tus palabras junto con todos tus dientes.

—Lo retiro, ¿de acuerdo?

Dustin sabe que la amenaza no son sólo palabras. Le conoce bien y sabe que debía haberse controlado porque quien tiene en frente es alguien realmente peligroso. Le dio carta blanca y ahora tienen dos fiambres en el matadero con los que no contaba. Van a tener que acelerar sus planes. Va siendo hora de dejar a Christopher ir.

Observa el pecho hinchado de Jayden y confía que empiece a bajar la intensidad de su respiración. Cuenta los segundos mentalmente por si tiene que salir por patas. De pronto, la mueca animalesca de Jayden se transforma y una enorme sonrisa aparece inesperadamente en su rostro. Quiere pensar que el peligro ha pasado.

Jayden se acerca. Le pone la mano en el hombro y acerca su cara a la de Dustin. Un gesto que podía ser amistoso en otras circunstancias pero que, con él, podría significar cualquier cosa.

—Ven aquí, hombre.

Entonces le abraza. Mejor dicho, le estruja como si fuera un limón hasta casi hacerle daño. Tal vez sea una forma de demostrarle que siguen siendo colegas, pero también le está mandando un mensaje: soy

mucho más fuerte que tú.

Cuando, por fin, le suelta, Dustin vuelve a hablar.

—Bien, ahora que hemos limado asperezas, ha llegado el momento de planear el final.

◆◆◆

Cuando llegan al matadero que han convertido en centro de operaciones, a Dustin se le revuelve el estómago por lo que ve. Si queda algo de Christopher Anderson, cualquier parecido con la realidad no será más que casualidad. Si no ha muerto todavía, si aún respira, lo más probable es que haya perdido la cabeza.

Es evidente que Jayden disfruta con aquello. Ni puede ni quiere disimularlo. Ha visto que según entraban ha cogido una bolsa y se imagina que para nada bueno. Ha tomado también una tela y la garrafa que habían dejado en la antesala.

—Atento —le dice, de forma siniestra—. Vamos a divertirnos un poco antes.

Dustin, a quien en su momento todo aquello le pareció una buena idea, ahora es perfectamente consciente de que se han pasado de la raya. Han dejado tan atrás el límite que ya es difuso como el horizonte por la noche. El aspecto de Anderson es lamentable. Agradece que todo esté a punto de terminar.

No le han dicho nada de todo aquello a Sylvan, pues en las últimas jornadas ha observado un cambio en el chaval que le preocupa hasta el punto de tener que amenazarle a él y a su familia para que no se vaya de la lengua. La culpa le está estrangulando y se hace claramente visible en su rostro.

Observa como Jayden se acerca a Christopher por detrás. Debe ser perfectamente consciente de su presencia porque no han tratado de amortiguar en ningún momento el ruido al entrar. Se percata de su mirada siniestra y entonces comprende para qué lleva la bolsa de plástico en las manos. Y ya no tiene tiempo de hacerle cambiar de idea.

◆◆◆

—¿Qué te ha dicho?

Tyrell se ha dado cuenta de que Wynona se ha quedado muda después de la conversación que acaba de mantener con Sanders.

—Que le avise cuando sepamos con seguridad que está muerto.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. No le preocupa lo más mínimo. Supongo que su cadáver le pondrá en bandeja una salida para su empresa. Será mucho más fácil colgarle toda la culpa y ocultar cualquier tipo de detalle que

apunte en otra dirección.

—¡Joder!

Hubo unos segundos gélidos, en los que ambos probaron el sabor de la inhumanidad. Se les atragantó.

—¿Has conseguido hablar con alguien de la policía de Nueva York?

—Sí. No hay nada que hacer. Aunque la sangre del dintel sea de Anderson, no implica ningún delito. Al fin y al cabo, vivía en ese apartamento y no hemos apreciado signos de lucha.

—Es decir, que estamos solos.

—Absolutamente.

◆◆◆

Dustin observa anonadado a Jayden. ¿Cómo es posible que no dé por saciada aún su hambre de sangre y dolor? Ya está muy cerca de Anderson. Intenta distinguir alguna reacción en el joven, pero no es capaz de apreciarlo desde su posición. Sólo podría saberlo si estuviera mirándole a los ojos, pues el resto de su cuerpo muestra las mismas reacciones que un trozo de madera.

◆◆◆

Alguien acaba de entrar. Supongo que ha llegado la hora. Estoy preparado para abandonar este mundo. No quiero seguir vivo en estas circunstancias. Será doloroso. Todo lo ha sido. Pequé de soberbia y de muchas otras cosas, pero al menos sé que hubo momentos en los que me sentí realmente vivo y disfruté. Sólo me arrepiento de no haber aprendido a amar.

El gigante no ha venido sólo. Hay alguien más. En estos días he aprendido a entrenar mis oídos para ejercer la función que venían haciendo el resto de mis sentidos. Aun así, no he distinguido lo que acaba de decir. Me preparo para uno de sus típicos trucos como gritarme en el oído o apretarme la cara.

¿Qué ha pasado? Acaba de hacer un movimiento rápido. ¡Joder! Me acaba de poner una bolsa de plástico en la cabeza. Va a asfixiarme. ¡Va a asfixiarme! Intento respirar. No puedo. El plástico se pega a mis fosas nasales. Me angustio. Trato de coger aire con más ansia que antes, aún sabiendo que es imposible. Lo intento y no llega. Empiezo a sentir un mareo. Es la falta de oxígeno. Voy a morir. ¡Voy a morirme! Oigo su risa siniestra. ¿Será lo último que escuche antes de morirme?

No lo entiendo.

La obstrucción ha desaparecido.

Hago una inhalación larga.

Lleno mis pulmones.

Me duele hasta respirar.

El mareo no cede.

La angustia tampoco.

Se me escapan unas lágrimas de rabia y frustración. Sigo vivo. ¿Por qué no me mata ya?

—¿Creías que iba a matarte? Todavía no. Primero, quiero que disfrutemos un poquito más. Mi amigo y yo te hemos traído algunas cosas. Y tenemos que recoger algunos utensilios que hemos necesitado y que, si no nos deshacemos bien de ellos, puede que acaben siendo la prueba que nos lleve a la cárcel. Y eso no va a pasar.

Mientras Jayden habla con Anderson, Dustin empieza a retirar los goteros y todo el material médico que ha ayudado a mantenerle con vida. Los meterá en la camioneta y se los llevará lejos. No quiere ver nada más. Él no es ningún ángel, pero tampoco es un demonio como su colega.

Él ya no disfruta con esto.

Se han excedido en todo.

Sylvan tenía su parte de razón.

Y lo peor de todo, es que han metido a mucha gente en el ajo. Casi todos en Sussex saben o intuyen lo que está sucediendo en el viejo matadero. Todos han decidido callar. ¿Podrán hacerlo de manera indefinida?

—He traído un espejo para que puedas ver con toda claridad en el despojo en el que te has convertido. Has sido mala persona y has recibido tu castigo. Quizás estás a tiempo de rezar y pedir perdón por tus pecados.

A Dustin se le revuelve el estómago al escuchar a su colega dando lecciones de moral. Precisamente él. ¿Cómo puede tener esa cara tan dura?

Como penúltima muestra de maldad, pone sobre Christopher un espejo tamaño folio aproximadamente. Christopher apenas se reconoce en la imagen que tiene frente a él. Cuando se miraba en el foco macilento, con ese reflejo metálico sucio, no podía hacerse verdadera idea de cómo estaba. Su rostro está desfigurado por las mordeduras, la hinchazón y múltiples heridas. Parece un hombre deforme. Y aquello que tan liviano parece, que no causa ningún dolor físico, se convierte en una auténtica tortura psicológica.

Comienza un llanto descontrolado, desgarrador, por una vida perdida, por lo que ya nunca será, por el tiempo que desaprovechó únicamente pensando en el dinero, por dejar que la codicia le comiera las entrañas.

—No llores, Christopher. Esto te lo has buscado.

En la poca lucidez que le queda, Christopher piensa que es una ironía que aquel animal sea quien le diga que se lo ha buscado y que puede pedir perdón por sus pecados. Precisamente él, una bestia sin

corazón. Nada de lo que haya podido hacer es comparable a lo que le han hecho a él desde que decidieron cercenarle la vida.

—Además, te dije que el final estaba cerca. Y ya ha llegado.

◆◆◆

No soy yo. Esa deformidad no puedo ser yo. No quiero ser yo. Me niego a reconocerme en el espejo. Cierro los ojos. Tengo que olvidarme de lo que he visto. Pero ya es tarde. Se ha convertido en una herida sangrante más. Es un reflejo monstruoso. Un recuerdo imborrable, aunque trate de evadirme de él. Los abro otra vez. Es tan infame que me parece irreal.

¿En qué me he convertido? En una masa informe carente de vida. Esto es una tortura añadida, tan innecesaria como todo lo demás. Me rindo. Lo he perdido todo. Ya no me queda nada. Soy consciente. Plenamente. Pero verlo… Ver lo que soy ahora. Contemplar esa imagen y saber que lo que me devuelve el espejo soy yo. Es insoportable.

Noto como se anegan mis ojos de lágrimas. Y empieza una cascada interminable y dolorosa, un llanto por todo lo que nunca jamás tendré, por la vida arrebatada, por este presente cruel y por un futuro muerto.

No soy nada.

He dejado de existir.

Es un llanto estéril.

Pero es inevitable.

◆◆◆

Jayden toma la garrafa y empieza a verter un líquido incoloro por encima del cuerpo de Anderson y también sobre su cara. El olor a gasolina es inconfundible. Si Christopher pensaba que había perdido la capacidad de tener miedo, se equivocó de principio a fin. Una ola de pánico le recorre otra vez de pies a cabeza. Morir quemado en medio de una nube de CO2 que, al mismo tiempo, te va asfixiando mientras sientes un dolor imposible de resistir, sin poder gritar, sin una mínima opción de escapar porque estás atrapado en ese cuerpo ingrato.

Pero eso no es suficiente. Nada es suficiente, porque Jayden parece dotado de una creatividad inagotable cuando se trata de causar dolor. Le ha vertido gasolina en la boca. Le ha separado los labios y se ha asegurado que le entre en la garganta. Christopher tose de manera desmadejada, tosca, porque su cuerpo no reacciona de manera normal.

—Ese trago es para que también ardas por dentro —le dice.

Y en ese preciso instante, comienza el principio del final.

◆◆◆

El olor a gasolina me devuelve a esta realidad de la que no puedo escapar, ni siquiera esconderme. Es inconfundible. Es el olor de la destrucción, del *summum* de la devastación, del grado máximo de la falta de humanidad.

Es una epítome del averno.

Un miedo atávico, casi ancestral se despierta dentro de mí. Hay un fuego que arrasa mi mirada y extingue mis lágrimas. Es como un fuego de otro tiempo que acaba de hacerse muy presente. Es un fuego viejo pero nuevo a la vez. Es una llamarada furiosa que encoge mi estómago y lo llena de pavor. Es una brasa que prende una señal de alarma más.

Mi mente se agita. Hay un indicador que parte de mi sistema límbico y que desata un terror antiguo. Mi amígdala se encuentra hiperexcitada y extiende el miedo por cada resquicio de mi cuerpo. Mi cerebro empieza a formar imágenes que al principio no reconozco.

Un incendio.

Y yo he estado allí.

Es un recuerdo muy escondido, casi enterrado. Asoma pero no logro atraparlo. No hay tiempo. Algo reclama mi atención.

Capítulo 39
Final

"Es mejor arder en un instante que consumirse lentamente."

- Neil Young

Algo le dice a Wynona que durante todo el día han perdido un tiempo muy valioso. Cuando fueron a visitar a los vecinos de Sussex, ya les pareció muy sospechoso lo poco inclinados que se habían mostrado a colaborar. Se suponía que les estaba ofreciendo la oportunidad de atrapar al hombre que les había engañado para que pudiera haber justicia y que, de ese modo, pagase por lo que había hecho. Sin embargo, ellos no habían mostrado ni la más mínima reacción.

Se habían conformado con eso, con tratar de entrevistarles. Tal vez, debían haber buscado algo más. Sin embargo, debe reconocer que, con la información que manejaban, nada hacía pensar que Anderson estuviera allí, en alguna parte. Ni siquiera está segura que lo que intuye tenga algún fundamento.

—Tenemos que movernos rápido, Ty. Aquí pasa algo raro. Tenemos que tratar de llegar a Sussex lo antes posible.

—A mí también me lo parece.

—Me da mala espina. Desde el principio hemos dado por hecho que Anderson había huido. En cuanto lleguemos, nos acercaremos a la estación de policía más cercana a hablar con ellos para pedir su ayuda.

—Dimos por hecho que se había pirado porque todo apuntaba a ello.

—Sí, puede ser. Seguramente fue su intención. Pero, ¿y si no le dio tiempo? ¿Y si lo asesinaron antes? ¿Y si aún está vivo pero nadie está buscándole?

La pregunta quedó suspendida en el aire con un regusto amargo. Si había una mínima opción, tenían que aprovecharla.

◆◆◆

Se dirigen a toda velocidad hacia Sussex. Entienden que no hay tiempo que perder, como si una conciencia colectiva les transmitiese ese mensaje de urgencia con claridad cristalina.

El cielo es gris. A pesar de la hora, la nubosidad que cubre el firmamento parece impedir que la noche reine. Es un cielo aciago,

plomizo. Las nubes están cargadas de rabia. El horizonte mezcla cielo y asfalto llenando el ambiente de una tonalidad abrumadora. Es un presagio que les dice que el mal ha tomado el control porque el ser humano, a veces, se olvida precisamente de su humanidad y se convierte en un ser carente de alma, un ente incivilizado que encuentra en la más cruenta venganza la salida fácil.

El mal presentimiento crece según avanzan y, cuando llegan a las inmediaciones de Sussex, ya no es más que una patente realidad. Una enorme columna de humo se ve desde la distancia. Parece que el infierno está tomando el control. Tonos rojizos están devorando las nubes que caen muy cerca de la tierra.

Todas esas señales hacen que ambos piensen en lo mismo.

—¡Maldita sea! Llama a emergencias. Tienen que enviar a los bomberos.

Llegar hasta el lugar es sencillo. No hay más que seguir el humo para localizar el sitio que tiene congregados a un buen número de vecinos. Todos observan hieráticos el espectáculo del fuego, como si aquello no fuera con ellos y no cupiera la posibilidad de que les afectara.

Dejan el coche como si lo hubiesen dejado abandonado en marcha. No hay tiempo que perder cuadrándolo para que quede bien aparcado. Eso es una nimiedad con lo que tienen delante de los ojos. Tienen que intentar sacar a los vecinos de aquel letargo. Sospechan que en aquel lugar se está asesinando a un hombre en ese preciso momento y todos son cómplices complacientes de aquel hecho.

Todos son asesinos en cierta medida.

◆◆◆

Los ojos de Christopher se abren de par en par.

“No, por favor”—suplica con la mirada—. “No quiero morir ardiendo”.

Jayden lee el terror en sus ojos. Se regodea y se entretiene echando más acelerante por cualquier rincón. Tiene que quedar todo reducido a cenizas y a un amasijo de hierros. Silba mientras distribuye la gasolina por la estancia, se recrea en el sufrimiento y en los gruñidos de espanto que provienen de aquella caja de piel y vísceras que contiene aún a un hombre.

No tiene ni la menor idea de que, precisamente, está atacando su miedo más primitivo.

La desesperación es tan grande en Christopher que, por un momento, da la sensación de que va a ser capaz de moverse. Pero es todo una ilusión, un oasis que se diluye con el siguiente parpadeo.

—Que empiece el espectáculo.

◆◆◆

No logro ver lo que está haciendo. Creo que está vertiendo gasolina. Noto como mi corazón se agita, como inicia una galopada con la que está dispuesto a salirse de mi pecho.

El olor cada vez es más intenso y más cercano.

¡¡¡¡Noooooo!!!!

Está echándome la gasolina por encima. Mi cuerpo está bañado en el liquido inflamable. ¿Cómo es posible tal crueldad? ¿Cómo puede existir un hombre que personifique la maldad?

Otra vez rompo a llorar. No sé que más puedo hacer.

Pero no ha acabado. Hay más.

Está encima mío.

¿Qué está haciendo? Me hace daño. Está separándome los labios. Yo lucho con mi intención y con unos músculos irreverentes e inmóviles, puesto que es lo único que tengo. Quisiera morderle. Pero no puedo.

Ha derramado la gasolina en mi boca.

Trato de cerrar mi garganta. Me sobreviene un ataque de tos. Me duele la tráquea, el esófago. Me duele el alma.

No puede existir un infierno peor.

Se está preparando para quemarme.

Quiere que arda a lo bonzo.

El final ha llegado.

Y será extremadamente doloroso.

◆◆◆

Jayden mira a Christopher por última vez. Lo contempla como si fuera su obra maestra. Se deleita una vez más en la anticipación del dolor que le va a causar.

Se siente un dios.

Ha llegado el acto final.

Le lanza una cerilla encendida por la boca. Contempla la ignición. La disfruta. Se regodea. Le recuerda al espectáculo de un faquir. Le gustaría quedarse a contemplar el espectáculo, pero debe irse. Justo antes de salir, prende un rincón en el que hay madera impregnada de gasolina que iniciará la destrucción absoluta.

Pronto se apagan los gruñidos, aunque aún tardará unos minutos en exhalar su último suspiro.

◆◆◆

Cientos de ojos contemplan la devastación. El aroma del odio asciende hasta los cielos, mientras los rostros se van cubriendo poco a poco de una imperceptible capa de hollín. A pesar de la temperatura,

nadie se aparta. Es un fuego rabioso y homicida. Pero no le tienen miedo. Les puede el morbo y el sensacionalismo. Les dominan los sentimientos humanos más deleznables. Quieren presenciar el espectáculo. Sentir el calor de la destrucción. Experimentar el mal.

Todos y cada uno de ellos sabe lo que pasa.

Y les parece bien.

Wynona y Tyrell no se pueden creer lo que están viendo. Nadie está dispuesto a mover ni un solo dedo. Aun así, tratan de movilizar a las personas que hay allí congregadas, de removerles, de encontrar un mínimo de humanidad. Sin embargo, sólo parecen ser cientos de pares de glóbulos oculares sin alma, huecos por dentro.

Entonces, de manera casi casual, Wynona divisa a Sylvan. Su mirada es diferente de la de los demás. Detecta compasión y también culpabilidad. Hay auténtico horror. Se aproxima hasta él, con el anhelo de encontrar un resto de piedad en alguien, con la esperanza de volver a creer que el ser humano no ha perdido su esencia hasta tal extremo de no ayudar a un congénere que se está consumiendo entre las llamas.

Ella le mira a los ojos. Parecen a punto de desbordarse por unas lágrimas cargadas de sentimientos graves y pesados. Quiere reconocer que ahí dentro sigue habiendo bondad. Sabe que es bueno. O lo cree. No es como los demás.

—Ayúdame a parar esto.

Pero no reacciona. Ha leído claramente en su mirada el espanto. El miedo. El pavor. Esa constante que domina aquella pequeña localidad desde hace algún tiempo.

El estupor.

La estupefacción.

La insensibilidad.

El letargo.

No lo consigue. No logra sacarle de ese estado de ausencia en el que ha renunciado a ser quien era. Se limita a agachar la cabeza. Le ha parecido que estaba a punto de llorar. Lo ha visto con claridad. Da igual. Al final, se gira y lo ve marcharse. Intuye que posiblemente él fuera el comienzo, el elemento que desencadenó el caos, pero eso no implica que pueda poner el punto final. Se ha convertido en un peón más dentro de la partida de ajedrez. Ahora el rey es otro.

Y aquello, se convierte en la segunda gran decepción del día. Después de la impasibilidad de Sanders, se encuentra con eso.

Ella no se lo cree.

No se lo quiere creer.

No quiere hacer caso a la información que sus sentidos le proporcionan.

La crueldad flota en el ambiente con total impunidad.

Y es aterrador y deprimente.

Es consciente de que no puede hacer nada. Sólo esperar a que llegue la ayuda. En su fuero interno, sabe que ya es demasiado tarde. Lo supo desde que subió al coche apenas una hora y media antes. Pero aun así, había que intentarlo, ¿no?

La rabia enrojece sus mejillas. Y la frustración.

No han sido capaces de llegar a tiempo. Sólo han sido unos testigos más de la crueldad y de la bajeza que puede alcanzar el ser humano. Somos depredadores, cavernícolas, seres desalmados. Presumimos de raciocinio, pero en realidad nos dominan las bajas pasiones.

El cielo se va tornando de un color amenazante. Más aún y lo hace al ritmo que crecen las llamas, como si fuera una lucha de egos. La noche y el fuego peleando por imponer su dominio.

La oscuridad se va cerniendo poco a poco sobre todos los testigos mudos que permanecen sin moverse, devorándolos por dentro, cubriendo sus almas de un tono oscuro. Tal vez es un presagio, un aviso de lo que depara el futuro o, quizás, es sólo el reflejo de un instante en el que el odio se ha hecho ya el amo y señor de aquel lugar.

Lo mismo da, porque ya no hay vuelta atrás.

En la lejanía, se oyen las sirenas.

Capítulo 40
ANTES

“Casa sin fuego, cuerpo sin alma”.

- Proverbio

Es tan sólo un niño, pero ya comprende que la vida puede ser dura y que, para sobrevivir, hay que pelear con uñas y dientes. No llegó a conocer a sus padres y, si lo hizo, desde luego no se acuerda, porque su cerebro aún no era capaz de generar recuerdos. Nadie se lo sabe decir con exactitud, porque incluso es un misterio cómo llegó Christopher a aquel orfanato.

Nadie sabe o, nadie se lo ha dicho, que sus padres murieron en un incendio cuando él apenas contaba dos años y le rescataron entre las llamas asombrosamente ileso.

Ya desde pequeño demuestra que tiene carácter y marca el territorio. Acude a un colegio cercano y siente rabia cuando ve que otros niños de su edad tienen todos los caprichos y él tiene que conformarse con ropa de segunda mano regalada por algún alma caritativa. Así que crece jurándose a sí mismo que, cuando sea mayor, ganará tanto dinero que no será capaz de gastarlo.

En realidad, el sueño no se terminará de cumplir nunca del todo. Cuando cumple dieciocho años descubre que ya no está bajo el cobijo del estado y que tiene que buscarse la vida. Obviamente, estudiar una carrera para él no es una opción porque no tiene dinero y, aunque no tiene malas notas, no son suficientes para ningún tipo de beca.

Aun así, sigue determinado a lograr su objetivo.

Empieza a trabajar en lo primero que le sale y lucha y pelea con uñas y dientes para salir adelante hasta que descubre que tiene una cualidad que le diferencia de la mayoría: Christopher Anderson tiene una labia y una dialéctica con las que es capaz de convencer y manipular casi a cualquiera.

Y ese don será el que, al final, de forma indirecta, le conduzca a una muerte terrorífica. Cada paso que damos en la vida, nos conduce a nuestro destino ineludible.

Epílogo
después del final

“La crueldad es la fuerza de los cobardes”.

- Proverbio árabe

No todo lo que sucede tiene la capacidad de dejar huella. Sin embargo, hay hechos que impregnan presente y futuro con un nuevo aroma, una fragancia que se queda flotando en el ambiente y de la que no es fácil desasirse.

Sin excepción, aquellos acontecimientos dejaron marcas indelebles en los habitantes de aquella pequeña localidad donde la vida solía transcurrir a un ritmo muy particular. La desconfianza lo empapó todo, hasta el aire que respiraban, porque ahora sabían de lo que serían capaces sus vecinos. El viejo matadero, reducido ahora a cenizas, se convirtió en el símbolo de la inocencia perdida. Aquellos días se gestó el embrión de una culpabilidad compartida con la que tendrían que cargar hasta el final de sus días.

Jayden desapareció. Se esfumó y nadie volvió a saber nada de él. Desde el principio, había planeado muy bien qué haría después, cuando su trabajo finalizara. El día que fue a por Christopher, se encontró, además, una agradable sorpresa. Se llevó con él el dinero que había preparado el agente de seguros para la huida. Era una cantidad nada desdeñable que contribuyó a mejorar su plan de escape.

Además, había sacado una buena tajada cuando vendió el Maseratti. Después de noquear a Christopher en su apartamento, lo bajó en el ascensor hasta el garaje y lo metió en el maletero de su coche de gama alta. Salió del edificio sin mayores dificultades. No tardaría más de un par de días en vendérselo a un taller clandestino que comerciaba con piezas de coches de súper lujo. Era la forma ideal de evitar que pudieran rastrearlos por el número de bastidor ni por los chips GPS, los cuales destruían de forma casi inmediata.

Después de todo lo sucedido, tenía que largarse y lo sabía. No había sido demasiado escrupuloso deshaciéndose de ciertas pruebas y había dejado en manos del fuego que quedasen destruidas. Contaba con la fiereza de un incendio demoledor rociado con altas dosis de acelerantes y con unos vecinos cómplices y silenciosos. Para cuando los bomberos llegasen al escenario, sólo podrían identificar a las víctimas gracias al trabajo de los antropólogos forenses, puesto que con lo único que podrían descubrir su identidad sería a través de su

ficha dental.

En cuanto se resolviera el juicio y se repartiera la indemnización, Dustin le pasarían su parte del pastel. Estaba seguro de que no se atreverían a no dárselo. Aunque su colega era de fiar, le recordó qué pasaría si no le hacía llegar el dinero como habían acordado. Tenía más que suficiente para pegarse la gran vida durante bastante tiempo.

◆◆◆

El proceso judicial, por su parte, fue una pantomima. Tenían el cabeza de turco perfecto, puesto que no iba a poder hablar ni defenderse. Sanders tuvo que tragarse su orgullo cuando el fallo del jurado se resolvió en contra de su compañía y tuvo que pagar una escandalosa cantidad de dinero a los afectados. Por lo demás, él se libró de todo, aunque aquello ya constituía para él una auténtica puñalada en el corazón.

A cambio, rodaron cabezas y casi todos aquellos que pudieran haber tenido un mínimo conocimiento de los tejemanejes que se traía Anderson entre manos, acabaron de patitas en la calle y con la amenaza por parte de la empresa de una investigación y la consecuente demanda en la cual tratarían de culpabilizarles de lo sucedido.

La empresa cayó en bolsa y le costó bastante remontar la debacle que la mala publicidad mediática le había traído. De hecho, se encontró al borde de la quiebra y la salvó el empeño de su creador y el fuerte conglomerado de empresas que constituía el grupo. Sin embargo, se abrió una herida sangrante que poco a poco iría debilitando el *holding*.

◆◆◆

Con el dinero cobrado, Sylvan tenía la oportunidad de retomar su carrera. Pero no lo hizo. Después de todo lo sucedido, sentía que no era merecedor de aquello. Se dedicaría a trabajar en una granja cuidando animales, lejos del contacto humano. Tal vez lo aprendido cuando estudiaba medicina pudiese tener alguna aplicación práctica y beneficiosa para alguien.

Por su parte, Wynona y Tyrell recibieron el dinero acordado por los servicios prestados. Ella lo sentía como un dinero sucio, lleno de inmundicia. Se planteó muy seriamente dejar la profesión y dedicarse a algo mecánico en lo que no tuviera que pensar ni sentir. Lo que había descubierto acerca del ser humano, lo que había contemplado en aquella pequeña localidad, le había abierto un agujero en su interior hondo como un pozo del que no se localiza el fondo.

No habían llegado a tiempo. No habían logrado conmover a nadie lo

más mínimo para que les ayudase a salvar a un hombre que agonizaba entre llamas.

Una vez extinguido el incendio en su totalidad, lo cual llevó más tiempo del esperado, encontraron tres cuerpos calcinados. El caso quedó abierto por falta de pruebas. Por mucho que ella intentase convencer a los responsables de la investigación de la implicación de los habitantes de aquella localidad, no tenía ningún tipo de evidencias. El desaliento que le quedó, tardó bastante tiempo en diluirse, que no desaparecer.

Le costó volver a ser la misa persona divertida y risueña que era habitual en ella. Las heridas de aquella devastación, nunca terminarían de cicatrizar dentro de Wynona Wrangler.

Había perdido la fe en la humanidad.

Antes de irte

Espero que hayas disfrutado de esta historia. Es la primera vez que me adentro en este género desconocido para mí que es el terror psicológico.

Sería de gran ayuda si me dedicas un minuto más y dejas tu valoración en Amazon, aunque soy consciente de que puede resultar complejo valorar con estrellas. Si deseas acompañarla, además, de una reseña, sería genial.

Los autores autopublicados lo tenemos complicado para hacernos ver y, ese gesto tan complejo y, a la vez, tan sencillo que es el de valorar con estrellas, nos ayuda mucho a crecer.

En cualquier caso, GRACIAS.

Datos de interés

Me apasiona la neurociencia. Me encanta leer libros sobre el tema, sobre todo aquello que tenga que ver con nuestro misterioso y complejo cerebro. Seguramente ya habréis oído en alguna ocasión que el siglo XX fue el destinado a estudiar el Universo pero el siglo XXI es el momento de descifrar que se esconde en ese entramado de neuronas. El proyecto genoma humano, por cierto, comenzó a desarrollarse en 1990 con el noble objetivo de cartografiar todos nuestros genes, un proyecto muy ambicioso, por tanto. A éste le ha seguido, entre otros, el proyecto Cerebro Humano que persigue hacer algo similar con las neuronas y las conexiones que se producen dentro de él. Todo un desafío.

Y diréis, ¿qué tiene esto que ver con este libro? Bueno, mucho más de lo que parece a simple vista. En el verano de 2021 estaba plácidamente leyendo en la piscina un libro de neurociencia muy interesante. De pronto, leí algo que me dejó atónita. En algunas de sus páginas se hablaba del escalofriante síndrome del enclaustramiento o síndrome del cautiverio (*locked in syndrome*). Esta terrorífica condición médica es tal cual se describe aquí —aunque sea de forma somera—, puesto que quien la padece no puede mover absolutamente nada de su cuerpo, salvo pestañear y mover los ojos de forma vertical, pero no a los lados.

La primera referencia literaria a esta terrible enfermedad aparece, como ya se ha comentado en el libro, en el magnífico libro *El Conde de Montecristo* de Alejandro Dumas, en el que se hace referencia a un cadáver de ojos vivos. La forma de definirlo, sin duda, es absolutamente magistral y precisa.

Y, aunque no se pueda considerar un dato de interés precisamente, sí me gustaría compartir aquí el maravilloso poema que de forma tan magistral incluyó Clint Eastwood en su película que lleva el mismo nombre, *Invictus*. Creo que en este libro este poema escrito en 1875 tiene mucho sentido.

Invictus

Más allá de la noche que me cubre
negra como el abismo insondable,
doy gracias a los dioses que pudieran existir
por mi alma invicta.
En las azarosas garras de las circunstancias
nunca me he lamentado ni he pestañeado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza está ensangrentada, pero erguida.

Más allá de este lugar de cólera y lágrimas
donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años
me encuentra, y me encontrará, sin miedo.
No importa cuán estrecho sea el portal,
cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino;
soy el capitán de mi alma.
- *William Ernest Henley* (1849 - 1903)

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos suele ser una de las partes más difíciles de un libro. Siempre tienes la sensación de que te has dejado fuera a alguien importante. Por ello, tal vez, durante mucho tiempo, no incluía este apartado o los citaba a todos de forma general.

Mi primer agradecimiento va hacia a ti, que has dedicado tu tiempo a leer esta historia un tanto ambiciosa para mí, puesto que es la primera vez que me he atrevido con el terror psicológico. Espero que el resultado haya sido, cuando menos, decente.

Mi familia, mi compañero infatigable y amor de mi vida, mis amigos, mis compañeros del día a día, y esas personas que, de una forma u otra, me demuestran que creen en mí y me animan a seguir, no pueden faltar en este apartado. Y en esta ocasión en especial reitero mi agradecimiento a mi marido que, esta vez sí, ha sido mi primer lector.

Otro agradecimiento especial va para los otros lectores cero de esta novela, que lo han revisado con ojo crítico y me han ayudado a que esta historia tenga sentido y sea mucho mejor que cuando la recibieron. Su generosidad es un elemento a destacar y me encantaría señalar algo particular de cada uno de ellos porque no se merecen menos:

A Andreu Purroy por sus siempre buenos y acertados consejos. Gracias por ser lector 0 ya en libros anteriores, el primero que he tenido desde que me decidí a emprender la aventura de escribir. Gracias por estar siempre tan dispuesto a ayudarme y por no desistir. Gracias por hacer que de los libros surja esta maravillosa amistad. Si buscáis recomendaciones literarias, no dudéis en visitar su perfil en Instagram (@lalibreriadeandreu) porque sus reseñas son de las más completas que vais a encontrar en la red.

A Maria L. Pardos, escritora autopublicada como yo, le agradezco su compañerismo y su disposición siempre a echar una mano donde se necesite. Es una escritora a la que admiro porque sus novelas son especiales, son historias que te atrapan desde la primera página. Cuando lo pedí que fuera mi lectora beta, no lo dudó y se ofreció a echarme una mano como siempre hace. Gracias por darme tu punto de vista y ayudarme a mejorar. Podéis encontrarla en Instagram como @marial_pardos.

A Naviru Shorno, otro gran autor del que he leído sus libros y que tampoco os podéis perder. No se le escapa ningún detalle. Es absolutamente increíble el ojo clínico que tiene para hallar hasta el más mínimo error. Gracias por tu esfuerzo, tu tiempo y tu colaboración. Gracias por ofrecerme tus consejos y permitirme aprender tanto. Podéis encontrarle en Instagram como @navirushorno.

A Marga Benavides, una lectora voraz que dedica mucho esfuerzo y cariño a difundir las obras de los autores y autoras autopublicados.

Siempre aporta un punto de vista diferente que te hace reflexionar y revisar lo que has escrito por si se puede mejorar. Su Instagram está lleno de recomendaciones literarias, de reseñas y de material adicional sobre los libros que lee. Podéis encontrarla como @benavidesmarga.

A Laura Zukakira, un amor de persona, una enamorada de los animales con un corazón de oro. Me ha hecho darme cuenta de algunas repeticiones y también de frases un tanto rebuscadas que podían mejorarse y ser mucho más claras. Gracias por tu apoyo siempre y por tu simpatía.

A Rocío García Melgar. Aún estoy alucinada porque no hay falta de ortografía o error tipográfico que escape a su mirada precisa. Tu colaboración me ha sido de gran ayuda. Qué alegría que finalmente estuvieras dentro de este maravilloso equipo de lectores beta. Me has aportado muchísimo. Rocío no lleva demasiado tiempo en Instagram pero tiene una cuenta muy interesante que os recomiento visitar. Si os animáis a ayudarla a crecer, podéis encontrarla como @rogarmel.

Y por supuesto, no podía faltar mi agradecimiento a Laura del Club Descubriendo Historias que me ha ayudado muchísimo desde que en mayo de 2021 me abrió las puertas de su club de lectura en el que he encontrado maravillosas personas. En Instagram tiene distintas cuentas: @descubriendoautores, @_descubriendohistorias, @cl.descubriendohistorias y, en otra de sus facetas creativas, @descubriendoelcrochet. ¡Toda una descubridora!

Os espero en mi próximo libro. Sabéis que ideas no me faltan y, mucho menos, ilusión.

Gracias, gracias y gracias.

Playlist

Estamos ante una *playlist* muy corta (apenas media hora) pero muy intensa. Sin duda Muse, uno de mis grupos favoritos, tiene en esta ocasión un protagonismo especial. Muchas de sus canciones se han convertido en el acompañamiento en los reels de Instagram que he usado para presentar la novela.

Aquí os dejo la explicación, por si os apetece completar la historia con su banda sonora. Si creéis que falta alguna canción que encajaría bien, no dudéis en decírmelo:

- *Tubular Bells* - Mike Oldfield: esta canción que fue la banda sonora de la emblemática película *El Exorcista* y que generará siempre un halo de misterio, suspense y terror inigualable.
- *Map of the Problematique* - Muse: no sólo es debido a que desde los primeros acordes esta canción transmite cierta tensión, sino que lo que dice al comienzo, está muy relacionado con este libro:

"*Fear and panic in the air (miedo y pánico en el aire)*
I want to be free (quiero ser libre)
From desolation and despair (de la desolación y la desesperación)".

- *Demons* - Imagine Dragons: Cuando Wynona va a casa de Sylvan a preguntarle dónde está Christopher, ella le dice que todos tenemos nuestros demonios. La canción de Imagine Dragons precisamente habla sobre ello: "*Don't get too close, it's dark inside. It's where my demons hide*". (No te acerques demasiado, dentro está oscuro. Es donde mis demonios se esconden).
- *Highway to Hell* - AC/DC: hay una escena entera en la que esta mítica canción adquiere un protagonismo indiscutible. ¿La recuerdas?
- *Numb* - U2: quizás, en este caso, lo que me indujo a recordar esta canción fue más el vídeo musical, con esa impasibilidad que muestra The Edge durante los minutos que dura y a pesar de todo lo que intentan molestarle. Sin embargo, también hay un momento en el que Christopher cree que ya no es capaz de sentir más miedo ni angustia. Pero se equivoca.
- *Won't Stand Down* - Muse: este single salió al mercado justo cuando estaba inmersa en la escritura de Enclaustrado. Desde la primera vez que lo escuché, supe que sería la mejor banda sonora posible para este libro. La he utilizado en muchos de los vídeos, historias y reels de Instagram durante la preventa. Creo que es una canción con mucha personalidad.
- *Algorithm* - Muse: en este caso, es la melodía lo que le da un toque especial. Desde que comienza, tiene un toque de suspense

especial.

❖ *The Dark Side* - Muse: la letra al completo de esta canción tiene mucho sentido de principio a fin en esta historia. Habla de alguien que ha vivido durante mucho tiempo en el lado oscuro y pide que le liberen.

Otros libros de la autora

Ariel Zorion escribe novela romántica pero, especialmente, en la actualidad sus libros se han orientado hacia el thriller, el suspense y el terror. En Amazon podéis encontrar sus novelas en ebook, tapa blanda o tapa dura:

- La Hora del Ocaso (Saga Ocaso 1)
- El Ocaso De Los Días (Saga Ocaso 2)
- Ocaso (Saga Ocaso 3)
- El Primer Ocaso (Saga Ocaso 0)
- Enclaustrado
- Bancos de Niebla
- El Encuentro
- Memoria Ingrávida
- Relaciones
- Viaje a la Oscuridad
- ¿Estás Ahí?
- No Habrá Silencio
- El Amor Se Encuentra A La Vuelta De La Esquina
- La Luna Enjaulada 1
- La Luna Enjaulada 2
- Desde El Otro Lado
- The Twilight Case (English Version)

PRÓXIMAMENTE:

- La Biografía de las Lágrimas
- La Biografía del Dolor

About The Author

Ariel Zorion

Soy una persona inconformista y muy inquieta a la que le gusta explorar nuevos caminos. Ponerme a prueba, ponerme desafíos en el camino, es algo habitual. A veces pienso que me encanta complicarme la vida. Enclaustrado ha sido uno de esos desafíos a los que quería

mirar de frente. No sé si lo habré conseguido. Siento un gran respeto por el género del terror. En realidad, siento un gran respeto por todos los géneros y por todos los compañeros que, como yo, tratan de hacerse un pequeño hueco dentro del reino de la literatura desde el tímido mundo de la autopublicación.

Sospecho que, si has llegado a este libro, puede que hayas leído alguno de mis anteriores. Si es así, reitero mi agradecimiento por regalarme tu tiempo. Y si aún no lo has hecho, te invito a que visites mi web www.arielzorion.com o mi página de Amazon en la que encontrarás los 17 libros que tengo hasta el momento.

Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar en mi próximo libro, del cual te dejo un anticipo un poco más adelante.

Podéis encontrarme en Instagram como @ariel_zorion o @arielzorionbooks. Podéis contactar conmigo también a través del email: arielzorion@arielzorion.com

Avance de mi próxima novela
La biografía de las lágrimas

PRÓLOGO

Bienvenidos al interior de mi cabeza, donde habitan las pesadillas y el inframundo en el que resido. Los que no estáis aquí dentro, no podéis comprenderlo. Por eso, quiero invitaros al interior de la caverna, a ese lugar en el que la oscuridad campa a sus anchas, ese rincón de mi cerebro en el que no hay luz porque simplemente allí no existe, no hay más que sombras tenebrosas desde que tengo uso de razón.

Busco explicaciones, busco y no encuentro. Soy un cazador con una presa esquiva que insiste en seguir corriendo y jugando con mi estabilidad. Ha llegado el momento de lanzarse a la búsqueda de la verdad. Pero yo sólo no puedo. Necesito vuestra ayuda.

Tuve una infancia de mierda. Como tantos otros, eso es verdad. Y sí, ya sé que suena a tópico pero es lo que hay. Es decir, nadie me maltrató, ni abusó de mí, ni sufrí abominaciones parecidas. No es a ese tipo de porquería a la que me refiero. Pero la tristeza era la dueña de mi mundo, de nuestro mundo. Era como un torrente que lo inundaba todo, era una presencia tangible y permanente a la que echábamos de comer, que se sentaba a la mesa con nosotros, que nos acompañaba a todas partes.

Jodida tristeza.

Un niño no puede entenderlo. Ahora que soy adulto, tampoco lo comprendo. Recuerdo que mi madre me abrazaba y me cubría de besos. Era una madre amorosa y se preocupaba por mí. Pero los suyos eran besos húmedos, siempre impregnados de lágrimas. ¿De dónde venía aquella desolación? ¿Por qué le costaba tanto sonreír? Yo la miraba sin entender nada. Y ella me devolvía la mirada con ternura, diciéndome solamente "*algún día lo entenderás, bebé*". Me llamaba bebé. Hasta el último día de su vida me llamó así. Para ella supongo que era un apelativo cariñoso pero a mí me hacía sentir ridículo, especialmente a cierta edad. Después, curiosamente lo adopté como un signo de identidad, pero era BB, una forma distinta, un acrónimo misterioso.

Me estoy yendo por las ramas.

Lo sé.

Pero lo necesito.

No estoy escribiendo esto para divagar. Estas palabras tienen una

misión muy concreta, este cúmulo de frases ordenadas de una determinada manera persiguen un propósito. Es la hora del drenaje, de sacar la masa infesta que ocupa mi interior, de liberar los monstruos y que ellos tomen su camino.

Necesito una explicación.

Necesito acabar con esto.

Necesito comprender.

Cuántas veces me sorprendo pensando, tratando de buscar una explicación y no soy capaz de encontrarla. Y no lo entiendo, porque no soy ningún estúpido. Soy un tipo inteligente, tanto o más que muchos, diría que más que la mayoría.

Me despierto por las mañanas y recuerdo las lágrimas. Me asaltan de manera abrupta, su imagen nítida en su cara. Eran como torrentes, como un dique que se rompe. Sí, recuerdo que las lágrimas lo inundaban todo.

A veces, procuro traer a mi memoria algo más. Pero es difícil agarrar buenos recuerdos, como si estos se resistiesen a aparecer. Supongo que les gusta jugar al escondite o, tal vez no han sido generados. Quizás no haya nada que merezca la pena ser recordado.

Mi mierda de infancia principalmente era eso.

Una infancia unida a la tristeza.

Mi madre cogía mi rostro entre sus manos y siempre me decía que necesitaba llorar para poder sanar, que las lágrimas curan. Pero yo no lo entendía, ¿cómo hacerlo si tan sólo era un niño pequeño? Sin embargo, no me engañaba porque recuerdo que solía pensar que no funcionaba, que cada día lloraba más y cada vez parecía más triste. Las lágrimas no sanan, destruyen.

Un día, se le ocurrió que a lo mejor había que guardar las lágrimas. Tal vez almacenarlas en alguna vasija y hacer algún tipo de conjuro mágico. Seguramente era eso. ¿Cómo no se le habría ocurrido a nadie antes? Las lágrimas habían escapado sin control y tal vez habrían perdido ya los litros que serían necesarios.

Y luego pensaba que era muy difícil llenar un recipiente de lágrimas. Las lágrimas no son más que pequeñas gotas. No se parecen a un río ni son como un grifo cuando lo abres. Pero, ¿quién podía saberlo? Tal vez hubiera alguna forma de almacenarlas.

Y en esas me hallo ahora.

Fecha estimada de lanzamiento: julio 2022